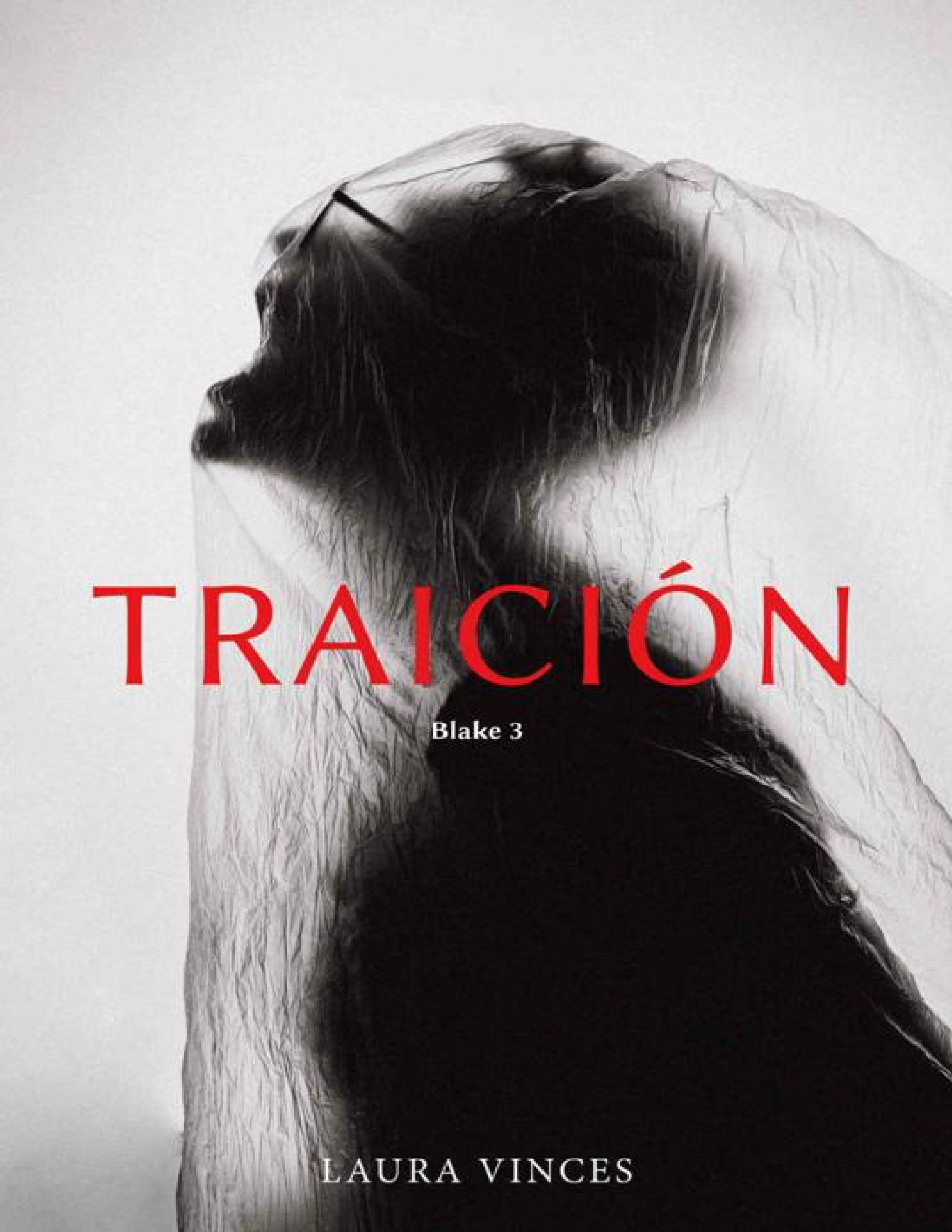
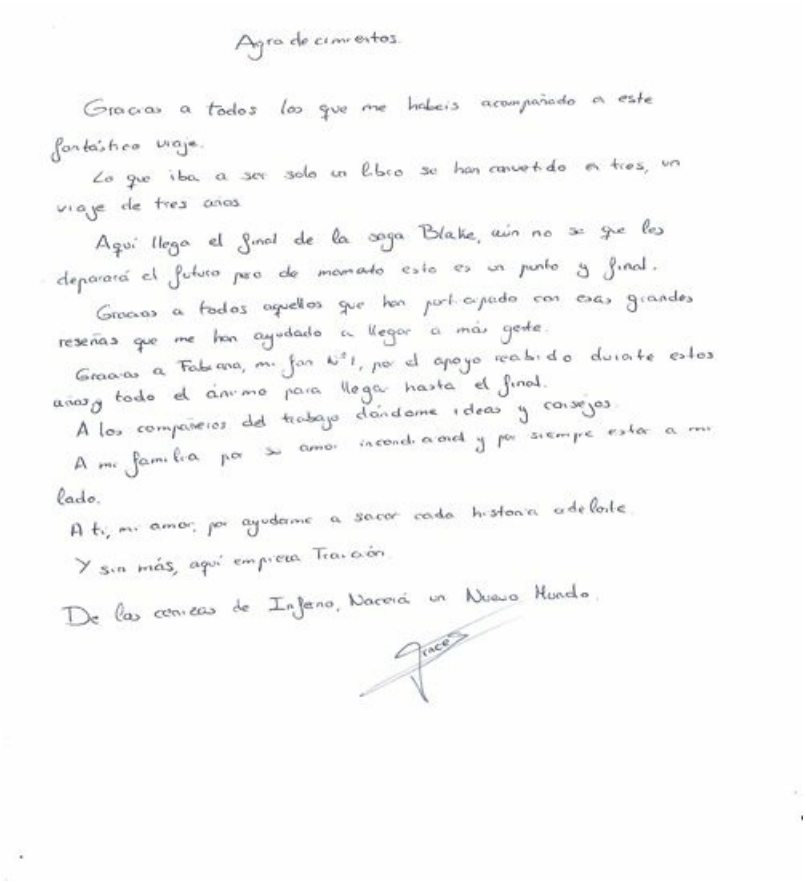

TRAICIÓN
Blake 3
LAURA VINCES

Traición

Laura Vinces

© Laura Vinces, 2024
Edición: Laura Vinces
Maquetación: Alba Barral
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electró-nico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.
ISBN: 9798303802513
D.L.: 1243-23



Agradecimientos

Gracias a todos los que me habeis acompañado a este fantástico viaje.

Lo que iba a ser solo un libro se han convertido en tres, un viaje de tres años.

Aquí llega el final de la saga Blake, aún no se que les deparará el futuro pero de momento esto es un punto y final.

Gracias a todos aquellos que han participado con esas grandes reseñas que me han ayudado a llegar a más gente.

Gracias a Fabiana, mi fan nº1, por el apoyo recibido durante estos años y todo el ánimo para llega hasta el final.

A los compañeros del trabajo dándome ideas y consejos.

A mi familia por su amor incondicional y por siempre estar a mi lado.

A ti, mi amor, por ayudarme a sacar cada historia adelante.

Y sin más, aquí empieza Traición.

De las cenizas de Infierno, Nacerá un Nuevo Mundo.

Grace

Todo el que entre, abandone aquí toda esperanza

Prólogo

Sarah Carlier estaba en su despacho, meditando, mientras miraba por el amplio ventanal. Podía ver la campiña de Virginia desde allí, al fondo un gran bosque de álamos franqueaba el paso hasta los terrenos del cuartel general, donde un gran lago artificial con varios surtidores daba la bienvenida a los visitantes al edificio. Había tenido suerte de tener uno de los mejores despachos de la sede del FBI.

Ya no era la detective Sarah Carlier, se había convertido en la *agente especial* Sarah Carlier del FBI: su vida laboral había pegado un cambio a mejor, no dudaba de ello, después de coger al *Violador de Boston* fue el propio FBI quien le llamó para trabajar con ellos como agente especializada.

Su vida personal… era otra historia. Hacía mucho tiempo que dejó Boston, donde estaba cierta pelirroja que después de casi dos años no había podido quitarse de la cabeza.

No puedo decirte que te quedes por mí, ¿verdad?

Esa fue una de las últimas palabras que Lexie Blake le dijo… una de las últimas palabras, que a Sarah le partieron el corazón en mil pedazos.

Negó con la cabeza e intentó quitarse los ojos ligeramente rojos de la pelirroja de la cabeza.

Oyó golpes en la puerta, se giró y vio como una de sus nuevas compañeras entraba en la habitación. Lana Stewart, una morena de pelo largo y liso, cara casi angelical y con unos ojos color miel, vestida con el traje oficial del FBI se acercó a ella.

—Tenemos que hablar, Sarah

—¿Qué ocurre?

—Hay un problema, tenemos un caso… un asesinato, en Boston, un antiguo político… nadie importante ahora, pero…

—¿Quién es?

—John Seller

—Ese no es un político cualquiera, hizo grandes cambios en la política policial de Boston.

—Sabía que le conocerías—sonrió ligeramente—, le mataron con un disparo en la nuca, tipo ejecución, analizamos la bala y tuvimos una coincidencia.

—Entonces ya está, caso resuelto—señaló Sarah, aunque en su interior sabía que su compañera ocultaba algo.

Lana le tendió el informe y lo examinó, fotos del señor Seller con un disparo en el cuello, en la base del cráneo.

Murió al instante, pensó.

Siguió leyendo, lo encontraron en un almacén abandonado en uno de los peores barrios de Boston, recordó que por esa zona encontraron al borde de la muerte a la víctima Valerie Morgan, la única superviviente del *Violador de Boston.*

Observó el informe de balística, la bala de 9mm, bastante común, registrada al nombre de…

—No, esto debe estar mal.

—¿Ahora entiendes por qué necesitamos tu ayuda?

Sarah miró a su compañera y de nuevo al informe. No

daba crédito a lo que sus ojos estaban leyendo. Sacudiendo la cabeza con el informe entre las manos, volvió a leer de nuevo aquellas malditas líneas. La pistola estaba registrada bajo un nombre que nunca olvidaría, bajo el nombre de una de las personas más importantes en la vida de Sarah, registrada bajo el nombre de:

Lexie Blake.

Capítulo 1

Sarah llegó a casa ese día con un solo pensamiento en su cabeza. Lexie Blake, ¿una asesina? No, imposible, se ne-gaba a pensar eso. Lexie, que había compartido más de un año con ella, que tenía una sonrisa siempre en la cara, hasta los días más oscuros. Siempre positiva y para ella tenía gran valor la vida, ya fuera humana o no… le dolió inmensamente matar a Steven, el *Violador de Boston*, aunque lo negara y dijera que estaba bien, en el fondo una parte de sí misma moría. Con cada disparo que hacía.

Lo que hacía unos años sería una copa de vino con un libro, se convirtió en un vaso de whiskey con el expediente de John Seller, y una sospechosa, Lexie.

El día que se descubrió el cuerpo, Lexie abandonó su lugar de trabajo a mitad del día, vació

sus cuentas y desapareció.

Dios, Lexie, ¿qué hiciste?

Carlier volvió a negar con la cabeza, no podía ser… se fue a servir otro whiskey a la cocina y al coger algo de hielo vio la foto que cogió de la nevera de la pelirroja la primera noche

que pasaron juntas.

—El Violador de Boston… odio ese nombre.

—¿Por qué?

—No sé, simplemente no me gusta… —miró ahora a Sarah con una sonrisa—. ¿Quieres vino?

—Claro.

Lexie se acercó a la cocina, la pelirroja casi se había mu-dado permanentemente a su casa de Boston, estaban todo el día juntas y… ya no conocían una realidad distinta. Se hizo pública su relación en la comisaría, a Waller no le hizo gracia en un principio, pero Blake era la única capaz de soportar el temperamento de Carlier y lo dejó pasar siempre que trabajaran bien juntas.

—¡Aquí te escondiste!

Sarah se acercó también cuando vio la foto que antes estaba en su estudio.

—¿La robaste, Sarah Carlier?

—No, la cogí prestada de una forma permanente.

—¿Por qué?

Porque me gusta, Blake—cogió la foto y la volvió a dejar en su sitio.

—Es un perro bastante lindo, sí.

—Me gusta la chica que está con el perro, no el perro.

Al mirar a la pelirroja de nuevo, se encontró con una de las sonrisas más bonitas que le había regalado, Lexie le rodeó el cuello con los brazos y la besó.

—Usted también me gusta, señorita Carlier.

Sarah Carlier sonrió ante el recuerdo al ver la foto, la echaba de menos y se maldijo internamente.

¿Por qué cojones te fuiste?

A la mañana siguiente llegó al trabajo con un gran dolor de cabeza, el tema del asesinato de John Seller le tocaba demasiado de cerca. Lexie simplemente no podía ser una asesina y se negó a que le hicieran pensar lo contrario.

—¡Carlier!– le gritaron.

—Señor Keller, ¿qué puedo hacer por usted?

—El tema de su compañera asesina está causando bastante revuelo, más ahora que está a la fuga. Quiero que vaya a Boston y colabore con la policía de allí. A pesar de todo, quiero que sepan que el FBI está a cargo del caso.

—¿Cree necesario que vaya allí? Conozco a Lexie, es lo suficientemente lista para haberse marchado de Boston.

—Pues averigüe dónde, usted llevará el caso, ¿se cree capaz?

—Por supuesto, señor.

—Bien, he hablado con su antigua comisaria y colaborará con la detective Pamela Bannister.

Mierda.

Sarah había terminado en tiempo récord su maleta, había metido lo esencial y en la cima de todas sus cosas no pudo evitar meter una de las fotos que ella tenía con Lexie.

Recordaba ese día, la foto se la había tomado Pamela a traición, estaban cerca del puerto de Boston, y en la foto se estaban mirando, los hoyuelos de la pelirroja estaban a la vista junto a su sonrisa, mientras miraba a una sonriente Sarah. Sus manos estaban unidas y Sarah le acariciaba el rostro con la otra.

¿Había sido tan feliz?

Se quitó el pensamiento de su mente y se puso a estudiar el caso.

John Seller

Policía de Boston jubilado. Su hoja de servicio fue impecable, un policía ejemplar. Cuando ya no fue apto para el servicio, se incorporó en el sindicato de policías, defendiendo a aquellos agentes que tuvieran algún problema y mejoran-do las condiciones de los policías frente al departamento.

—Sus propuestas de cambio eran buenas.

Asesinado por un tiro en la nuca, muerte rápida al estilo ejecución. Encontrados el casquillo y la bala en la escena del crimen. La balística confirmó que la bala que le mató fue hallada en el escenario. Las estrías de la bala confir-maban lo que más temía, el arma que disparó no fue otra que la Glock de 9mm registrada al nombre de Lexie Blake.

Detective de homicidios de Boston.

Sarah suspiró, aun le costaba creer que alguien como Lexie fuera capaz de un hecho tan atroz. *¿Disparo en la nuca a sangre fría? No puede ser Lexie.*

Lexie Blake

Detective de homicidios de Boston, con una hoja de servicios impecable, en activo, paradero actual desconocido.

Se graduó primera de su clase en la universidad de Harvard y fue la primera de la promoción en la academia de policías.

Compañera Pamela Bannister, anterior compañera Sarah Carlier, con la que ayudó a coger al *Violador de Boston.*

—No voy a encontrar nada que no sepa aquí—dijo Sarah para sí misma—. Esto es una locura, Blake no podía matar a nadie… se mortificó cuando mató a Steven, no podría matar a un hombre a sangre fría.

Sarah se levantó y miró por la ventana de su piso. Suspirando cerró los ojos y apoyó su cabeza sobre la ventana.

Cuando se giró, lo tenía claro. Tenía que ayudarla.

Sarah Carlier volvía a casa.

Capítulo 2

Sarah había llegado a casa. Boston. Aquí había cometido uno de los mayores aciertos y el gran error.

Su gran error, cuando decidió irse sin mirar atrás.

Sacudió la cabeza, intentando despejar los pensamientos cuando entraba en la comisaría en la que había trabajado gran parte de su vida.

—¡Tú!—gritaron a su espalda.

Pamela Bannister se acercaba rápidamente hacia ella con una mueca de ira y desprecio en el rostro.

—Mierda—masculló Carlier por lo bajo.

—Te prometí qué si hacías daño a Lexie te destruiría, aunque fuera lo último que hiciese—dijo agarrando las so-lapas del traje con rabia.

Sarah alzó las manos en son de paz y, con mucha calma, dijo:

—Aunque no lo creas, estoy aquí para ayudar.

—No necesito tu ayuda, y Lexie tampoco.

Sarah se sorprendió antes de esa declaración y miró a Pamela con recelo.

— ¿Sabes dónde está?

—Claro que sé dónde está. Es como mi hija. Y le prometí que la protegería de gente como tú.

Sarah se quedó mirando atentamente a Pamela, la ira irradiaba de sus ojos, la morena se obligó a elegir bien sus palabras.

—Pamela, la bala que asesinó a John Seller salió de la pistola de Lexie, yo soy una de las pocas en el FBI que cree en su inocencia.

Pamela soltó el agarre que tenía en la chaqueta de Sarah.

—¿Quieres ayudarla?

—La única forma que tengo de hacerlo es que hable conmigo.

—No... No sé dónde está.

—Pamela...

—Te estoy diciendo la verdad, volvimos a su estudio, iba a quedarme allí con ella. Después

de los primeros días...

Dejó una nota “no me busques, estaré bien”.

—Está huyendo—dijo muy seria—, eso no le hace menos inocente.

Pamela miró hacia abajo, culpable.

—¿Que no me estás contando?

—Le dije que eras tú el agente del FBI a cargo del caso.

Sarah puso los ojos en blanco, *por supuesto que se iría para no verme*, pensó.

—Necesito saber en qué estaba trabajando, Pamela. A lo mejor allí tenemos alguna pista que seguir que nos lleve a dónde está ahora.

La mujer le miraba todavía con recelo, pero tras unos segundos soltó finalmente el agarre de su chaqueta y le dijo:

—Sígueme.

Pamela condujo a la agente dónde actualmente estaba trabajando, era su antiguo escritorio, con la sutil diferencia de que en el cartel dónde tenía que poner “Sarah Carlier”,

estaba el nombre de Pamela Bannister.

Entonces Sarah recordó vívidamente una mañana como otra cualquiera, semanas después de cerrar el caso del *Violador de Boston*, encontrándose mirando a su compañera sentado enfrente de ella, trabajando en un informe.

—Estás mirando—dijo Lexie escondiendo una sonrisa.

Sarah, al verse atrapada, sonrió.

—No pude evitarlo.

—¿Ves algo que te gusta?—dijo coqueta.

Sarah simplemente asintió con la cabeza.

—¿Sí? Qué te parece si... Hoy nos vamos antes, compra-mos una botella de vino, nos sentamos en el sofá... ¿Y vemos qué pasa a partir de ahí?

—¿Malos recuerdos?—la voz de Pamela sacó de su memo-ria a Sarah, que se había quedado que está delante del escritorio.

—No, en realidad, era uno muy bueno.

Se sentó delante del ordenador de Lexie y lo activó, en cuanto se encendió la pantalla pidió una contraseña. Sarah miró extrañada.

—¿Tenéis un software nuevo? Pide contraseña.

—No—Pamela miro la pantalla—, solo la pide para historiales concretos.

Sarah miró detenidamente.

—Aquí hay algo que no quiere que sepamos...

Entonces, Sarah con su semblante serio miró a Pamela y suspiró.

—John Seller, cuéntame todo lo que sepas sobre él.

Pamela se sentó en su escritorio enfrente de Sarah.

—No sé demasiado, Seller estaba trabajando en reformas sobre la policía de Boston, reformas que serían beneficio-sas para todos... Sin embargo, Lexie nunca se fío de eso.

Supongo que eso lo sacó de ti—ambas rieron, pero enseguida la mayor se puso seria—. Lexie me dijo que no era trigo

limpio.

—¿Por qué?

—La respuesta está ahí dentro—dijo señalando el ordenador—, está claro que no quiere que lo sepamos.

Pamela llamó al equipo de informática para ver si podían desbloquear el ordenador, probaban con todas sus herra-mientas y software y no pudieron dar con la forma.

—Lo siento—dijo el informático—, he probado con todo.

No podemos desbloquearlo.

—¿Cómo te llamas?—preguntó Sarah.

—Nick, Nick Hedwall.

—Pues eres un inútil, Nick Hedwall.

—¡Sarah!—exclamó Pamela con tono de regaño.

Sarah la miró entonces con cara de "¿Qué hice ahora?"

mientras Nick, abatido, abandonaba la sala y dejó solas a las dos mujeres.

—Nick es el mejor informático que tenemos, no lo pagues con él—Sarah bufó—, voy a llamar a Charlie, que se le da bien este tipo de cosas.

Pamela llamó entonces, puso el manos libres y apenas unos toques después Charlie contestó.

—Ella no está aquí.

—¿A qué te refieres?

—Lexie no está con nosotras.

Sarah habló entonces.

—Entonces no te importará que mande un equipo a con-firmarlo. ¿Verdad?

Se notó el tono de enfado a través del teléfono.

—¿Esa era Sarah Carlier? Cuando te vea, ¡te juro que te destruiré!

—Amenazar a un agente del FBI es un delito federal, Madden.

—¡Al menos habré librado al mundo de escoria como tú!

—¡Charlotte Madden!—gritó Pamela—¡te he criado mejor que eso!—la detective suspiró—. Te he llamado para que nos ayudes a desbloquear un equipo.

—¿Es el de Lexie? ¿La podéis ayudar?

—Eso es lo que intentamos, Madden.

Hubo unos segundos de silencio, en los que solo se oía el murmullo y la respiración de la rubia.

—Bien, dime lo que ves.

Sarah miró entonces la pantalla.

—Es una pantalla negra, con un aviso de meter una contraseña para entrar.

—¿Algo más?

—Sí—dijo Pamela—, abajo, en la esquina derecha hay una clave alfanumérica

—¿Cuál es?

—AF0342

—¿Y la gran Sarah Carlier no sabe lo que es?

—Mira, niñata, ¿olvidas con quién estás hablando?

—¡Chicas!—gritó entonces Kate—, hola mamá, esta es una clave de encriptación militar

—Así es—contestó Charlie—, la única forma de acceder al equipo es introduciendo la contraseña. Puede ser cualquiera.

—Mierda—masculló Carlier.

—Siento no poder hacer más.

—Mamá—dijo entonces la hija de Pamela—, trae a Lexie a casa.

Cuando colgaron, Pamela miró a Sarah con pena, se sentó a su lado y con toda honestidad le dijo algo que la morena no esperaba.

—No eres la única que la ama, Sarah.

Volvió a tomar un sorbo de su oscuro café, añorando la dulzura de la que antaño disfrutaba.

Observando la comisaría del distrito 7 desde lejos, oculta bajo una gorra de los RED SOCKS y un aspecto que nadie reconocería.

Había visto a una mujer trajeada, no esperaba que ella apareciera tan pronto. Esperó pacientemente para ver cómo se desarrollaba la escena con estos nuevos aconteci-mientos.

—¿Qué hace aquí?—murmuró.

Esperó lo que serían horas, cuando la mujer trajeada salió con el ordenador de la detective Blake.

Momentáneamente se asustó al asimilar lo que eso supondría…

Mierda.

Se recostó sobre la silla, observando la taza de café ahora vacía. Pensando que debía hacer a continuación.

La vibración de su móvil prepago imposible de rastrear le llamó la atención.

"Ya hay dos" , leyó en el mensaje.

—¡Joder! – exclamó, frustrada.

Observó de nuevo hacia la comisaría, vio como la mujer guardaba el ordenador y se alejó en el coche.

Se levantó y se fue a ocuparse de sus nuevos problemas.

Después, haría lo que fuera. Quitaría a la agente del FBI del tablero de juego y hará lo que debe.

Destruir el ordenador y todo lo que contiene.

Finalmente pudo llegar a casa, la que compartía con la mujer con la que pensaba pasar el resto de su vida.

Sin embargo, estaba vacía.

Sacudió la cabeza, intentando despejar sus pensamientos de la joven pelirroja. Se dirigió hacia la ducha, intentando

que el agua caliente dejara atrás el complicado día de hoy…

Se vistió con unos pantalones ajustados, botas altas, una camiseta básica y su cazadora para montar en moto.

Fue a la cocina preparando un paño húmedo para limpiarla. *Después de más de dos años… limpiarla será el último de mis problemas.*

Cuando bajó al garaje, encontró su moto tapada con una lona. *Yo no la dejé así.* Al quitar la lona encontró la moto impoluta y cuidada. Sarah sonrió por primera vez

—Gracias Lexie.

Sin más dilación, salió a la carretera, conduciendo sin rumbo, intentando despejar sus pensamientos cuando finalmente se dio cuenta de que Lexie Blake no saldría de su cabeza.

Cuando paró, se dio cuenta de donde estaba. Al lado del puerto, uno de los lugares dónde le prometió que siempre se quedaría con ella.

En el banco divisó a una mujer, se quitó el casco y allí estaba. Una mujer pelirroja. Se acercó a ella cuando la mujer se levantó y saludó a un hombre besando sus labios. Cuando divisó la cara de la joven vio que no era Lexie.

Una sensación de alivio se instaló en el pecho de la agente.

Mientras la pareja se alejaba, se sentó en el banco.

—¿Y si pudo rehacer su vida con otra persona?

Los celos la invadieron, se enfadó consigo misma.

—No puedes sentir celos. Fuiste tú quien la dejó.

Sarah pocas veces se equivocaba, sin embargo, ella sentía que había metido la pata hasta el fondo.

Se levantó del banco, cogió la moto y se dirigió al estudio de Lexie.

Capítulo 3

El estudio estaba vacío, desprovisto de muebles y vida.

Sin embargo, se lo encontró limpio.

—¿Lexie? ¿Estás aquí?

Solo el silencio la respondió. Fue a la cocina y se tropezó con un cuenco de comida para mascotas.

—¿Tiene perro?—observó el cuenco y vio un nombre gra-bado: "Bigotes". Cómo no.

Abrió los estantes de la cocina y encontró un poco de comida para gatos.

—Un gato. Lexie tiene un gato—sacó una pequeña sonrisa.

Miró alrededor y se dio cuenta de que no había ninguna prueba de que fuera Lexie quien viviera aquí. Investigó la cocina, la habitación, no había ni una simple cama. El armario estaba vacío, había marcas en las paredes, pintura nueva al lado de la pintura desgastada. Lexie tenía su piso lleno de cuadros y fotos.

Tampoco estaban ya en casa de Sarah. Lexie Blake estaba desaparecida.

Aquí no voy a encontrar nada, pensó. Recorrió por última vez el estudio y volvió a casa. Tenía un ordenador que desbloquear.

Carlier llegó a casa dejando la moto en el garaje. Dirigiéndose al BMW que había estacionado frente a su puerta, sacó la CPU que había recogido de la comisaría del maletero.

Entrando en la casa, dejó todo en la sala de estar. Reparó unos segundos en el lugar, la última vez que vio su sala de estar estaba prácticamente destruida. La vista, sin embargo, había cambiado mucho.

En medio de la sala, había un enorme sofá rojo… *rojo*. Observó las paredes y había cuadros de paisajes que no había visto nunca, se acercó a la mesa que tenía una gran televi-sión y vio una de las pocas cosas que quedaban en esa casa.

Una fotografía enmarcada con un bonito marco dorado.

Lexie, con un pequeño gato negro con ojos azules en brazos. *Bigotes.*

Sarah no pudo hacer otra cosa que sonreír ante la foto, la pelirroja había avanzado después de su ruptura, después de *Inferno*, después de Morgan… sabiendo que su hermano aún estaba por ahí, ella supo encontrar su momento de felicidad, aunque fuera a través de un simple gato. Ahí fue cuando se volvió a dar cuenta: la agente Lexie Blake es incapaz de matar a nadie.

Hurgó en los bolsillos de su abrigo hasta encontrar una cajetilla de tabaco y, encendiendo un cigarro, dio la primera calada y expulsó el humo lentamente, pensando. Suje-tando un cigarro en la boca, encendió el ordenador y pensó:

veamos, ¿qué es lo que escondes?

En cuanto apareció la pantalla de inicio, volvió a ver la casilla vacía que pedía la contraseña. Hipnotizada por el cursor que parpadeaba, recordó la conversación que había

mantenido con Waller horas atrás.

—Voy a acceder a tu petición de sacar el ordenador de la detective Blake de la comisaría, Sarah

—Gracias, comisaria Waller—hizo una pausa—, aunque ambas sabemos que, como agente

del FBI, realmente no necesito pedir permiso.

Waller, sentada detrás su mesa, puso los ojos en blanco.

—Solo te pido una cosa, Sarah. Recuerda que es uno de los nuestros.

Carlier se limitó a asentir, intercambiando una mirada llena de intención con la comisaria antes de abandonar el despacho. Justo cuando iba a cerrar la puerta tras de sí, dijo:

—Si Blake mató a John Seller, cumpliré con mi deber, comisaria.

Tras varias horas probando con todas las combinaciones que se le ocurrían, el cenicero estaba lleno de colillas. Habías probado cientos de nombres de sus amigos, su familia, todos los nombres que sabía que tenía algún significado para Lexie. Con una sonrisa tecleo su nombre, pero la pantalla solo le advirtió con un mensaje de error. Automáticamente, apareció un nuevo aviso, *"Sólo queda un intento.*

Después el equipo se bloqueará y se perderán los datos guardados".

Frustrada, Sarah se recostó en su silla, y masculló:

—Mierda.

Entonces, recordó la comida para gatos que había en el estudio y el cuenco para gatos de la cocina.

Cruzando los dedos, introdujo en la casilla la palabra *"Bigotes"* .

La pantalla se fundió a negro, pero suspiró con alivio cuando salió el escritorio, repleto de carpetas, archivos de

datos, nombres y fechas.

El nombre John Seller le llamó la atención y clicó en su carpeta. Encontró fotografías, archivos de texto y un archivo de Excel

—Bien, ¿por qué te daba mala espina?

Carlier abrió los archivos de texto, lo que leyó le dejó de piedra.

Uno de esos documentos, se relacionaba a la víctima con una trama de corrupción que alcanzaba a todos los niveles a jueces, federales y la policía de Boston.

—Joder, pelirroja ¿En que estabas metida?

Abriendo el archivo de Excel, Sarah se encontró con una lista interminable de nombres de jueces, fiscales y altos cargos de la policía y el gobierno de Boston.

Rápidamente la vista de Carlier localizó el nombre de John Seller, que aparecía asociado a una serie de delitos de malversación de fondos.

Revisando las fechas, Carlier se dio cuenta de que las entradas de dinero, que figuraban por millones, coincidían con los tiempos en los que los principales mandos del cuerpo habían sido renovados, además de la renovación de las instalaciones, equipos y material de la Policía.

—Mierda, Blake, tenías razón... Pero no lo entiendo—dijo apagando su cigarrillo—. ¿Por qué matarle y no detenerle?

Carlier tuvo una corazonada, cerró la carpeta del señor Seller y busco entre otras carpetas, aquellas con la fecha más antigua.

Sargento Allison Woods, distrito A2, fue promocionada aún a pesar de tener una de las notas más bajas del examen.

Examinando la carpeta, encontró fotos del sargento ínti-mamente relacionada con John Seller.

Encontró el archivo de su expediente y Sarah se alarmó cuando sobre su foto, y una marca que decía "objetivo".

Sin saber la hora que era, cogió su teléfono y llamó a Pa-

mela Bannister.

—¿Sarah?—dijo Pamela adormilada.

—¡Bannister! ¡Localiza a Allison Woods inmediatamente, está en peligro!

El último paradero conocido de Alison Woods era su piso en Stuart Street, cerca del ayuntamiento... Una buena zona.

Sarah llegó en su moto y allí se encontró con Pamela y una ambulancia.

—¿Has llamado a una ambulancia?

—¿Qué querías que hiciera con “Alison Woods está en peligro”?

- Bien, entremos.

El portero les dirigió hacia su piso, detective y agente sacaron sus armas y fue Sarah quien echó la puerta abajo al no recibir respuesta del interior.

Cuando entraron, un horrible olor las sacudió a ambas, provocando las náuseas y haciéndoles tapar el rostro con la mano.

—Creo que hay que llamar al forense.

Pamela solo asintió con la cabeza y se dirigió al dormitorio.

Sarah noto que el olor nauseabundo se hacía más intenso cuando se acercaba a la cocina. Fue allí donde encontró a la mujer muerta, con un disparo en la cabeza y en un estado de descomposición avanzado.

—¡Pamela!—llamó—, está aquí.

Pamela se acercó, se notaba que la veterana detective se estaba encontrando mal por causa del horrible olor.

—Dios... Bien, iré fuera a... Llamar a Lanie, sí.

Sarah sonrió internamente, al salir del piso dijo a los agentes que lo sellaran y llamó a la puerta de al lado.

Una anciana de edad avanzada le abrió la puerta y sonrío.

—Buenas noches, soy Sarah Carlier, del FBI.

—Hola

—¿Conocía a su vecina, Alison Woods?

—Sí.

—¿Ha visto u oído algo inusual en estos últimos días?

—Sí, ¿quiere unas galletas?

Sara se estaba armando de paciencia.

—No, gracias. ¿Me podría contar algo que pudiera parecer extraño?

—Oí un ruido muy fuerte... Ayer empezó a oler mal, tuve que abrir las ventanas.

—¿No se le ocurrió llamar a la policía?

—No, pensé que había algo muerto, sí. Pero esa no es razón para llamar a la policía.

—Bien, tomé mi tarjeta, si recuerda algo, llámeme.

—¿Está muerta?—preguntó la anciana.

—Temo decirle que sí.

—No puedo decir que me alegre, pero hacía mucho ruido cuando venía su novio.

—¿Novio? ¿Cómo sabía que tenía novio?

—Su dormitorio estaba al lado del mío.

—Entiendo, ¿cree usted que lo podría describir?

—No, nunca le vi.

—Bien, llámeme si recuerda algo.

La anciana cerró la puerta con un portazo y Sarah se quedó mirándola incrédula.

Llamó a Lana Stewart, su compañera en el FBI y al segundo toque contestó.

—Stewart.

—Lana, soy Sarah, necesito que hagas una búsqueda, a fondo.

—Bien, ¿De quién se trata?

—Alison Woods.

—Te llamaré con lo que encuentre.

Necesitaron unas horas para trasladar el cuerpo a la morgue, pero Sarah estaba armándose de valor para entrar en la comisaría. Pamela la vio apoyada en la moto fumando y se acercó a ella.

—Creía que lo habías dejado

—Ya, bueno... Solo es un mal hábito—dijo, mirando para otro lado.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí fuera?

Sarah sacó una media sonrisa.

—En esta comisaría he pasado los mejores años de mi vida... Los más felices, y ahora...

—Son recuerdos dolorosos.

Sarah asintió, suspirando.

—Daremos con ella, la ayudaremos.

—¿Sabes?... Mi misión es detenerla, no ayudarla.

—Bueno... La cuestión aquí es: ¿cuándo la veas, la detendrás o la ayudarás?

Sara miró a Pamela, tenía una media sonrisa en su cara.

La agente sonrió..

—Sabes lo que haré—contestó la agente, sonriendo.

—Nadie dejaría ir a Lexie Blake, sé que la ayudarás. No es una asesina, Sarah, encontraremos la explicación a todo esto.

La morena asintió, tiró el cigarrillo y fue a encontrarse con una vieja amiga.

—¡Sarah Carlier!—se acercó a la morena y la forense le dio un tortazo—. ¡Yo! Que te he respaldado, te ha ayudado y te he contado durante todo este tiempo todo lo que sabía de Lexie, ¿no vienes a saludarme?

Sarah, aun frotándose la cara contestó:

—Hola, Lan—dijo, abrazándola.

La forense se derritió en el abrazo y correspondió a él con

una sonrisa.

—Hola, amiga mía.

—¿Qué nos puedes contar de la víctima?

—No mucho—dijo acercándose al cuerpo—, un único disparo en la cabeza, he mandado la bala a balística. No hay marcas defensivas.

—Bien, llamaremos para que se den prisa.

—Hay más—continuó la forense—, Alison Woods tuvo relaciones sexuales consentidas antes de su muerte.

—La vecina me dijo que tenía un novio—informó Sarah.

—La muestra ha dado un resultado, el semen corresponde a John Seller.

—¿Qué?—preguntó Pamela—, no sabía que estaban tan unidos.

—También debo decir... Alison Woods murió dos días antes que John Seller.

—Entonces Alison Woods es la primera víctima... Esto se complica.

Capítulo 4

Después de recibir el informe de las autopsias, Sarah volvió a casa acompañada de Pamela.

La dirigió a la sala de estar y le tendió una copa de vino a la detective.

—No sé por qué no podemos hacer esto en la comisaría.

—Allí no puedo beber—contestó con una sonrisa—, además, después de lo que pasó con Steven… Instalé un siste-ma de seguridad. Esta casa es más segura que la comisaría.

Pamela observó la pizarra blanca que tenía Sarah instala-da en la sala.

—¿Qué coño es todo esto?

—La investigación de Lexie.

—No imaginé… no pensé que todo esto sería tan extenso.

¿Por qué no me lo contó?

—Porque la habrías ayudado. Lexie no quiere poner a nadie en peligro.

Pamela suspiró, sabiendo que la morena tenía razón.

Observó la casa, había venido cuando la agente vivía sola y no era la misma que veía en estos momentos. También vino

cuando Lexie se quedó sola y había cambiado por completo, intentó ayudarla a convertirla en un hogar, sin embargo, la detective prefirió hacerlo sola.

—Lexie convirtió esto en un hogar.

Sarah se quedó mirando a la detective, cuando conoció a Lexie carecía de toque personal, le gustaba así, después, la pelirroja entró en su vida y la llenó de color.

No pudo evitar que el dolor se filtrara en su voz.

—Un hogar que abandoné.

Pamela no contestó al sentir claramente ese dolor.

—¿Cuál fue la contraseña?

—Bigotes—dijo con una sonrisa—. En honor a su gato.

Pamela sonrió, *típico de Lexie*, pensó.

—¿Cómo lo consiguió?

Vio cómo la cara de la detective cambió de una sonrisa a un semblante totalmente serio. Sarah se atrevió a adivinar que también vio dolor en los ojos de su actual compañera.

—Fue un caso duro. Nos avisaron por el asesinato de una familia, asesinato con suicidio. El hombre mató a su hijo de apenas cuatro años y después acabó con la vida de su mujer. Se quitó la vida más tarde—suspiró al recordarlo–.

Nos avisaron para confirmar los hechos y cuando volvimos a la comisaría, Lexie estaba mirando algunas fotos, se quedó mirando una en particular…

Pamela, tenemos que volver a la casa de la familia As-ton… - dijo Lexie.

¿Por qué?

Hay algo que quiero investigar.

—Ante su insistencia la llevé al terminar el turno, me quedé con ella en la puerta y le pedí que me explicara qué ha-cíamos allí.

—Vale Lexie, ¿me explicas que estamos haciendo aquí?

—Mira esta foto.

En la foto se mostraba a toda la familia sonriente y el niño pequeño tenía una pequeña bola de pelo en los brazos, un gato.

—¿Dónde se escondería un gatito asustado? —preguntó la pelirroja a la nada.

—¿Estamos aquí por un gato?

Lexie miró a su compañera con una mueca de tristeza, una cara realmente triste. Pamela

entendió que no era solo por el gato, no hizo falta que se lo explicara, aun así, lo hizo.

—Pamela, es un gatito asustado, ha perdido a su familia y está solo. No puedo dejarlo aquí, ayúdame a buscarlo.

—Mira debajo de las camas.

La joven detective se fue a la habitación del niño pequeño y cuando volvió, había una bola de pelo en sus brazos.

El pequeño animal maullaba de una forma que no era de tristeza, al ver la expresión de su compañera Pamela supo que Lexie Blake acababa de adoptar a una mascota.

—Te lo vas a quedar.

—Qué bien me conoces—dijo con una gran sonrisa.

—¿Decidió llamarle Bigotes?—preguntó Sarah.

—No, iba a llamarle Carlier—al ver la expresión de la morena continuó–. Lexie nunca perdió la esperanza de que volvieras, pensó que le aceptarías más fácilmente si era tu tocayo… la convencí de que lo llamara de otra forma.

Habría aceptado a ese gato con cualquier nombre con tal de que Lexie fuera feliz, pensó Sarah.

Al ver su expresión, Pamela se entristeció profundamente. Sarah Carlier nunca fue santo de su devoción. Prácticamente no se soportaban, pero la detective sabía que Sarah quería profundamente a Lexie Blake.

Sarah fue a decirle a Pamela que quitara esa mirada de lástima que tenía hacia ella cuando detrás de ella, en la ventana, observó a una figura encapuchada.

—¡Pamela! ¡Fuera, en la ventana!—dijo desenfundando.

La figura desapareció y Sarah salió de la casa pistola en mano, cuando delante de ella se encontró con la misma figura alejándose de ella. Se paró y apuntó.

—¡Alto ahí o disparo sin vacilar!

La figura femenina alzó las manos mostrando así que estaba desarmada. Llevaba una sudadera con capucha negra además de unos jeans y deportivas negras. Vestida específicamente para no ser vista.

—Date la vuelta. ¡Ahora!

La figura no se movió ni un ápice, sin embargo, Sarah oyó dos disparos que impactaron en la pared a su lado, cerca de su cabeza. Instintivamente se agachó para ponerse a cubierto, lo que causó que la figura femenina saliera corriendo, desapareciendo en la oscuridad.

Sarah siguió a la intrusa, pero la perdió. No pudo seguirla en la fría y oscura noche.

—¡Mierda!

—¡Sarah!—Pamela acudió y se puso a su lado—, ¿estás bien? Creía que tenías una alarma para evitar que estas cosas pasen.

Sarah miró entonces a la detective y entró con cierta prisa de nuevo en la casa. En la sala de estar, abrió la aplicación de la alarma y efectivamente esta no había detectado ninguna alerta de proximidad.

—La alarma no alertó de nada inusual.

—¿Qué significa eso? ¿No funciona?

—No, funciona perfectamente. Pero no alerta si la dueña de la casa se acerca.

—Eso quiere decir que…

—La persona encapuchada era Lexie.

Capítulo 5

Con un portazo que interrumpió el sueño tranquilo de un felino, tres mujeres alteradas irrumpieron en la sala.

—¿Qué ha pasado?—preguntó enfadada una de ellas.

—¡No lo sé! Me vio.

—¿Te vio? Esa era tu casa, ¿no sabías por qué punto podías entrar para que no te viera? Si no hubiera insistido en seguirte, estarías entre rejas.

La única persona que no formaba parte de la conversación, se sujetaba la cabeza con las manos, acunándose a sí misma.

Las otras dos se limitaron a mirarla.

—No puedo creer que haya disparado a mi hermana.

—Supéralo, Carlier.

—¡Esa era mi hermana, Kennedy!

—¡Bigotes! ¿Dónde estás, mi niño?

—Lexie, me sigue perturbando que al principio le quisieras poner mi apellido.

—Eres mi hermana Carlier favorita.

—Eso es mentira—dijeron Elizabeth y Kennedy a la vez.

—Nunca miento.

—Nunca te acostaste conmigo.

Kennedy puso cara de asco.

—Eso tiene fácil solución—dijo la antaño pelirroja con su típica sonrisa.

—¿Nos dejamos de tonterías? Carlier sigue teniendo el ordenador. Cada segundo que pasa con él, es un segundo en nuestra contra.

—Tengo un plan, rubia. Tranquila.

—Espero que sea mejor que el de hoy, morena.

—Será mejor—dijo sonriendo.

Después del altercado y de que Sarah hiciera venir al CSI para que recogiera muestras y las dos balas que aún se encontraba en la pared, volvió a entrar y observó a Pamela investigando en el ordenador de su compañera.

—Aquí hay mucha gente, demasiada para tener a todos vigilados.

—Creo que… de momento solo están vigilando los que están en Boston.

Pamela se levantó y empezó a pasear por la casa pensando.

—Creo que Lexie se arriesgó a venir para recuperar el ordenador.

—Esa era una de mis sospechas—dijo, encendiéndose un cigarrillo más.

—Aunque… deberíamos centrarnos en las víctimas.

—Lo investigué, todo apunta a que John Seller era corrupto.

La detective se centró entonces en la pizarra, que se quedó mirando lo que fueron unos minutos muy largos hasta que recordó lo que le contó la noche que Sarah dejó a Lexie.

—Sarah… hay una cosa que debes saber… la noche que te
fuiste, Kimiko localizó a Lexie.

—¿Cómo?

—Sí… después de que te marcharas, recurrió a mí y me lo contó todo…

—¿Qué le dijo Kimiko?

—En resumidas cuentas… *Inferno* solo eran las cenizas de una organización más peligrosa si cabe… Nuevo Mundo. Después del secuestro de Ava Weiguer y de que Morgan estuviera implicado, y más aún sabiendo que fue él quien mató a Ailén… nunca dejó de investigar para

encontrar a su hermano. Lo único que me preocupó fue cuando Kimiko le dijo que ahora les tocaba mover a ellos..

Sarah se levantó de su asiento, acercándose a Pamela se puso a su lado y se quedó mirando la pizarra dando una profunda calada a su cigarro.

—¿Y si esto lo han causado ellos y están culpando a Lexie?

Recuerda que la secuestraron para matarla y luego lucirlo públicamente—continuó Pamela.

—Si eso es así… ¿Por qué Lexie no confía en nosotros?

—Porque ahora mismo, Lexie Blake no confía en nadie.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Sarah seguía investigando en el ordenador de la detective Blake. Los archivos que había dentro estaban desordenados a los ojos de Sarah, eran todo un caos. Sarah pensó que ese caos tendría un orden en la mente de Lexie y quería saber cuáles eran las sospechas que tenía la joven pelirroja ante todos aquellos nombres que aparecían en las carpetas y los archivos.

Pamela se fue a la comisaría y Sarah no quería abandonar la casa, sabía que en el momento que lo hiciera, Lexie podría entrar y robar el ordenador. Algo había escondido Lexie en su información que no quería que Sarah encontrara.

Si realmente la persona que vimos ayer era Lexie Blake.

Sarah hizo copias del disco duro y las guardó en un lugar seguro.

Estaba sentada en el sofá rojo que había en su sala de estar y tuvo que reconocer que, a pesar de su horrible color, era cómodo. Sin encontrar aún nada que pudiera utilizar, la agente del FBI se paseó por su antigua casa.

Subió a la planta de arriba, a su habitación. Abrió el ar-

mario y solo encontró una blusa azul que hacía tiempo que no veía. Era suya, sin embargo, no se fue a Virginia con ella.

—¿Lexie la robó? Sin embargo, ahora está aquí… Seguro que me odia lo suficiente para abandonar atrás todo lo que tuviera que ver conmigo.

Sarah vio sus maletas al lado de la cama y aún sin deshacer, suspiró y volvió la vista hacia la colorida colcha que cubría su cama KING SIZE. Otra obra de Lexie.

Cuando llegaron a la habitación, Lexie dejó los trajes encima de la cama y se sentó, admirando la habitación que iba a ser suya a partir de ahora.

—Me veo obligada a cambiar la decoración de este sitio, Sarah.

— ¿Qué? ¿Por qué? Está perfecta tal y como está —pro-testó ella.

—Esta decoración es muy masculina. Le falta color.

—Eran tiempos felices—dijo, suspirando una vez más.

Siguió paseando y observando los ligeros cambios que había en su casa cuando su teléfono interrumpió su paseo y sus pensamientos.

El indicador de llamadas mostraba el nombre de Pamela.

—Pamela, ¿Algo nuevo?

—Han visto a Lexie.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En una tienda de ultramarinos, ha frustrado un atraco

—¡Dame la dirección ahora!

Sarah olvidó su inseguridad de dejar su casa cuando cogió su chaqueta y salió corriendo por la puerta de su casa.

Cuando llegó a escena, se encontró allí con Pamela acompañada de la detective Morales.

—Es una auténtica maravilla volver a verte, detective.

—Carlier, no te confundas, que seas agente del FBI no quiere decir que este caso te pertenezca. Es mío.

—Quédese con el caso, detective. Sin embargo, si quien frustró el robo fue Lexie Blake, pasará a ser del FBI.

—Tranquilizaos las dos—dijo Pamela—. Observemos la cámara de seguridad y veamos lo que pasó.

La empleada de la tienda aún estaba temblando cuando entraron para hablar con ella. Según su versión, un hombre armado y encapuchado entró a robar cuando la chica que estaba dentro sacó su arma y le apuntó. El hombre, asustado, se fue antes de que la mujer pudiera apresarlo.

—¿Estaba segura de que era Lexie Blake?

—Totalmente. La detective Blake es conocida y me miró directamente a la cara.

—¿Algo más de ella que pueda reconocer?—preguntó Pamela.

—Sí, recuerdo que la detective tenía el pelo pelirrojo, sin embargo, lo tenía moreno.

—Me gustaría ver las cámaras de seguridad—dijo la detective Morales.

La empleada asintió y las guió por la tienda hasta el fondo, donde una puerta al abrirse dio paso a un pequeño despacho.

—Una pregunta más…—intervino Sarah—, ¿la detective Blake sacó su arma?—ante el asentimiento de la empleada continuó—. ¿Podría describirla?

—Sí… parecía un revólver. No la típica pistola que sale en las películas policíacas.

—Un revólver…—miró a Pamela—, ¿el cañón era largo o corto?

—Sin duda largo.

Ante la nueva información, Sarah pensó que Lexie utilizaba su Smith&Wesson, no la reglamentaria de la policía ni la que fue utilizada en los asesinatos.

La empleada puso las imágenes a la hora del frustrado robo y, sin duda alguna, fue Lexie Blake la que lo impidió.

Su pelo era oscuro, algo que no pasó desapercibido para la agente del FBI. Era la primera vez que veía su imagen en dos años y verla con un aspecto tan sombrío y vestida de negro la perturbó.

A la salida, la agente Morales se puso delante de Sarah con mueca de pocos amigos, al ser caso del FBI, ésta le tendió sus notas y se dispuso a irse cuando Sarah la agarró suavemente del brazo.

—Sé que ahora el caso es del FBI, ¿te gustaría colaborar?

La cara de la detective cambió por completo.

—¿De verdad?

—Considéralo una disculpa por… el incidente del pozo.

—Reconoces entonces que me tiraste.

—Reconozco que no debí tocarte con cierta fuerza para que cayeras en él.

—Es lo mejor que voy a obtener… ¿Qué necesitas?

—Encontrar a Lexie es mi máxima prioridad.

Enseguida la detective se alejó de Sarah y empezó a preguntar a los transeúntes que pasaban por allí. La agente volvió a suspirar al recordar la imagen de Lexie, se dirigió hacia su coche cuando Pamela la tocó el hombro y le mostró una sonrisa amistosa y comprensiva.

—¿Yo le hice esto?

—No, Sarah. Está huyendo, es normal que haya cambiado su apariencia. El pelo rojo es claramente reconocible.

—Gracias por estar a su lado cuando yo me fui.

—Ya te lo dije, no eres la única que la ama.

Esta vez, Sarah volvió a la comisaría. Un cambio de aires puede que le diera cierta perspectiva a la hora de volver a investigar en el ordenador. Pensando que no era seguro, modificó la alarma para que saltara para cualquier persona que se acercara que no fuera ella. No podía confiar en Lexie.

Se sentó en la mesa de su antigua compañera, la pajita de Pluto estaba en un rincón, al lado de su taza de café.

—Hoy no es el día de cabrearte, lo entiendo. Mira, te he traído un regalo…

Lexie miró ahora con curiosidad, Sarah se levantó y miró en su bolsa y, con una pequeña sonrisa, le entregó a Lexie una pajita con la cabeza de Pluto en el extremo superior.

Lexie, ante aquello, finalmente estalló. Cogió su taza de café y le tiró el contenido a Sarah, empapando su pelo, cara y ropa. Carlier, completamente empapada de café, miró a su compañera, anonadada; la cual estaba más sorprendida, si cabe, por su arrebato: se había tapado la boca con las manos y miraba a Sarah con ojos como platos.

—Dios, Sarah… Lo siento.

La morena vio que Lexie estaba completamente arre-pentida por su arrebato. Arrepentida y aterrada, ya que ambas estaban armadas y no les cabía ninguna duda de que la morena era más que capaz de desenfundar su arma a la primera de cambio.

— ¿Te doy un regalo y así me lo pagas? —dijo, como respuesta.

—Lo siento, lo siento, Sarah… he estallado.

—Me costó encontrar la pajita —puntualizó la morena.

Sarah no pudo hacer otra cosa que sonreír ante el recuerdo. Inspeccionó los cajones y al abrir el primero de ellos, encontró algo que no esperaba ver. Una foto enmarcada de ellas dos. Una de las pocas que se hizo durante el tiempo que pasó con ella, ahora desearía haberse hecho más.

Si conseguimos arreglar todo esto, lo haré.

Al observar detenidamente la foto sonrió, de nuevo la dejó sobre la mesa y lo que encontró debajo de ella la congeló.

La placa dorada de Lexie estaba allí

Boston. Detective. 1598.

—Pamela… la placa, la dejó aquí.

—Dejó atrás todo, Sarah.

La detective, cabizbaja, se sentó en su mesa y abrió uno de los archivos que descansaba sobre ella. También suspiró.

Sin duda alguna la marcha y desaparición de Lexie Blake había hecho mella en todos.

En ese momento, la detective Morales se acercó a la agente con prisa, estaba agitada, pero tenía una mueca de triun-fo en su rostro.

—Tenemos una pista, hay un testigo que vio a una persona que encaja con la descripción de la detective Blake entrando en un almacén de East Boston.

—Bien, Morales. Iré yo… seguramente no encontraré nada allí.

—Te acompañamos—dijo Pamela, levantándose.

—No, si encuentro algo te llamaré, pero debo ir sola.

Pamela puso los ojos en blanco mientras veía como la agente del FBI abandonaba la

comisaría con prisa.

Está desesperada por encontrarla, pensó.

Capítulo 7

Sarah condujo hacia el East Boston y localizó el almacén descrito por la detective Morales. No era una buena zona y el almacén tenía todos los datos que te decían que estaba abandonado. Un lugar perfecto para esconderse.

Entró por una de las puertas laterales sin hacer ruido y se dispuso a investigar el almacén. Sacó su linterna y observó que todo estaba lleno de polvo y telarañas.

—Aquí no ha habido nadie en mucho tiempo.

Siguió investigando hasta que en el suelo polvoriento vio unas huellas de botas, era un número pequeño, no había duda alguna de que eran de mujer.

Pistola en mano se dispuso a seguir las huellas, las huellas la llevaron a un pasillo central que daba a una gran sala, en el centro de la sala vio a dos mujeres, una rubia y otra morena.

—Tenemos que hacer algo… —dijo una de las mujeres.

Sarah, sin hacer ruido, se acercó para oír mejor, aún no podía distinguirlas bien hasta que la mujer rubia miró en su dirección. Sarah estaba bien escondida y pudo observar-

le la cara.

Laura Kennedy.

¿Kennedy? ¿Kennedy es corrupta?

—¿Qué quieres que haga? No puedo entrar en la casa, no sin Sarah.

No lo dudó ni un momento, reconocería esa voz en cualquier parte, la agente salió de su escondite.

—¡Lexie!

Ambas mujeres miraron en dirección del grito y desen-fundaron sus pistolas.

—Bajad las armas—avisó—, no lo pongáis más difícil.

—Kennedy, vete, yo me ocupo.

Fue entonces cuando Laura se separó y se dirigió hacia la salida más cercana, Sarah la apuntó con su arma cuando oyó un disparo que cuya bala impactaba cerca de su cabeza en una estantería cercana.

—Me quieres a mí, Sarah. No a ella.

—¡Me has disparado!—gritó enfurecida.

—La próxima vez no fallaré. Vuelve al maldito agujero del que te hayas escapado y no vuelvas a buscarme.

—Sabes que no puedo hacer eso.

Vio a Lexie sonreír, pero no era la típica sonrisa marca de la casa que era capaz de iluminar toda la habitación. No, esta sonrisa era más oscura y totalmente maliciosa.

La morena la volvió a apuntar con su revólver y ese tiro no le fallaría.

—Que comience el baile.

Sarah se apresuró a ponerse a cubierto cuando oyó que dos balas impactaban cerca de ella. No quería dañar a la mujer, a pesar de todo la amaba, pero no tuvo más remedio que devolver los disparos.

Lexie se puso a cubierto y volvió a disparar a la mujer que durante un tiempo compartió su vida.

—¡Cómo cambian las cosas, Carlier! ¡Al final mis balas

van a conocerte!

—¡Lexie! ¡No quiero hacerte daño, quiero ayudarte!—Sarah se asomó y una bala impactó cerca de su cara—. ¡Dios!

—¿Sigues viva, amor mío?

La ira de Sarah poco a poco iba floreciendo. Asomó la cabeza y no vio a su antigua compañera por ningún lado.

—Vamos Lexie, has perdido. Tu revólver sólo tiene capacidad para cinco balas y si mis cuentas no me fallan… te queda una.

La agente del FBI se quedó totalmente congelada cuando notó el cañón de la Smith&Wesson en la nuca.

—Y me sobran, capulla.

Lo siguiente que notó fue un fuerte golpe en la cabeza y caer al suelo antes de quedar totalmente inconsciente.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando abrió los ojos, pero se encontraba en su casa, recostada en el sofá rojo y con Pamela mirándola atentamente.

—¿Pamela? ¿Qué… qué ha pasado?

—Lexie me llamó desde un desechable, te trajo aquí para poder anular la alarma.

—Mierda… ¿el ordenador?

La detective recogió una bolsa de pruebas y se la mostró a Sarah, una bala de 9 mm se encontraba en su interior.

—Lexie convirtió el ordenador y su disco duro en un co-lador, cogió todos los archivos físicos y lo quemó. También encontró la copia de seguridad y lo echó al fuego con el resto. Ha sido terriblemente concienzuda.

—Mierda.

—Balística lo confirmará, pero… seguro que disparó con tu pistola—Pamela sonrió—, es muy lista.

—Demasiado – murmuró.

Al día siguiente Sarah se quedó en casa, con toda su investigación destruida y con un dolor de cabeza insoporta-ble, Pamela no la quería ver cerca de absolutamente ningún caso y menos aún si estaba relacionado con Lexie Blake.

Se sentó en su sofá rojo y suspiró pensando en todo lo que había sucedido en los últimos días. Una cosa tenía clara, Lexie Blake la odiaba, incluso aquella mujer antaño pelirroja la disparó a matar.

Nunca se lo dijo, pero fue la bala de Lexie quién abatió a Joy en california después de que la salvara del disparo. Una bala le atravesó el hombro y aun así fue capaz de abatir a un francotirador que estaba a más de 100 metros de distancia.

¿Falló a propósito o no?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando llamaron a la puerta, con una bolsa de hielo en la cabeza y sin ninguna protección extra Sarah Carlier abrió la puerta.

—Hola Sarah.

—¡Lana!—dijo sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Ayudarte, Carlier. Lexie Blake es un objetivo del FBI.

Capítulo 8

Sin invitación anterior, Lana Stewart se adentró en la casa de Sarah, maleta incluida.

—Claro, pasa. No te cortes—dijo con sarcasmo.

Vio cómo su compañera se instalaba en la sala de estar de su casa y ojeó informes que había

encima de la mesa.

—¿Qué tenemos sobre Blake?

—Bueno… conseguí hacerme con el ordenador de Lexie, allí estaba toda su investigación, pero todo está destruido.

—¿Cómo?

—Conseguí encontrar a Lexie, ella me dio un golpe que me dejó K.O. y me llevó a casa destruyendo todo lo que tenía sobre ella.

—Sarah…

—Lana, creo que es inocente—vio cómo su compañera ponía los ojos en blanco y se levantaba—, de verdad, creo que le han tendido una trampa.

—Y yo creo que tenemos a dos personas muertas, una fugitiva suelta y veo que aún estás totalmente enamorada de ella. Sabía que estarías implicada en este caso, pero con-

vencí a nuestro jefe de que serías imparcial. Me equivoque.

—¡Lana! No estoy siendo imparcial, me importa Lexie, pero lo que más me importa es la verdad de lo que está sucediendo aquí.

—Yo tengo nuevas órdenes Sarah. Encontrar a Lexie Blake y detenerla, si ofrece resistencia… disparar a matar.

Sarah se marchó con cierta prisa de su casa, casco en mano y con la moto lista se dirigió hacia la comisaría del distrito A-7. En cuanto pasó por la puerta, fue rápidamente locali-zada por Pamela, que se dirigía directamente hacia ella.

—¿Pero no te dije que te quedases en casa?

—¡No seas mi madre y escúchame! Lana Stewart está aquí.

—¿Quién?

—Mi compañera del FBI, esa mujer es un auténtico tibu-rón y… una de sus órdenes es encontrar a Lexie y, sabiendo cómo es… no lo pondrá fácil, hay órdenes de matarla. Mira, tú y yo no coincidimos en muchas cosas, pero en que es inocente sí… necesitamos avisarla.

—Sarah… no sé cómo encontrarla.

—Yo sí… pero necesitamos la ayuda de Ava Weiguer.

Localizar a Ava no fue difícil, la encontraron a la salida de la universidad de Boston, Harvard; estudiaba criminología.

Estaba tan inmersa en su música y en su mundo que tardó varios minutos en ver que Sarah Carlier y Pamela Bannister la seguían de cerca.

Ava se dio la vuelta y encaró a las mujeres.

—Decidme que mi madre no ha contratado a nuevos guar-daespaldas.

—No, pero debería… no percibes para nada tu entorno y…

—Necesitamos tu ayuda—Sarah interrumpió a Pamela.

La chica extrañada siguió su camino a casa, pero acompañada por Sarah a su derecha y Pamela a su izquierda.

—¿Mi ayuda para qué?

—¿Sigues en contacto con Kimiko?

—Sí…

—Necesitamos que hable con nosotras…

—¿Para?

—Es confidencial.

Ava siguió andando, ignorando a las dos mujeres que la seguían, se miraron entre sí y

asintieron con la cabeza, para que Ava les ayudase deberían decirle algo a cambio.

—Lexie, es posible que esté en peligro.

—Kimiko puede encontrarla más fácilmente.

—No me digas más, si estoy viva es gracias a ella… hablaré con ella y diré que hable con vosotras.

Ava se quedó mirando a Sarah detenidamente y entrece-rró los ojos.

—La jodiste pero bien ¿eh? Kimiko me contó que dejaste a Lexie y te fuiste a Virginia, para estar con el FBI.

—Bueno, dudo que sea de tu incumbencia mi vida personal.

—Lexie Blake me salvó la vida, me preocupo por ella… tú me gustabas. En pasado.

—Mira, niña, tú…

—¡Sarah!—interrumpió Pamela.

—¿Me gritas a mí y no a ella?

—Ava—siguió Pamela ignorando a Sarah—, por favor, avisa a Kimiko lo antes posible.

Después de hablar con Ava y bajo orden estricta de Pamela, Sarah volvió a su casa, no había rastro de Lana, ni de ella ni de su maleta. Debería llamarla, pero no le sentó bien la sola idea de que mataran a Lexie. Lana tenía razón, no era

imparcial, estaba demasiado implicada en este caso, pero no podía dejarlo, no con Lexie bajo constante peligro.

—La jodiste pero bien ¿eh?

No sabes cuánto.

Odió tener que darle la razón, pero sí, tenía razón.

Fue a servirse un vaso de whisky cuando una mano le tapó la boca y la arrastró, le bloquearon la mano que iba a su pistola cuando la situaron delante de un espejo, se calmó al ver unos ojos rasgados detrás de ella.

Kimiko.

La soltó suavemente cuando Kimiko se puso un dedo delante de los labios indicando que estuvieran en silencio, salieron por la puerta y se ocultaron entre las sombras de la calle.

—Mi alarma no funciona.

—Funciona, pero me fue fácil anularla.

—¿Por qué estamos fuera?

—Detecté micros cuando entré, Sarah… tu compañera no es quien dice ser.

—No confía en mí, dice que no soy imparcial y tiene razón, va a por ella y tienes que avisarla.

—¿Por qué yo?

—Vamos…—dijo Sarah con algo de burla en su tono—, me vas a decir que te va a costar encontrarla.

—Cierto, sé dónde está—sonrió de medio lado—, pero Lexie sabe que van tras ella, que está en peligro, pero está bien acompañada.

—¿Kennedy?

—Y más gente. Pero no confía en ti—suspiró—, puedes ayudarla, pero no va a confiar en el FBI. Tendrás que dejar de ser agente si quieres estar a su lado.

—¿Quién está detrás de todo esto?

Kimiko la miró con absoluta sorpresa. Era una de las pocas veces que esta misteriosa mujer mostraba algo en su

cara que no fuera serenidad.

—¿De verdad no lo sabes? ¿No te haces ni una ligera idea?

—¿Nuevo Mundo?

Kimiko asintió volviendo a mostrar ese rostro sereno, aquel que no podías discernir qué era lo que sentía.

—"De las cenizas de INFERNO, un NUEVO MUNDO resurgirá". Cuando oigas eso, Sarah Carlier… estarás en peligro

Capítulo 9

Lexie estaba sentada en un duro banco de piedra, enfrente de una de las más solitarias iglesias de Boston, deliberando si entrar o no a confesarse por todos sus pecados y por presentar sus respetos a todas las almas de aquellas personas que no pudo salvar.

Suspiró desde lo más profundo de su ser y, resignada, volvió a mirar sus manos.

No creo que Dios me diera su perdón, pensó con amar-gura.

—Esconderse a plena vista no es un buen plan—dijo una voz a su espalda.

Sobresaltada, desenfundó su revólver y apuntó a la persona, la cual sonrió poniendo las manos en alto.

—Tranquila, Blake.

—Kimiko… ¿Cómo me has encontrado?

—Soy de la CIA—dijo sonriendo—. Intento saber siempre dónde estás. Necesito saber que estás a salvo.

—¿A salvo?

—Poca gente sabe lo que realmente está pasando. Eres

una de las buenas.

Lexie miró a Kimiko, sentada a su lado mirando la iglesia, la antigua pelirroja supo que Kimiko no sabía nada nuevo que la pudiera ayudar.

—Sarah Carlier me envió. Está preocupada por ti—. Al ver que Lexie no iba a contestar continuó—. Al igual que Pamela. Deberías contar con más aliados que estén de tu parte.

—¿Sarah lo está? Vino para detenerme.

—Quiso contactar conmigo para que supieras que su compañera, Lana Stewart va en tu busca, lista para matarte si las cosas se tuercen.

—Que se ponga a la cola—dijo con un bufido.

Lexie decidió hablar sobre otra cosa que no fuera Sarah Carlier.

—¿Cómo está Ava?

—Quería venir a verte, eres su heroína favorita—dijo con una tierna sonrisa—. Tienes una gran fan.

Al oír eso, Lexie por fin sonrió.

—Ha empezado en la universidad, está estudiando criminología. Cree que estudiando eso la llevaré conmigo a alguna de mis misiones.

—Está muy equivocada.

Kimiko asintió sonriendo.

—No es buena en ocultar mi tapadera, le dice a todo el mundo que su novia es de la CIA, por supuesto, nadie la cree.

—¿Novia?

—Ha sido difícil, con todo lo del secuestro, Ofelia tardó en confiar en mí y Merkin sigue creyendo que Ava tiene el síndrome de Estocolmo.

Kimiko se puso seria mirando a Lexie, en su expresión había desaparecido cualquier rastro de ligereza.

—Lexie… si yo te he encontrado, cualquiera puede hacerlo.

—No les tengo ningún miedo. No tengo pensado vivir a escondidas mucho más tiempo.

—Solo… sé inteligente. Casi matan a una de las personas más importantes para mí, no podemos perderte. No ahora.

Fue lo último que dijo antes de desaparecer de su vista, Lexie, volviendo a resignarse, se puso su gorra, sus gafas y se mezcló entre la gente de las calles de Boston intentando ser una más.

Lexie pudo llegar sin ser vista a su centro de reunión, el único sitio donde estaba a salvo, miró a sus compañeras y se puso enfrente de su mural, lleno de fotos, agentes, jueces, policías, siguientes objetivos…

Está bien, terminemos con esto.

Después de reunirse con Kimiko, Sarah usó su detector de micros y registró toda la casa. Encontró uno en la cocina, dos en la sala de estar y dos en la habitación. ¿Qué pretendía Lana?

Cogió los cinco dispositivos y los colocó sobre una mesa de trabajo en el garaje y los observó. Los había visto antes, son los que utilizaba el FBI. Habría que haber tenido autorización para conseguirlos y colocarlos. La agencia para la que trabajaba la estaba traicionando con esta acción. Con una rabia interna que no sabía que tenía, cogió un martillo y los aplastó con fuerza.

No pensó mucho más en ello, cogió una mochila, metió todo lo que pensó que utilizaría y su casco de moto.

Sacó su móvil del bolsillo… recapacitó sobre él, mirándo-lo… sacó la tarjeta SIM y la rompió. Dejó su móvil allí y se fue a la casa donde sabía que la encontrarían.

Sarah salió quemando rueda de ese lugar, dejando su casa y su lugar seguro detrás de ella.

¿Lexie se siente así?

Pamela Bannister pensaba frente a una pizarra blanca desnuda, totalmente en blanco mientras tomaba una copa de vino. Eran las 3 AM, encontraba imposible encontrar el sueño. Lexie se estaba jugando la vida cada día, de eso no tenía duda.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando tres fuertes golpes en su puerta resonaron por toda la estancia.

Cogió su pistola y se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, se encontró con la morena de ojos azules con la que actualmente trabajaba. Observó que solo llevaba una mochila colgada a la espalda, vaqueros, botas altas y una chaqueta de motorista. Esta era Sarah Carlier y no la agente Carlier.

—Pamela, ¿puedo quedarme contigo?

Con una simple sonrisa, le permitió el paso a Sarah. No solo a Lexie la han traicionado.

Al otro lado de la ciudad, dos mujeres miraban fijamente una pizarra blanca, con toda la información recopilada al momento. La orden de Nuevo Mundo estaba actuando, y actuaba con fuerza.

Elizabeth miraba la pizarra atentamente, Laura se frus-traba continuamente al no encontrar nada nuevo y Lexie…

la antigua pelirroja pensaba en Sarah, se disparaban mu-tuamente y siempre pensó que jamás pondría en peligro a Sarah Carlier. Hasta ahora.

Casi la mato.

Intentó apartar de sus pensamientos a la mujer y centrarse en la investigación que tenían entre

manos.

Allison Woods y John Seller.

Allison fue un objetivo totalmente imprevisto, la nueva sargento de la comisaría con una de las notas más bajas,

y después tardó demasiado en encontrar a John para ponerlo a salvo. Cuando lo encontró, yacía muerto en aquel almacén con una bala en su cráneo. Cuya bala había salido de su pistola. Sin lugar a dudas haciéndola autora de aquel asesinato.

—Hay algo que no entiendo—dijo Elizabeth—. ¿Por qué Allison antes que John?

—John estaba haciendo cambios a favor de la policía, no en contra.

—Bueno, los cambios eran un simple proyecto y además, se embolsó el dinero sin hacer ningún cambio—replicó Laura.

—¿Se confirmó la hora y día de la muerte?

—Sí…Dos días después de Allison Woods, exactamente hacia la noche del 24 de Octubre—informó Elizabeth.

—Tiene que haber algo que se nos escape—dijo Lexie—, está delante pero no lo vemos.

Lexie miró todos los documentos que tenía, notas policiales gracias a Pamela, los informes de Lanie, documentos bancarios, escrituras de edificios que iba a reformar John…

todo lo que se le ocurrió lo tenía encima de la mesa.

Oyó un nuevo suspiro por parte de Laura, la ex detective pensó que las tres mujeres que estaban en esa sala habían sido traicionadas por aquello en lo que creían y juraron formar parte para proteger a los Estados Unidos. Sus enemigos no hacían más que crecer y no podían confiar ni en el ejército ni en el FBI, lo que incluía que no podía confiar en Sarah.

Le enfadaba continuamente que la mujer se colara en sus pensamientos. *Ella se fue, decidió dejarte atrás, no se merece ni un minuto de tu pensamiento, Lex,* se regañaba así misma.

Cogió un informe bancario y observó y analizó cada detalle. Uno de los últimos movimientos que hizo John Seller

fue una suma de 10 000 dólares, producida el 26 de Octubre.

Espera.

—Elizabeth, ¿John murió el 24 de Octubre?—observó a la rubia asentir—. ¿Cómo es posible que hiciera un ingreso de 10 000 dólares dos días después de morir?

—Está claro que no pudo hacerlo.

Se levantó y observó la pizarra con ojos nuevos…

—Nuevo Mundo… ¿Por qué?

—¿Y si no fuera corrupto?—preguntó Lexie poniéndose a pasear por la habitación.

—¿Lexie?

—¿Y si realmente quería hacer todos esos cambios y mejoras? John era un objetivo para la orden, porque en primera instancia le iba a poner las cosas más difíciles a la persona que esté controlando Nuevo Mundo. Le mataron porque John Seller era un contrincante.

—¿Y Allison?

—Allison… eran novios.

—Allison y John estaban en una relación. En la comisaría nadie sabía que Allison se presentaba a sargento, seguro que lo hizo porque John se lo pidió. Seller quería tener a alguien en quien confiar y por eso la promocionó, aunque sacara una de las notas más bajas. Descubrió algo y la mataron.

—Desearía que no fuera así, pero tiene sentido—dijo Laura.—Eso nos pone una cuestión

delante—informó Elizabeth—, si tienes razón. ¿Y si tus informes no son corruptos sino posibles objetivos?

—Pues tenemos un problema. Tengo centenares de nombres en ese informe.

Centenares de objetivos, centenares de personas a las que salvar.

Capítulo 10

Lexie Blake volvía a casa del trabajo en una soleada tarde de otoño, veía como las hojas de distintos colores cu-brían las aceras y el asfalto. Los árboles poco a poco iban perdiendo sus hojas, pero aún tenían las suficientes para seguir siendo hermosos y majestuosos a los ojos de la joven detective.

Iba tan absorta en su viaje que no se dio cuenta de que un coche negro con las lunas tintadas se paró detrás de ella.

El portazo la alertó cuando vio que un hombre le ponía una bolsa en la cabeza, notó un fuerte golpe en el estómago que le hizo soltar todo el aire que tenía en sus pulmones. Intentó resistirse, pero débil como estaba, la llevaron dentro del coche.

Otro golpe le hizo quedar inconsciente.

Cuando recuperó la conciencia estaba sentada en una silla, cuatro hombres estaban delante de ella, no les pudo vislumbrar la cara pues la luz que la enfocaba en la cara la cegaba.

—Mira, es Lexie Blake—dijo con burla.

—¿Qué queréis? ¿Quiénes sois?

Lexie intentó fijarse en el mínimo detalle, cuando vio con dificultad un uniforme militar.

El ejército.

—Se te ha complicado la vida, pequeña—dijo otro hombre.

—¿Ves esto?—otro hombre se acercó a ella—. Es tu arma.

—Vas a matar a una persona que nos está causando unos pocos problemas.

—¿Matar? Habéis perdido la cabeza.

—De las cenizas de INFERNO un NUEVO MUNDO resurgirá.

No puede ser…

Recordó la conversación con Kimiko aquel día…

«—Por desgracia les toca a ellos mover—le dijo la asiática.»

Lexie estaba asustada, sabía que la iban a matar, o si no matarían a gente con su arma, haciéndole culpable de todas las muertes, perdiendo así la confianza en el poder policial…

—Vas a morir, pelirroja.

—Sí… Pero no hoy, todo a su debido tiempo.

Todos aquellos hombres rieron, pero habían cometido un fallo, no estaba atada y ella era Lexie Blake.

—Os habéis olvidado de algo…—dijo.

—¿De qué? – volvió a decir con burla.

—Soy la jodida Lexie Blake.

En ese momento se levantó, cogió una de las armas que el soldado tenía enfundada en su cinturón y le puso la pistola en la base de la mandíbula. Disparó.

El hombre murió al instante y por acto reflejo impidió que su cuerpo cayera y se cubrió con él, sus compañeros la dispararon sin dudar, las balas impactaron en su compañero muerto. Lexie fijó sus objetivos y efectuó cuatro dis-

paros más y los hombres murieron.

Presa del pánico, Lexie salió de la habitación y enseguida se dio cuenta de donde estaba. La

jodida base del ejército en Boston.

Corrió por los pasillos buscando la salida, pero otros soldados la persiguieron, sin fijar objetivo disparaba hacía atrás. Siguió corriendo hasta que un cuerpo la atrapó y la metió en una sala a oscuras. Lexie forcejeó para liberarse, pero la persona a su espalda tenía una fuerte sujeción sobre su cuerpo y con la otra mano le cubría la boca.

—Lexie, tranquila, cariño. Soy yo, estás a salvo, soy yo…

¿Sarah?

Lexie dejó de forcejear mientras la mujer a su espalda le decía palabras para tranquilizarla… en cuanto se calmó la soltó y la mujer que estaba a su espalda la acunó la cara con las manos.

Elizabeth.

—¿Estás bien?—Elizabeth pudo ver perfectamente el pánico reflejado en los ojos de la pelirroja—. Has matado a cinco soldados experimentados, recuérdame que no me meta contigo —dijo con una pequeña sonrisa.

—Elizabeth… yo… ellos…

—Shh… Lo sé, sé quiénes son. Vas a salir de aquí y yo te voy ayudar. Hay una cosa que debes hacer…—dijo sacando su móvil y enviando un mensaje, volvió a mirarla—. No importa lo que pase ahora. No mires atrás. Sigue adelante. No pares.

—¿Qué quieres decir?

—Hazme caso, Lexie Blake.

Observó como la comandante Carlier, armada con un rifle militar de asalto lo ponía a punto, le tendió una pistola y le sonrió.

—Vamos a hacer un poco de ruido.

Abrió la puerta y corrió con Lexie detrás, dos soldados

armados no tuvieron ninguna oportunidad cuando la comandante Carlier disparó dos balas certeras a la cabeza, los disparos resonaban por todas partes.

—¡Cubre la retaguardia! ¡No dejes de correr, Lexie!

Siguieron corriendo y disparando a los soldados que se encontraban, unos soldados se enfrentaron a ellas, las superaban en número, pero se dieron cuenta que no las apuntaban a ellas.

—Salga de aquí, coronel. La cubriremos.

No dudaron ni un momento, cuando salieron de la base la luz de las torres la seguían. «Va a ser imposible salir de aquí», pensó Lexie.

Llegaron a la verja y allí dos soldados apostados la apuntaban con rifles. Les cortaron el paso. El camino había acabado aquí.

—Pase lo que pase, no mires atrás—murmuró Elizabeth.

—Eres una vergüenza para este ejército, coronel.

—Usted es una vergüenza para este país, señor.

—De las cenizas de INFERNO un NUEVO MUNDO resurgirá...

Iban a dispararles cuando el general y los dos oficiales a su lado cayeron al suelo, Lexie pudo ver a una mujer rubia con un chaleco del FBI les esperaba con un coche a sus espaldas.

—¡Corred!

Laura Kennedy

Lexie y Elizabeth corrieron hacia el coche cuando Laura las cubría con disparos hacia la base. Elizabeth se puso en el lado del conductor y Lexie en la parte de atrás.

Gritó y se agachó cuando los cristales estallaron por los disparos.

—¡Laura, sube de una vez, joder!—gritó Elizabeth.

La agente rubia subió al coche y éste se fue acelerando alejándose de la base.

—¿¡Qué está pasando!?—gritó Lexie.

—Que estamos jodidas—dijo Laura.

—Conozco un lugar, nos reagruparemos allí—dijo la conductora.

Lexie recordaba ese día de hace ya un mes como si fuera ayer. Elizabeth la salvó, a cambio, Allison Woods y John Seller habían muerto. Gracias a los pocos contactos que aún confiaban en ella en la comisaría pudo saber que, efectivamente, la bala que los mató salió de su arma. Se vio obligada a huir y esconderse. Había arrastrado a Elizabeth a esto.

Se acercó a la hermana de Sarah y ésta la sonrió sin dudar, se sentó a su lado y le tendió un refresco, con una sonrisa marca de la casa tomó un sorbo y enseguida se puso seria.

—Nunca te di las gracias por salvarme, y arriesgar tu carrera o incluso acabarla por eso.

—Lexie, fue mi decisión. Además, prefiero ayudarte a ti a servir en un cuerpo que es capaz de hacer cosas así a una gran policía como tú. Laura piensa exactamente lo mismo—miró como Lexie seguía cabizbaja—, nada de esto es culpa tuya.

—Me resulta algo difícil creerlo.

—Sabes quién es el enemigo, fustígalos a ellos, no a ti. Sarah estaría de acuerdo conmigo.

La sola mención a la mujer hizo que una ira que había estado creciendo poco a poco dentro de ella floreciera. Elizabeth lo notó al instante, en el mismo instante que se arrepintió de mencionar a su hermana.

—Sé lo que hizo, Lexie. Pero… eso no significa que no le doliera el día que te dejó.

—Pues lo hizo muy fácil, ni siquiera miró atrás. Y verla, después de tanto tiempo, lo que hizo fue querer detenerme.

Tu hermana tiene una retorcida idea de lo que es querer a alguien.

Elizabeth la miró comprensiva, su hermana la hizo mucho daño. Miró el pelo moreno de la mujer y vio como la raíz pelirroja volvía aflorar. Eso internamente la hizo sonreír. Se levantó y la abrazó.

—Da igual lo que pasó y pasará entre Sarah y tu, siempre serás mi cuñada favorita y siempre te protegeré si está en mi mano hacerlo.

—¿Aunque disparé a Sarah?

—Bueno, yo también lo hice—dijo con una gran sonrisa.

Lexie se fue hacia el baño, miró su reflejo, morena y algo más delgada poco a poco la chica reflejada en ella se le hacía cada día más irreconocible, miró su raíz pelirroja aflo-rando y buscó en los cajones buscando el tinte moreno para no ser fácilmente reconocida. No había ni gota.

Se puso su gorra de los Red Sox y se dispuso a salir para buscar más tinte.

—Prueba con rubio, quedaría curioso que las tres lo fuéra-mos—dijo Laura de forma burlona.

Solo sonrió a su amiga y salió del único sitio del que se sentía segura en Boston.

Sarah se estaba ahogando en la casa de Pamela. Estaba inmensamente agradecida de que su antigua compañera la hubiera acogido sin preguntar. Era una de las cosas buenas de ella. Nunca presionaba.

Se vio en la tesitura de que no sabía qué hacer, no sabía que investigar, no sabía dónde buscar a Lexie. Tomó un nuevo trago de su cerveza favorita, que trajo amablemente su nueva amiga y salió a la calle, esperando así que su mente se liberara de todo que le impedía pensar con

claridad.

Paseando por las calles de Boston, recordó lo mucho que le gustaba a Lexie pasear con ella por allí, como reía con las ocurrencias de la pelirroja, recordó lo inmensamente feliz

que era con algo como eso y como lo jodió todo a la hora de irse. Solo esperaba que alguna vez pudiera volver a sentirlo.

La jodiste pero bien ¿eh?

Eso le dijo Ava, y tenía toda la razón.

La jodiste pero bien porque eres una inmensa gilipollas.

La mente de Sarah no se aclaró nada, únicamente la hizo pensar en esa mujer que había perdido. Una mujer que iba sumida en sus pensamientos mientras iba en su dirección.

¿Lexie?

Morena y con una gorra de los Red Sox cubriendo parcialmente su rostro, nadie la reconocería excepto Sarah. Pasó a su lado sin percatarse de ella y se giró para mirarla marchar.

—Número de placa 1598.

La morena se paró en seco. Únicamente giró la cara sin encararla.

Se acercó lentamente a ella, tenía miedo de que Lexie echara a correr si la asustaba. Estaba significativamente más delgada, la vida de fugitiva claramente estaba haciendo estragos en ella.

—Sigue siendo tu placa, detective. Sigues siendo ella.

—Nunca fallo un tiro Sarah, pero si me sigues, la cosa cambia.

Era una clara amenaza, no la quería a su lado, probable-mente nunca. Sarah le dijo lo único que podía hacer para poder ayudarla.

—No confíes en el FBI.

Lexie la encaró después del comentario. Los pómulos de la joven estaban más marcados, sus ojos hundidos y totalmente desprovistos de luz. Incluso así, a Sarah Carlier le pareció perfecta.

—Eres del FBI.

—No soy la única a la que su organización la han traicionado—sin contestar, Blake solo la miró—. No sé si me están

siguiendo, Lexie. Vete.

Sin mediar palabra, se dio la vuelta y siguió su camino.

Sarah miró como la mujer de la que estaba enamorada se alejaba de ella. Su primer instinto fue seguirla, pero hasta que la mujer no le pidiera ayuda Sarah no se interpondría en su camino. Vio cómo cruzó una esquina y desapareció.

El corazón de la agente se encogió ligeramente haciéndola sentir una incómoda angustia.

Sin poder hacer nada más, se dio la vuelta y siguió su paseo con una sola cosa en mente.

Lexie llegó a su piso franco, realmente habían ocupado una casa sin permiso, recordó cómo rió cuando una detective, una agente del FBI y una militar altamente experi-mentada tardaron una hora en forzar una puerta.

Al entrar se encontró con Kennedy rodeada de un montón de papeles, se acercó a ella y la miró con una sonrisa.

—Ríe lo que quieras Blake, pero este informe es un completo desastre. ¿Cómo lo conseguiste?

—Kimiko Jones me lo dio, sin más. Un día se acercó a mí y dijo « toma, de momento no puedo hacer más ».

—Nos vendría muy bien que ella estuviera aquí con nosotras

—No puedo pedirle eso, Kimiko tiene bastantes cosas en las que trabajar, además no pierde

de vista a Ava—recibió un mensaje en el móvil, lo miró y lo volvió a guardar.

—Tendrás cuidado con los chivatazos, ¿verdad?

—Mira.

Le enseñó el móvil a Laura y ésta rio de la ocurrencia.

—¿De verdad nos estamos comunicando así?

—¿Qué? Es una buena idea. ¿Algo nuevo?

—Todo un puto desastre, Lex. Un desastre.

Los pasos de Sarah la llevaron a su antigua comisaría, sin dudar, entró a localizar a Pamela, estaba trabajando en su mesa y la agarró del brazo y la llevó a la morgue. Allí Lanie estaba con un corazón en sus manos mientras bailaba al compás de una canción que sonaba levemente en la sala.

Ambas la miraron extrañadas y Sarah tenía una mueca de asco en su rostro.

—Lanie, aquí no hay cámaras, ¿verdad?

—En… en mi despacho no.

—Sube la música.

Llevó a Pamela al despacho y cerró la puerta. Pamela la miraba con un semblante de molestia.

—He visto a Lexie.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En la calle, he hablado con ella, le dije que no confiara en el FBI.

—Eres del FBI. ¿Y no la has seguido?—dijo con una sonrisa.

—Es complicado y me dio una buena razón para no hacerlo. Necesito saber como te comunicas con ella. Necesito que confié en mí.

Pamela sacó su móvil y se lo enseñó a Sarah.

—¿Tinder? ¿En serio?

—Fue idea de ella. Soy Pamela4258 ella es NickStokes1598.

Si quieres hablar con ella, es hora de volver al mercado.

Capítulo 11

Aquella noche, Lexie estuvo pensando en su encuentro fortuito con Sarah. Acariciando suavemente a Bigotes, que ronroneaba suavemente contra su pecho, la morena ocupaba casi todos sus pensamientos.

Supo por Pamela que Sarah estaba viviendo con ella, después de su frase de no confiar en el FBI, ¿también la habían traicionado? ¿confiaría en ella de nuevo?

Miró a Bigotes, que la miraba directamente ya que había dejado de acariciarle, sus ojos azules se clavaron en ella y automáticamente pensó en ella.

—Si te vuelvo a acariciar, los cierras.

En cuanto lo comenzó a tocar de nuevo, el gatito cerró los ojos de nuevo hasta que poco a poco se durmió sobre ella.

—Eres un mimado, Bigotes.

La puerta de la habitación de Lexie se abrió de golpe, asus-tando a los dos ocupantes de su interior. El pequeño gato saltó de la cama y se fue a su pequeña cama y Lexie miraba a Laura con una mirada de sorpresa.

—Perdón… Creo que hemos encontrado algo.

—Cuéntame.

Mientras salían de la poca decorada habitación de Lexie, Laura fue informando de su

descubrimiento.

—Después de tu conversación con Sarah, decidí investigar a los que son miembros del FBI. Hay una agente que ha re-cibido periódicamente ingresos sin declarar. Son pequeños, pero si juntas todos, llegan a una suma de 10 000 dólares.

—¿Cómo se llama?

—Lana Stewart, pero eso no es lo peor…—Laura dudó de seguir hablando.

—Kennedy, ¿qué es?

—Es la compañera de Sarah.

Al otro lado, Sarah no encontraba descanso en casa de Pamela, se había cogido un móvil irrastreable por cortesía de la comisaría del distrito A-7 y estaba mirando como se descargaba la aplicación de Tinder.

—Esto no me da garantías de que Lexie me conteste…

puede que el nombre de Alycia6907 llamara lo suficiente su atención si se acuerda de mi número de placa…

—Deberías descansar—llamó una voz, asustándola—. Necesitas todas las energías disponibles.

—No puedo dejar de pensar, Pamela.

—No podemos seguir pistas, no tenemos ninguna.

—Espera… ¿Qué pasa con los detenidos del secuestro de Ava?

—Fueron investigados e interrogados… no sirvieron de mucho

—¿Fueron interrogados específicamente acerca de Nuevo Mundo?

—No…

Sarah le tendió el portátil a Pamela.

—Búscalos, vamos mañana.

A la mañana siguiente, armadas con sendos cafés negros, Sarah y Pamela se dirigieron a la sala de interrogatorios número uno. Allí, tras unos minutos de espera, entraron dos agentes custodiando al primero de los detenidos de la organización, Frank Boer. Un hombre, según consultó Sarah en el informe, de cuarenta años que había sido durante toda su vida un contable de poca monta, pero que desde hacía tres o cuatro años se había dedicado en cuerpo y alma a llevar las cuentas de las pequeñas células satélite que con-formaban la base de Nuevo Mundo en las diferentes ciudades de Estados Unidos.

La mesa, de metal reluciente, resplandecía bajo los focos de la sala cuando los dos agentes esposaron a la silla y a la mesa a Boer, que miraba a las dos agentes con gesto desa-fiante.

—Bueno, ¡si son Sarah Carlier y Pamela Bannister! ¡Qué agradable sorpresa!

Ambas, policía y agente lo miraron sin expresar ninguna expresión en su rostro.

—¿Cómo está Lexie, queridas? ¿Y nuestra querida Ailén?

Eso a Sarah le empezó a hervir la sangre.

—Déjate de tonterías, Boer. ¿Te gustaría una reducción de condena?

—Sigue hablando, querida.

—Cuéntanos todo lo que sepas sobre Nuevo Mundo—preguntó Sarah.

Se quedó pensativo por unos momentos, luego de una forma socarrona, sonrió.

—No se mucho, queridas. Solo sé que quieren matar a mucha gente y que Lexie forma parte de eso. Nada más.

—¿Quieres hacernos creer que un agente de la policía de Boston está implicado en los asesinatos? Vamos, Boer, necesitas algo más que eso para sustentar esa mentira—dijo Pamela

con desprecio.

—No necesito nada, ¿no os dais cuenta? Blake está matando a toda esa gente. Y seguirá matando, eso os lo puedo asegurar—concluyó Boer con una sonrisa de suficiencia.

Ante esto, Sarah dio un golpe en la mesa con el informe que tenía en la mano.

—Inferno tenía secuestrada a la hija del senador, además de a Lexie, y tú estás implicado hasta el cuello. Déjate de gilipolleces y empieza a hablar, Boer, o te juro que no volverás a ver la luz del sol.

Él no se achantó y siguió hablando.

—No tenéis nada contra mí, todo es circunstancial.

—¿Circunstancial? Tus huellas están por todo el apartamento, tenemos tu imagen en las cámaras de seguridad y varios testigos, ¿de qué narices hablas?

—Hablo de que vuestra principal testigo es una agente fugada, que ha abandonado el servicio activo, y cuya arma reglamentaria está disparando a principales figuras del pa-norama político de Boston, agentes. Yo diría que eso limita bastante las posibilidades que tenéis de demostrar que Nuevo Mundo ha estado implicada en todo el asunto del secuestro. ¿Cómo vais a probar que no fue Lexie la que or-ganizó todo y se infiltró para poder matar a Ava y huir sin dejar rastro? ¿Nunca has pensado que tu queridita pueda ser comprada por la organización, Carlier?—sonrió Boer con desprecio.

Pamela entonces tuvo que agarrar a Sarah del brazo, porque se echaba hacia él con toda la furia contenida en sus ojos centelleantes.

—Maldito cabrón, te voy a destrozar.

—Carlier, vamos fuera. ¡Vamos, Sarah!—y la arrastró fuera de la sala. Ya lejos de Boer, se encaró con ella.

—¿Qué demonios te pasa, Sarah? ¡Solo quiere provocarte!

—¡Pues lo está consiguiendo!

Pamela entonces se puso frente a ella y la miró a los ojos.

—Sarah, hazlo, aunque sea por Lexie. Tenemos que mantener la calma y coger a estos cabrones antes de que desba-raten todo por lo que ella ha luchado. Hazlo por eso.

—Pero tiene razón, no tenemos nada que refute lo que está diciendo.

—Es de Lexie de quien estamos hablando. Estuviste en una relación con ella durante casi un año, se llevó un disparo por Kate, te salvó de un disparo que te habría matado en el acto, salvó a Ava… ¿De verdad crees que Lexie ha hecho estas cosas? Yo no, Lexie Blake no caería tan bajo.

Sarah comprendió las palabras de Pamela y recordó todos los momentos que pasó con ella.

—¡Sarah!—gritó Lexie—. ¡Sarah! Socorro.

Sarah salió disparada de su relajante ducha, envuelta con una toalla y pistola en mano bajó corriendo las escaleras de su piso y apuntó al posible peligro cuando vio a Lexie subida a una mesa con una mirada de terror.

—¡Lexie! Joder, ¿qué coño pasa?—dijo bajando el arma.

—¡Mira!—señalando el suelo—. Mátala.

—Me estás diciendo, Lexie Blake, ¿tienes miedo de una cucaracha?

—La cucaracha más grande del mundo. ¡Mátala!

Sarah, sin poder remediarlo y con una sonrisa, poco a poco fue conduciendo a la cucaracha hacia la puerta y cuando la abrió el artrópodo salió corriendo hacia el exte-rior. Volvió hacia la sala de estar y miró a Lexie con una sonrisa.

—Baja de la mesa.

—¿La has matado?

—No, con semejante grito creo que estaba más asustada que tú.

—¿No? Sarah, ¡Volverá!

Sarah puso los ojos en blanco y se dirigió a terminar su

necesaria ducha cuando al subir las escaleras encaró a Lexie.

—Como un día encuentre un agujero de bala en mi pre-ciado parquet y trozos de cucaracha esparcidos por mi suelo, te juro, Lexie Blake, que te mataré.

—Nuestro parquet.

Sarah recordó el momento con cariño y comprendió que esa mujer no podía matar ni a una cucaracha, mucho menos podría matar a dos personas inocentes.

Pamela dejó que la morena recomponerse mientras mandó un mensaje a través de Tinder y al minuto le llegó un informe con un simple mensaje.

«Tu verás como lo haces, no digas que la información te la di yo.»

Pamela abrió el archivo y no pudo más que sonreír, miró a Sarah y le dijo: —Recomponte, ya le tenemos.

Volvieron a entrar en la sala de interrogatorios y Boer las seguía con la vista, mirándolas con suficiencia.

—¿Ya está más calmada, agente Carlier? No es bueno que se altere de esa forma, es malo para el corazón.

—Peor va a ser el tiempo que tú te pases en Guantánamo, acusado de terrorismo.

Pamela entonces sacó el móvil y comenzó a recitar:

—Tu amante está alojada en el St. Regis de Bora Bora, habitación 1054, pensión completa. Hoy de hecho se ha tomado el desayuno continental en la terraza de su habitación. Todo, por supuesto, financiado gracias al dinero de la Orden, unos 4 000 000 de dólares que tienes repartidos en varias cuentas en Suiza, Luxemburgo y las Islas Caimán.

Cuenta ya con que el dinero está bloqueado, con los cargos que tenemos contra ti será coser y cantar conseguir del juez una orden para incautar ese dinero. Y si no quieres que siga por la orden de búsqueda y captura internacional que po-

demos pedir a la Interpol para engrilletar a tu amante, ya puedes empezar a hablar, Boer. Esto termina aquí.

—Joshep Franko. Él no era un cualquiera, él hablaba directamente con Morgan Blake y con otra persona que os juro que no sé quién es. Pero es a quien Morgan responde y quien dirige Nuevo Mundo.

—Cómo sea un truco, juro que te destruiré, Boer—dijo Pamela.

—No lo es… No lo es.

Ambas policías se levantaron para salir de la sala, cuando Boer llamó a su espalda.

—¡Os lo he dicho! ¿hablamos de la reducción de condena?

—Claro—dijo Sarah acercándose—, te prometo que jamás saldrás de aquí, que pases lo que te queda de vida mirando el sol desde tu celda, querido.

Pamela con una sonrisa, salió de la sala mirando a Sarah y dirigiéndose hacia donde hablarían con Joseph Franko habló:

—Me caes bien, Sarah Carlier.

Capítulo 12

Joseph Franko estaba en aislamiento, había atacado y matado a varios presos desde que se le metió entre rejas, fue uno de los agentes de Inferno a los que Kimiko Jones dejó K.O. por salvar

a Lexie y a la joven Ava.

—¿Has visto su historial? Parece que no quiere salir de aquí.

—Probaremos otra cosa que la reducción de condena.

—¿Qué le puede interesar a alguien como él?

—Una celda más grande, para él solo… cosas así. Se va a pasar la vida aquí, morirá aquí… le valdrá.

Las agentes entraron en la sala preparada para hablar con Franko, una gran pantalla de metacrilato les separaba del preso. No había teléfonos, solo un gran altavoz.

Los guardias trajeron al preso con grilletes en las manos y en los pies, haciendo que anduviera lentamente. Tenía una gran cicatriz en el rostro, por la forma de andar Sarah observó que tendría un gran moratón en el costado. Se sentó con una mueca de dolor, pero cuando vio a las agentes enfrente de él, mostró una sonrisa en su rostro.

— *Señorita* Carlier, detective Bannister… un placer volver a verlas.

A Sarah le tocó de lleno que la llamara señorita. Sin embargo, se recompuso y se encaró al preso.

—Bonita cicatriz que tienes ahí, Joseph… según lo que nos cuentes… puedes morir antes o después. Te podemos poner en aislamiento y vivir tranquilo lo que te quede de tu paté-tica vida.

Joseph se quedó mirando a las agentes, sopesando sus op-ciones, una sonrisa arrogante salió en su deformado rostro.

—Seguro que lo sabes hacer mejor.

—Dinos lo que sepas de Nuevo Mundo y no serás el saco de boxeo de los presos—anunció Bannister.

—Vais a morir… junto a esa *Kimiko Jones*… y tu querida novia, Lexie Blake—dijo mirando a Sarah—. Servirá para desfogue y disfrute de nuestras tropas mientras la obliga-mos a mirar cómo te matamos.

Sarah hervía de furia y frustración, el detenido sabía algo que no iba a compartir, su reacción provocó en el preso una sonrisa. Estaba disfrutando con esto.

—Vas a morir aquí, Joseph.

—Aquí y ahora…—volvió a sonreír—. *Con las cenizas de Inferno nacerá un Nuevo Mundo* —. Con la lengua sacó un diente de su picada dentadura y lo mordió.

—¡No!—gritó Sarah golpeando el cristal—. ¡Guardias!

Franco cayó al suelo con convulsiones y una espuma blanca saliendo de su boca, para cuando los guardias oyeron los gritos de la agente Carlier y entraron en la sala, Joseph Franko había muerto.

Sarah y Pamela llegaron a casa, aún asimilando la muerte de Franko. Un diente de cianuro había acabado con él y con su larga carrera delictiva. El largo historial del difunto

cubría desde un simple robo hasta el asesinato. Pasando por múltiples agresiones y por ser miembro de una banda altamente delictiva como Inferno.

—¿Cómo es que no vieron el diente de cianuro en la cárcel?—preguntó Pamela.

—No se fijan en esas cosas… simplemente los meten ahí, en las celdas y se olvidan de ellos.

—Bueno, tengo que avisar a Lexie sobre esto—dijo sacando su móvil—, intenta descansar, Sarah.

—Es un poco problemático, que trabajando con vosotras yo no pueda hablar con Lexie.

—Te dije cómo hacerlo, eres tú quien no se atreve a dar el paso.

Sarah miró a su compañera con una pequeña mueca ofendida en ella y se tumbó de nuevo en

el sofá. Miró el móvil y abrió la aplicación, buscó el avatar de Lexie que se escondía bajo el nombre de NickStokes1598. Abrió una conversación con ella.

—¿Qué le digo? ¿Hola Nick? ¿Hola Lexie?—hablando para sí.

Frustrada y cansada, desechó el móvil encima de la mesa y volvió a tumbarse en el sofá, para dejar este horrible día atrás.

Lexie estaba en la sala de estar con sus dos compañeras.

Pamela le había informado que Joseph Franko había pre-ferido morir antes que delatar a alguien de Nuevo Mundo.

Hasta esos puntos estaban dispuestos a llegar.

Seguían investigando a la compañera de Sarah. En más de una ocasión, tanto Elizabeth como Kennedy habían dicho que deberían hablar con Carlier para saber más sobre ella, pero Lexie no quería oír hablar sobre ello. Nada la haría hablar con Sarah Carlier, la odiaba.

Al menos eso era lo que intentaba decirse a sí misma cada día.

Subió a la azotea. Pocas veces lo hacía: era un edificio alto y parcialmente abandonado, pero adoraba las vistas desde allí arriba, todo parecía mucho más pequeño, las luces se reflejaban en el agua del puerto, haciendo la ciudad de Boston mucho más grande.

Vio las luces de los coches cruzar, cada persona que paseaba por la calle a estas primeras luces de la noche, sus vidas, sus problemas, sus alegrías…

Aunque adoraba la vista, tenía miedo de subir, miedo sub-consciente a tirarse y cómo no, tenía miedo de que la vieran y recibir un disparo del cual ya no podría escapar.

—Esta azotea está ocupada ahora, pelirroja.

Miró a la fuente de la voz, Kennedy estaba sentada en un saliente bebiendo una cerveza en la soledad de la oscuridad. No la miraba, pero supo que la ex agente del FBI estaba totalmente sumida en sus pensamientos.

—Morena, ahora.

—Siempre serás pelirroja para mí, para todos.

—Nunca…—Lexie miró al suelo—, nunca te agradecí que estuvieras aquí.

—Bueno, ¿harías lo mismo por mí?

—Me gustaría pensar que sí.

—Por favor, Lexie—dijo haciendo que la morena subiera la vista—, te meterías de cabeza sin pensarlo para ayudar-nos si tuviéramos algún problema. No necesitamos pedirte ayuda. Por ende, no necesitas pedir ayuda a nadie, siempre estaremos para ti. Incluso Ailén si estuviera aún con nosotras.

—Ailén…—los ojos se llenaron de lágrimas—, aun no puedo quitarme su muerte de la cabeza. Me miraba directamente a los ojos y vi como la vida se iba de ellos, es algo que aún me atormenta por las noches.

—Costará tiempo que esa imagen se esfume de tu mente, puede que nunca lo haga, pero cuando vuelvas a revivir ese momento, intenta recordar la sonrisa que tenía reservada solo para algunas personas. Ambas hemos sido testigos de ella.

—Nunca me contaste cómo llegaste a la base para ayudar-nos a Elizabeth y a mí.

Kennedy dio un gran suspiro y volvió la vista a la gran ciudad que se cernía sobre ellas.

—Fue ella la que contactó conmigo, yo solo era… un peón prescindible.

Era una noche oscura, una nueva tormenta asolaba Boston, los rayos iluminaban las partes de su despacho donde no llegaba la luz y los truenos hacían que los cristales vi-braran.

En la sede del FBI ya no quedaba nadie, la tranquilidad y el silencio asolaban cada pasillo,

el único sonido que se oía era el teclear de Launa Kennedy en su ordenador.

No era la primera noche que la agente se quedaba hasta altas horas de la noche, trabajando en la sede. Adelantaba informes y dejaba su trabajo listo para poder investigar exactamente lo que no le dieron permiso.

Quería acabar con Nuevo Mundo.

Lexie le informó sobre la información dada por Kimiko.

Gracias a algunas de las claves dadas por la mujer asiática pudo entrar en informes confidenciales sin dejar evi-dencia de ello. Informes para los que no tenía autorización. En el fondo y, aun queriendo no encontrarlo, sabía que el FBI escondía algo e iba a encontrarlo.

Lo que nunca esperaba encontrarse, era que el nombre Sarah Carlier entrara en los informes de sospechosos.

—¿Sarah?

Esto no cuadraba.

Un nuevo relámpago seguido de un trueno sobresaltó a la agente mientras miraba el informe.

Sarah tenía una de las mejores marcas del FBI, era la candidata para ser una gran agente de campo. ¿Por eso se fue? ¿Quería entrar en el FBI? Pero, ¿por qué era sospechosa?

Laura Kennedy salió de la oficina ese día con más preguntas que respuestas y eso no le gustaba. Aquella misma noche, llamó a Elizabeth Carlier para contarle lo que había encontrado referido a Nuevo Mundo y a su hermana.

Ella sabía que había sido Ailén la que le habló del trabajo, Elizabeth le comentó que algo extraño se movía en el ejército, algo para lo que ni ella misma, siendo comandante condecorada podía acceder, eso inquietó a Kennedy.

—No dudes en llamarme si estás en peligro, Beth. Te ayudaré.

Al día siguiente, Laura entró en su despacho como todos los días, todo estaba tal y como lo dejó. Se sentó en su mesa y al encender algo había cambiado. Al iniciarlo le pidió la contraseña como siempre, pero su fondo de pantalla había cambiado. Entró en sus carpetas y todas estaban vacías, incluso la música que tenía había desaparecido.

Le habían cambiado el disco duro. Pero esa no era su única preocupación, la habían descubierto.

Al salir de su despacho, se encontró con una de sus compañeras que la miraba atentamente.

—No pude tomar mi café esta mañana, ¿quieres que te traiga uno?

—No, gracias Kennedy.

La agente le sonrió y aunque la miraba atentamente mostró una sonrisa, una sonrisa que solo provocó que Laura Kennedy se inquietara más.

Fue hacia el ascensor tranquilamente y esperó, allí se encontraron con otros dos agentes que la saludaron, se hizo

a un lado y vio cómo los números iban bajando. Se encontraba en una planta 20, el viaje se le iba hacer largo.

Según iba bajando, más agentes de campo se metían al ascensor.

No reparaba en ninguno de ellos hasta que la mujer que tenía enfrente tenía la mano en su arma, preparada para sacarla, como si estuviera en peligro. Miró hacia su izquierda, vio como otro agente le bajaba una pequeña gota de sudor por la frente.

No hacía calor.

Sabía perfectamente lo que iba a ocurrir.

—Si alguno prefiere dar marcha atrás, ahora es el momento.

De repente, todo fue caos. La agente sacó el arma de su funda y apuntó, pero Kennedy se lo esperaba: haciéndose a un lado la cogió de la muñeca y se la partió, haciendo caer el arma. Al instante, otros tres agentes se abalanza-ron sobre ella, dos intentaron inmovilizarla desde atrás, mientras el tercero sacaba un arma de su sobaquera. Laura, por puro reflejo, saltó tomando impulso del agarre al que la tenían sometida y de una patada hizo volar la pistola que la encañonaba hasta la nariz del agente, de la que empezó a manar sangre a borbotones.

Con un movimiento ágil, Laura consiguió deshacerse del agarre que tenía uno de los hombres por detrás, girando y partiéndole el brazo en el proceso.

Oyó varios disparos, fracturando el cristal de atrás, dando paso a la calle. Kennedy cogió al hombre que le apuntaba y antes de que pudiera disparar le tiró al vacío. De nuevo, una mujer la cogió por detrás, haciendo guillotina en su cuello, queriendo asfixiarla. Lo estaba consiguiendo cuando, utilizando una de sus últimas bocanadas de aire, atacó el costado de la mujer con los codos, fracturando alguna de sus costillas. La mujer gritó y le dio un puñetazo

en la cara, rompiendo su ceja.

Laura se irguió y con la sangre bajando por uno de los lados de su cara y con una sonrisa, dio una patada en el pecho de la mujer, impactando contra la puerta del ascensor, dejándola inconsciente.

Las puertas se abrieron, dando al hall de la calle. Se alisó su chaqueta, sacó su móvil, memorizó el número que buscaba y salió corriendo de aquel edificio tirando su móvil cerca.

Vio como un taxi dejaba a una persona y sin preguntar se metió dentro dejando soltar un suspiro contenido.

—¿Quiere que la lleve a un hospital, señorita?

—No, arranque. ¡Sácame de aquí!

El taxista solo asintió y la llevó sin rumbo fijo, solo alejándola de la sede del FBI.

Cuando dejó el taxi, estuvo andando por unas horas, había tenido que pagar al taxista con su tarjeta, sabía que la rastrearían, así que andando se alejó del lugar, cuando encontró una cabina de teléfono.

Sacando los últimos centavos que le quedaban, marcó el número memorizado y esperó.

—Carlier.

—Soy Kennedy… necesito tu ayuda, Beth.

—¿Te quedaste con ella?

Laura asintió con una sonrisa.

—Conseguí armas y un chaleco, algo de ropa… Luego, unas noches después, me informó de que estabas en la base. Había que sacarte de allí y ambas salimos de este fantástico escondite y te trajimos.

—Arriesgaste todo… gracias.

—La agencia gubernamental a la que servía ya no existe, Lexie. No arriesgué nada.

Ya bastante entrada la noche, Lexie bajó de nuevo al piso.

Elizabeth estaba relajándose mirando a la nada con un refresco en la mano. La miró y le dio esa sonrisa que tanto le recordaba a su hermana.

—¿Está bien?

Lexie asintió y se metió en su habitación. Acariciando a Bigotes, que había ocupado un lugar permanente en su cama, entró en la aplicación de Tinder y estuvo ojeando lo que había por ahí… hasta que vio un nuevo usuario, sin foto.

Alycia6907

No lo dudó ni un solo momento.

—¿Qué crees que estás haciendo, Sarah Carlier?

…

—Ayudarte.

Capítulo 13

¿Ayudarme?

Bien, pensó Sarah, *primer contacto… sé suave.*

—Podemos ayudarte fuera, Lexie. Pamela y yo podemos ayudarte a desenmascarar todo.

— Realmente Sarah, yo os estoy ayudando a desenmascarar todo. Todo lo que sabéis, ¿de dónde crees que pro-viene la información?

Sarah sabía que la pelirroja tenía razón. Toda la información la había recopilado ella y había luchado para que solo las personas de confianza la tuviesen. Incluso la había disparado para conseguir su objetivo.

No confiaba en ella, tampoco podía culparla por ello. Fue la que se fue, la que la abandonó. Fue en esos días cuando todo comenzó. Había roto su promesa en la cual le dijo que siempre estaría a su lado y se había ido.

Exactamente a 538 millas de distancia, dejándola sola.

Por una vez, decidió ser totalmente honesta, sin disfrazar las palabras. Solo la verdad tal cual la veía.

—Ya sé que pedirte que vuelvas a confiar en mí es difícil, Lexie. Rompí todas mis promesas. Déjame enmendar mis errores y déjame ayudarte. Confía en mí para estar a tu lado de nuevo.

Observó cómo el mensaje se leyó. Vio los tres puntos que indicaban que estaba escribiendo. Desaparecieron, al cabo de unos segundos, volvieron a aparecer y volvieron a desaparecer.

Sarah se estaba impacientando, ¿de verdad era tan difícil decir vale?

Estaba nerviosa, era la oportunidad de empezar a enmendar sus errores, pero solo si la pelirroja se arriesgara a confiar en ella de nuevo, si fuera a la inversa no lo haría.

— Lo siento. No puedo.

Sarah leyó esas palabras. Ya está. Lexie le había dejado fuera.

Se sintió tan enfadada que tiró su teléfono hacia la puerta con tan mala suerte que, en ese preciso momento, Pamela abrió la puerta de su casa, impactando así en su cara.

—¡Pamela! Dios, lo siento mucho.

—¡Sarah! ¿qué cojones?—dijo frotando su dolorida cara.

—Lo siento, tiré el móvil en un momento de frustración y… te pusiste en su camino.

—Tengo un saco de boxeo en una de las habitaciones, jus-tamente para no tirar cosas a la pared—cogió el teléfono que había caído al suelo y se lo tendió a su compañera—.

Bueno, si hubiera chocado contra la puerta, estaría hecho añicos.

—Al fin tu cabeza sirve para algo—dijo sonriendo.

—¿Me recuerdas por qué te dejo estar aquí?

Sarah sonrió y se volvió a sentar en el sofá, dejando el móvil en la mesa auxiliar y suspirando mientras se recostaba.

Pamela se sentó a su lado y esperó.

La morena sabía que tenía que hablar tarde o temprano,

seguramente en su rostro se formaba una mueca de absoluto abatimiento.

—Me ha dejado fuera. He hablado con ella, no me quiere cerca.

—Supongo que estamos hablando de Lexie. Sarah, has estado fuera dos años, años en los que ella ha estado sola, luchando sola, sobrellevando todo esto sola.

—No puedo arreglar nada si no me dan la oportunidad.

—¿Queda algo que arreglar? ¿Algo que está roto, que se ha roto con dolor y soledad, se puede recomponer?

Sarah, por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué decir. Se quedó mirando un punto vacío en la pared enfrente de ella, sumida en sus pensamientos. Volvió a suspirar y pudo oír cierta simpatía en la voz de su acompañante.

—Ha pasado demasiado tiempo, Sarah. Ni tú ni ella sois las personas que estuvieron juntas. Ambas habéis cambiado, no se puede volver al punto donde lo dejasteis. Las cosas cambian, si no lo hacen es que ya están muertas.

—Hemos cambiado.

—Tal vez… sea hora de crear algo nuevo.

—¿Cómo?

—Eso te toca trabajarlo—dijo con una sonrisa.

Lexie, Beth y Laura volvieron a reunirse en la sala de estar de la casa okupa e intentaron dar de nuevo con la cabecilla de Nuevo Mundo.

Sabían que el hermano de la pelirroja, Morgan Blake, era uno de los miembros, pero estaba totalmente desaparecido. Lana Stewart por otro lado, estaba en Boston. La actual compañera de Sarah estaba aquí con la única misión de encontrarla, detenerla y meter a Lexie en el agujero más oscuro que tuviera el FBI para nunca ver la luz del sol.

La habían investigado en conciencia, sus cuentas banca-

rias y todos los ingresos sospechosos de los últimos meses.

—Tengo miedo de que nos estemos equivocando, pense-mos que es del Nuevo Mundo y solo sea otra inocente como Seller.

—Lo averiguaremos.

Lexie suspiró, angustiada y algo superada. Hacía ya meses que era una de las policías más buscadas de Boston. Muchos de los que eran sus antiguos compañeros la querían matar por traidora, otros querían atraparla para marcarse el tanto de haber atrapado a la traidora Lexie Blake y otros, unos pocos que aún creían en su inocencia, como Pamela.

Recordó todo lo que Sarah le había dicho hasta el momento, estaba intentando demostrar su inocencia junto a Pamela. Pero todo estaba siendo en vano.

Pensó en como Sarah le había pedido que volviera a confiar en ella, sabía que su respuesta le habría dolido a la morena, tanto como escribirla le dolió a ella. Se quitó a esa mujer de la cabeza y miró decidida a Elizabeth.

—Busca todo lo que haya sobre Sarah Carlier.

—¿Qué?—preguntó totalmente sorprendida—. ¿Crees que Sarah es de…?

—No lo sabemos Beth, búscala.

—Lexie, es mi hermana, me niego en redondo a actuar contra ella, la conozco y…

Su discurso se vio interrumpido cuando Laura Kennedy buscó el informe de Sarah Carlier y lo puso enfrente de Lexie.

Era fascinante, el currículo completo de Sarah, incluido su carrera con el FBI, Kimiko le había ahorrado meses de trabajo, meses que no tenía.

—No hay nada fuera de lo común. Vale que estés resentida con ella, pero no es de Nuevo Mundo—dijo Elizabeth con cierto enfado.

—No… pero esto es peor—dijo Laura.

El trío miró lo que Laura tenía en las manos y Lexie puso jurar que el corazón se le paró por unos instantes.

Rápidamente fue corriendo a por su teléfono, abrió la aplicación de citas y escribió.

—¡Sarah! Van a por ti, huye.

Durante unos instantes no hubo respuesta, Lexie se comenzó a impacientar y cogió su revólver, lista para salir en su ayuda. No estaba pensando con tranquilidad.

Respiró aliviada cuando observó que estaban escribiendo una respuesta, sin embargo, la sangre se le heló cuando la leyó.

— Ya están aquí.

Sarah Carlier era feliz, la comandante Sarah Carlier estaba feliz, aunque fuera en una tienda de campaña en medio de la nada. Tenía a la mujer más bella en sus brazos, jamás pensó en encontrar a alguien como ella y era con-denadamente feliz por eso.

—Sarah, ¿por qué sonríes tanto? Pensé que odiabas estar en medio de la selva con los bichos saliendo del suelo.

—Sonrío porque estás a mi lado, Dani.

—¿Estás probando tu suerte esta noche, comandante?

—¿La tendré?

—No sé yo si está bien visto que la comandante esté en medio de una misión aprovechándose de una soldado de un rango inferior.

—¿Yo? ¿Aprovechándome? Danielle Mills, sabes que desde un principio yo estaba en contra de salir contigo, fue tu culpa que me conquistaras.

—Ha sido mi mayor acierto.

En ese momento, los labios de Sarah se vieron envueltos con los de Danielle, correspondió a ese beso de inmediato con fuerza y pasión, profundizándolo.

Poco a poco, la comandante iba tendiéndose en su saco con la joven soldado encima de ella, dispuestas a llegar hasta el final en completo silencio. Se retiraron para respirar cuando Sarah miró atentamente a la soldado encima de ella y de nuevo esa felicidad la inundó, haciéndola sonreír de nuevo.

—¿Y ahora por qué es?—dijo Dani correspondiéndola de nuevo.

—Te quiero, Danielle.

El silencio inundó la tienda de campaña, solo se escuchaban las respiraciones agitadas de las dos mujeres cuando Danielle sonrió de oreja a oreja, mostrando una sonrisa llena de dientes y completamente feliz.

—Sarah, yo tam-...

No pudo oír el final de la frase cuando unos disparos resonaron alrededor, ambas salieron de la tienda cuando otro soldado gritaba aterrado.

—¡EMBOSCADA!

Los disparos sonaron por todos sitios, poco a poco Sarah se dio cuenta de que estaban rodeados.

—¡Respondan a los disparos!—ordenó Sarah, miró a Danielle—. Busca tu arma y ponte a cubierto.

Asintiendo, Dani salió de la vista de Sarah. Los disparos impactaron cerca de sus pies, haciéndola buscar algún sitio para cubrirse. Con su M2 en las manos, disparó a varios enemigos en su ruta hacía una roca para cubrirse, allí se encontró con uno de sus soldados

encogido sobre sí mismo aterrado.

—¡Smith! Recompóngase—miró la cara de terror que tenía—. Venga, Smith, saldremos de esta, como siempre.

Contacte por radio y pida ayuda.

El joven y aterrado soldado asintió y en su mochila encontró el equipo de radio, la encendió y con la voz temblo-rosa pidió ayuda.

—Necesitamos apoyo aéreo, estamos siendo atacados, es una emboscada, repito, estamos siendo atacados necesit-...

Sarah vio como el cráneo del joven soldado se abrió cuando una bala de gran calibre le impactó en la cabeza.

La comandante rápidamente reconoció al enemigo y le disparó cayendo muerto al suelo.

Sarah observó la situación: estaban siendo superados y el mando central no contestó a su llamada de auxilio. Solo le quedaba una opción. Cogió su radio y por primera vez, ordenó a todos sus soldados batirse en retirada.

—¡Retirada! Pónganse a cubierto.

Dirigiéndose hacia la zona segura, Sarah encontró a Joy Peters con una herida en la pierna arrastrándose hacia su salvación. Sin pensarlo, levantó a Joy y la llevó hacia donde ella pensaba que era un lugar seguro.

—Sarah… no encuentro a Dani…

—Tranquila, Peters, estará allí.

Sarah rezaba para que fuese cierto.

Apenas una hora más tarde, la comandante se encontró con unos pocos soldados, entre ellos no se encontraba Danielle Mills.

—¡Wilson! Encárgate de Joy, tengo que volver a por Mills.

—¡Comandante! No queda nadie, no puede volver. Morirá.

—Pero estamos hablando de Dani, Ailén. No puedo aban-donarla.

—Sarah, como comandante de la misión tienes que hacerte cargo de que tus soldados que queden lleguen a casa vivos.

—¡Es Dani!

—Lo sé, Sarah, sé quién es para ti—dijo Ailén con lágrimas a punto de derramarse—. Pero no puedes arriesgar

tu vida en vano. No ahora.

Suspirando, asintió y comprendió que los soldados que quedaban vivos merecían llegar a casa. Lo último que vio de Danielle Mills fue la cara de terror que la dirigió antes de perderla para siempre.

Había perdido su sonrisa, había perdido a la mujer que amaba. Sarah Carlier perdió su felicidad.

Un estridente golpe despertó a la agente del FBI sacando su arma en el proceso y apuntando hacia la fuente de aquel sonido.

Pamela Bannister estaba congelada a medio agacharse a por un vaso de cristal roto que estaba en el suelo.

—Lo siento, Pamela.

Se cubrió los ojos con las manos, unas manos que aún temblaban, hacía tiempo que no soñaba con los recuerdos de aquel fatídico día, aquella horrible misión que hizo que su vida se truncara de tal manera que hizo que nunca fuera la misma. Convirtiéndola en una persona fría,

cínica y sar-cástica.

—¿Estás bien?

Si, solo…—se vio interrumpida con las alertas que sonaron en su móvil—. La alarma de mi casa ha saltado por alerta de proximidad.

Pamela se acercó a ella y vio en la pantalla como un co-mando enteró del FBI dirigido por Stewart entraba a la fuerza en casa de Sarah con rifles de asalto en la mano.

—¿Pero qué está pasando?

En ese mismo instante, un mensaje de la aplicación llegó al móvil y Sarah miró a Pamela.

—Soy un objetivo de Nuevo Mundo—dijo. Después, contestó a Lexie con un mensaje directo.

Ya están aquí.

Capítulo 14

Pamela y Sarah observaron cómo los agentes rebuscaban y ponían patas arriba la casa de ésta última. Fueron extre-madamente minuciosos con todo, no dejaron nada sin revisar.

Lana Stewart miraba alrededor, se puso frente a una estantería llena de libros y observó detenidamente.

—¿Qué hace?

Sarah volvió a mirar el dispositivo y se quedó mirando atenta. Su compañera del FBI estaba mirando atentamente hasta que en un determinado momento cogió un marco de fotos. La dejó en su sitio y volvió la vista a las paredes.

—Jamás me hubiera creído, da igual lo que le dijera—comenzó Sarah—, sabía que nunca dejaría pasar a Lexie por esto sola, aunque estuviéramos separadas.

Sarah rápidamente cogió sus cosas y empezó a meter todo en la mochila, al menos lo más importante.

—¿Vas a algún lado?

—Su próximo objetivo donde buscarán será tu casa, no pueden verme aquí… no estás bajo sospecha, pero si creen

que me has estado acogiendo, estarás en su punto de mira.

—Pero Sarah, no puedes estar sola.

—Puedo y lo haré. Estaré bien y Lexie te necesita. Me pon-dré en contacto pronto.

Pamela, resignada y sabiendo que no podría hacer cambiar de opinión a la mujer, miró como Sarah Carlier se ponía su casco y subía en su flamante motocicleta. Miro por última vez a Pamela y le hizo un pequeño gesto, se puso una mano en el pecho y bajó la cabeza.

Gracias.

Después la detective vio cómo, la que una vez fue su compañera, se alejaba de la calle Mason St para enfrentarse sola a la soledad que le esperaba.

Ya están aquí.

Ese maldito mensaje estaba poniendo de los nervios a Lexie. ¿Habrían atrapado a Sarah? ¿Seguía viva?

Le seguía escribiendo mensajes a través de la app pero sin encontrar respuesta por parte de la morena.

—Esto es mi culpa—susurró.

Elizabeth esperaba expectante alguna noticia de su hermana, pero al no obtener respuesta, la llamó. Su teléfono no daba señal y se vio con Elizabeth Carlier, por primera vez, estaba bajo un ataque de nervios.

—Chicas, tranquilizaos—dijo Kennedy—, estaba con Pamela, ¿verdad? Pues pongámonos en contacto con ella.

Lexie miró a Kennedy y asintió, con las manos tembloro-sas escribió un mensaje a Pamela.

¿Qué ha pasado?

…

— Sarah ha decidido irse. Ya no está conmigo.

—¿A dónde se ha ido?

— No me lo dijo, solo pensó en ponerse a salvo de cual-
quier sospecha, para ayudarte.

Elizabeth pendiente de la conversación miró a Lexie.

—Tienes que dejarla venir.

—No puedo hacer eso.

—¿Cómo? Mi hermana está ahí fuera, sola. Ayudando en la medida que puede, con todo el jodido FBI detrás y la vas a dejar sola.

—No confío en ella, Beth.

—Lexie, la pillarán, en el momento en el que busque algo para refugiarse, el FBI estará allí y la mataran. No podemos dejarla sola.

—¡Ella me dejó sola, Beth! Durante meses. Meses en los que Kennedy, Pamela y tú me habéis estado ayudando. No Sarah, ella estaba en Virginia, siguiendo con su vida mientras yo he estado lidiando con esto. Sarah Carlier no pisará esta casa.

Eso sentenció la discusión la cual ambas sabían que se volvería a discutir en el futuro. Lexie salió de la habitación dirigiéndose a la azotea mientras Elizabeth agachó la cabeza con lágrimas de preocupación por su hermana corriendo por las mejillas. Kennedy puso una mano en el hombro de la rubia intentando ser de apoyo. Elizabeth la miró agradecida.

—Tu hermana es dura. Estará bien.

Lexie subió a la azotea aún enfurecida, enfadada con Elizabeth, con Sarah... con el mundo por ponerla en esta situación. Pensó en todo lo que estaba sucediendo y por fin se hizo la pregunta por la cual no tenía respuesta.

—¿Por qué van a por mí? ¿Quién soy yo? ¡Solo soy Lexie Blake!

Dio una patada de frustración a una de las latas de cerveza que Kennedy tenía la mala costumbre de dejar abandonadas, la lata rebotó en la pared y el líquido que aún quedaba salió, salpicándola.

—¡Joder! Ya está, se acabó… es hora de darles caza.

Abrió la app de Tinder y escribió a Alycia6907.

—Si de verdad quieres ayudarme… atrapa a Lana Stewart.

…

—Lexie, Lana va detrás de mí. ¿Si me captura? ¿Si me mata?

—Si quieres ayudarme y quieres estar aquí, atrápala. Si te mata… una pena.

—¿En qué momento dejaste de ser la persona de la que me enamore?

—En el momento que decidiste dejarme sin mirar atrás.

Cerró la conversación sin esperar su respuesta… *¿En qué momento dejaste de ser la persona de la que me enamore?*

Esa pregunta le había causado una picazón en su interior.

¿Es posible que esté haciendo un mundo de un grano de arena? Las parejas rompen constantemente, puede que Sarah y yo no estuviéramos destinadas a estar juntas.

¿Por qué duele tanto?

Más desahogada después de haber usado su frustración con Sarah y la lata, se sentó en una de las sillas que habían depositado allí y se sentó dejando soltar un gran suspiro.

Oyó como la puerta de la azotea se abría y se cerraba suavemente, unos pasos se acercaban hasta que al final, Laura Kennedy se sentó a su lado.

—¿Estás más tranquila?

—Sí… Lo siento, el tema de Sarah aún duele.

—Es normal que duela después de que una persona a la que querías se fuera, estuve pocos meses en ella, pero aún me acuerdo de Ailén.

—Ailén…—Lexie soltó un nuevo suspiro y se tapó la cara con las manos—. Nos están quitando tanto. Saber que fue mi hermano quien le quitó la vida solo me enfurece más.

—Y sin embargo, al no dejar que venga Sarah, te estás arriesgando a que la maten. ¿De verdad quieres perderla?

—Lexie, Lana va detrás de mí. ¿Si me captura? ¿Si me mata?

—Si quieres ayudarme y quieres estar aquí atrápala. Si te mata… una pena.

Recordó la breve conversación que había tenido con Sarah momentos antes… *¿Una pena? Lexie estarías jodida para el resto de tu vida*, pensó.

—Elizabeth, ¿está bien?

—Sí, estaba jugando con Bigotes—dijo con una sonrisa a la que Lexie correspondió.

—Si me matan, ¿Una pena? Joder Lex.

Sarah estaba apoyada contra su moto, mirando la conversación que había tenido con Lexie, preguntarle dónde estaba la chica de la que se enamoró era un golpe bajo, Sarah lo sabía a la perfección.

Haría cualquier cosa para ayudar a Lexie, a pesar de que trajera sin cuidado si vivía o moría. ¿Cómo atraparía a Lana? No podía avisar a Pamela, también estaría bajo sospecha.

Lana era una de las grandes, necesitaría ayuda para atraparla.

Una alerta de mensaje nuevo llegó a su teléfono interrum-piendo sus pensamientos.

NickStokes1598

— No te dejes atrapar, no te dejes matar.

Ahí está Lexie.

Próximo objetivo, Lana Stewart y sabía perfectamente a quién le pediría ayuda.

Se puso su casco y se dirigió a toda velocidad a vigilar a una cierta joven. *Hay que atraerla primero.*

Capítulo 15

Pamela Bannister no era tonta, sabía que al no encontrar a Sarah en su casa buscarían aquí y en la comisaría. Se preparó mentalmente para la posible conversación que tendría con la agente del FBI.

Iban a por Sarah, Pamela se enfrentaría directamente a un miembro de Nuevo Mundo. Solo esperaba que todo esto no acabara en una lluvia de balas.

Puso a punto su pistola, la ocultó en la parte de atrás de su pantalón y la puso a cubierto con su jersey beige.

Miró alrededor de su casa y la ordenó, metió algunas cosas de Sarah en el armario casi vacío de Kate, haciéndolas pasar por ropa de su hija. Para registrar su casa necesita-rían una orden. Dudó en que tardaran más de unas pocas horas en conseguirla. Era el FBI después de todo.

Llamaron a la puerta.

Se dirigió hacia la puerta con fingida tranquilidad y cogió un poco de aire al abrirla. Allí estaba.

—Pamela Bannister. Lana Stewart. FBI—enseñó su placa.

—Agente Stewart, ¿puedo ayudarla en algo?

Lana entró en su casa sin ser invitada, miró alrededor y volvió a mirar a Pamela que cerró la puerta, encerrándolas a las dos dentro.

—Necesito el paradero de Sarah Carlier.

—¿Sarah? No sé dónde está. No somos amigas precisamente.

Lana la miró con atención.

—Ha estado aquí—no era una pregunta—, ¿sabe que ayudar a un prófugo es un delito penado con cárcel?

—¿Sarah Carlier es una prófuga? Primera noticia.

—Tenemos claras pruebas de que está ayudando a la asesina Lexie Blake.

Pamela supo contenerse apretando los dientes. Lana la estaba provocando, pero no entraría en su juego.

—No sé dónde están. Ninguna de las dos.

—La pregunta es… ¿si lo supiera me lo diría?

—Probablemente no—dijo sonriendo.

Lana soltó un bufido con una suave sonrisa. Miró una vez más alrededor y puso una mano sobre su arma. Observó cómo Pamela ponía una mano detrás de su espalda.

—Si llegó a saber, que las ha ayudado de alguna forma.

Iré a por usted. Créame que incluso la comisaria Waller me ayudará.

Lana se dirigió hacia la puerta y salió de casa habiéndola amenazado abiertamente a Pamela, pero eso no fue lo que le impactó.

¿La comisaria Waller?

Descansando una vez más sobre su moto, la agente del FBI observaba una escena que la hizo sonreír.

La chica acompañaba a su madre, hacía aspavientos con las manos muy exageradas, su madre la miraba atentamente hasta que empezó a reírse y le dio una leve colleja a su
hija.

Esto le hizo sonreír aún más. Le gustaba pensar que a pesar de todo lo que le paso, Ava aún no había perdido su felicidad y que su relación con su madre, Ofelia, no hubiera cambiado.

—Dime por qué una de las agentes del FBI más buscada está vigilando a Ava Weiger—dijo con tono amenazador.

—Porque es la única forma de atraerte, Kimiko Jones.

—Pues que te estén buscando y estés aquí no ayuda a Ava, ni a Blake.

—Lexie me ha pedido ayuda.

Kimiko la miró con cara de sorpresa.

—No creí que me hiciera caso. Le dije que no puede enfrentarse a esto ella sola.

—Me ha pedido que atrape a Lana Stewart.

—Retiro lo dicho, quiere que mueras. Lana es… por así decirlo un miembro importante de Nuevo Mundo. No la vas atrapar así como así.

—Por eso necesito tu ayuda.

Pamela estaba nerviosa, tenía que contarle algo a Lexie…

no estaba dando señales a través de la app, se estaba impacientando y no podía reunirse con

ella donde solían verse por miedo a que la estuvieran siguiendo.

Sarah también estaba siendo vigilada. Todo esto se estaba complicando.

Se fue hacia la comisaría, no había nada nuevo, Lanie le confirmó que la muerte de Joseph Franko fue por intoxica-ción de cianuro a la hora de romper el diente cuando fueron a verle a la cárcel.

Había que suponer que cada uno de ellos tenían uno a la hora de verse implicados en alguna captura. Preferían morir antes de ver caer a su organización.

Eso es lealtad.

Pensó en el creador de Nuevo Mundo. Tenía que ser un gran orador si conseguía soldados, policías, abogados…

traicionaran a su país para luchar por su causa. También debió de desarrollar una manipulación para que todos ellos murieran antes de decir algo.

Entonces pensó en algo. Puede que no estén protegiendo a la organización, si no que le protegen a él.

Un pitido incesante provino de su móvil, lo miró y vio que era de la app de Tinder.

—*¿Pamela? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?*

—Lexie Blake, cuando te vea te mataré. ¿Sabes lo preocupada que estaba?

—Pam, estoy bien. Lo prometo. ¿Qué sucede?

Lexie se reunió con Elizabeth y Laura para ponerlas al día sobre la nueva información.

Pamela me ha dicho que Lana ha ido a su casa buscando a Sarah. No saben dónde está, eso sí, la ha amenazado abiertamente. Va a estar vigilada hay que ir con cuidado.

—¿Sabes algo de Sarah?

—Hablé con ella…está bien—confirmó Lexie.

—Hay algo que dijo Lana que le hizo sospechar a Pamela cuando le amenazó. Dijo que la comisaria Waller le ayudará. Cree que puede estar implicada en esto.

—Eso tiene cierto sentido—dijo Laura—. Cuando Morgan te secuestró… estabas protegiendo a Susan Simons, ¿recuerdas?—Lexie asintió—. Nosotros estábamos protegiendo al otro candidato mientras que tú protestaste con Waller porque no querías dejar a Susan sola. Solo tú estabas allí.

—¿Y qué pasa?

—Solo Waller sabía que estarías en la casa sin refuerzos.

Si sabes cómo atacar, sería más fácil secuestrarte

—Morgan lo sabía porque Waller se lo dijo—finalizó Elizabeth.

Lexie se alejó de ellas pensativa, si todo era cierto, una persona en la que confiaba la traicionó.

Otra más.

—Si lo que pensáis es cierto… Creo que va siendo hora que le hagamos una visita a Waller.

Capítulo 16

Victoria Waller miraba desde la ventana de su despacho a todo el equipo de policías de la comisaría del distrito A7.

Era la autoridad frente a ellos, su última palabra era la importante frente a un caso o investigación. Todos sus agentes necesitaban su aprobación para avanzar.

También todos aquellos agentes eran su responsabilidad.

Aunque no era público, el caso Blake era una metedura de pata, esa agente estaba bajo la responsabilidad de Waller.

Blake no era como Carlier que iba por libre, le discutía o la desafiaba constantemente. Blake era una detective de cara angelical fácil de mandar y manipular.

Hasta que se le fue la puta cabeza y empezó a matar gente. Eso era lo que se decía cada noche al acostarse, que se le fue la cabeza, que no fue culpa suya. Todo aquello que se decía a sí misma para dormir mejor era mentira.

Fue ella quien robó la reglamentaria de Lexie y se la dio al ejército. Fue ella quien sembró la duda sobre Blake a sus

agentes.

Fue ella quien mató a John Seller, y fue ella quien dio su arma a… Nuevo Mundo. Esa organización estaba decidida a pasar el buen nombre de Lexie Blake por el fango, convertirla en una asesina y una traidora a su nación.

Aún recuerda el primer día que estuvo en su comisaría, altamente recomendada por su anterior jefe, la teniente McGrath. Pensó que Sarah Carlier la destrozaría y pediría una nueva compañera el primer día. La sorprendió gratamente saber que Lexie era más que capaz de controlar a Carlier, incluso consiguió que el frío corazón de la detective se ca-lentara y sintiera el gran amor que sentía por la pelirroja.

Ha venido desde Virginia a ayudarla, no a detenerla.

Desde que la agente del FBI cruzó su puerta hace unos días, sabía que sería un problema, al igual que Pamela Bannister, la vigilaba de cerca, pero la detective lo sabía, Pamela era inteligente. Haría su trabajo sin levantar sospechas para que nadie se fijara en ella. Waller sabía que el trabajo que se llevaba a casa estaba relacionado con el caso Blake.

Al finalizar su jornada ese día, se fue conduciendo tranquilamente a casa, entró y absolutamente ningún ruido procedente del interior. Victoria ante eso suspiró preocupada y resignada. No podía hacer nada para cambiar eso.

Solo esperaba que al final de todo esto, se hubiera solucio-nado.

Se dirigió a su sala de estar y cuando encendió la luz se encontró allí con Lexie Blake apuntándole con su revólver.

—¡Sarah, ayúdala con otra cosa!

—Solo me ha pedido esto.

¿ « Solo »? Atrapar a uno de los miembros de Nuevo Mundo más importantes no me parece « solo ».

—Kimiko…

Kimiko llevaba discutiendo con ella varias horas mientras Sarah estaba pendiente de cómo acercar a Lana a ella para llevarla ante Lexie.

Estaban en una casa segura que Kimiko le había propor-cionado, pero no era una casa franca cualquiera, Sarah observó alrededor y vio que estaba decorada de una forma…

peculiar.

—¿Este es tu nidito de amor con Ava?

—No es ningún nido de amor. Es el único sitio en el que puedo estar con Ava sin que Ofelia o Daniel me vigilen.

—Eres de la CIA, ¿aún no confían en ti?

—Secuestré a su única hija y más de una de las « marcas de guerra », como Ava las llama, que tiene se las provoqué yo.

Tampoco confiaría en mí si estuviera en su situación.

Sarah sonrió mirando a la mujer, jamás pensó que a una mujer como Kimiko le robaría el

corazón alguien como Ava.

Sin mencionar la diferencia de edad, aunque escasa ahí estaba, la joven era una chica atolondrada e imprevisible y la asiática era más seria y responsable.

Se combinan a la perfección, pensó Sarah.

Antes de que su mente fuera a Lexie de nuevo, a Sarah se le ocurrió una idea que a lo mejor les mataba. Pero no había otra forma.

—Lana me está buscando. ¿Cierto?

—Sí.

—Bueno, ¿y si me encuentra?

—Lexie Blake.

—Es un placer volver a verla—Lexie vio como la comisaria estaba a punto de sacar su arma —. Yo que usted no haría eso.

Waller miró a su izquierda y allí estaba Laura Kennedy, apuntándole con su arma. Dejó caer su mano, mirando fi-

jamente a la ex agente del FBI, no perdió de vista a la rubia cuando alguien la sobresaltó por detrás, esposándola.

La sentaron en una silla y vio al trío que se encontraba frente a ella.

—Menudo equipo más peculiar—dijo con tono de burla—.

Sois el trío más buscado en Boston.

—Y sin embargo, aún no veo mi foto en los carteles de búsqueda. Nadie me está buscando. Exceptuando Nuevo Mundo.

—Y ahora te tenemos a ti para que nos cuentes todo lo que sabes—dijo Elizabeth.

Waller miró atentamente a la militar, se fijó en sus fac-ciones y la identificó al instante. Sonrió con burla ante la declaración. Jamás diría nada. No podía.

—¿Quién eres tú? ¿La hermana de Carlier? Acabas de firmar tu sentencia de muerte, junto con tu hermana, al final de esta historia estaréis las dos muertas.

Lexie se acercó a ella y poniéndose de rodillas se puso a su altura.

—¿Por qué, Victoria? ¿Qué sacas de todo esto?

Victoria Waller no hablaría. Lexie lo comprendió en ese instante. Era una mujer fuerte, una policía que fue ascen-diendo poco a poco hasta convertirse en comisaria, con todos los problemas que tuviera al ser una mujer negra en su época.

Pero había llegado hasta aquí.

Su vida estaba retratada en las fotos que había en toda la sala, bajo la atenta mirada de Victoria, Lexie las fue mirando una a una, con detenimiento.

En esas fotos, estaba su familia, ancianos que Lexie su-puso que deberían ser sus padres, ella con un hombre que debió de ser su marido y dos niñas que, al juzgar por las fotos, ahora no deberían de tener más de 20 años.

Miró entonces a Victoria, que se había quedado mirando

solo a la foto que Lexie tenía entre las manos, una foto familiar. Miró la foto y de nuevo a la mujer atada frente a ella.

—Bonita familia. ¿Sabías que he registrado tu casa antes de venir aquí? No he visto a nadie.

—Deja eso, Lexie—dijo Victoria con los ojos ligeramente rojos.

—Los tienen ellos. ¿Verdad? Por eso has hecho todo esto.

Tienen a tu familia, a toda ella.

Entonces Victoria Waller estalló.

—¡Tenéis que estar muertas, todas vosotras! Sarah Carlier, Pamela Bannister, Laura Kennedy, Ailén Wilson y tú, Lexie Blake. Todas vosotras sois objetivos y solo cuando vosotras estéis muertas me devolverán a mi familia.

—¿De verdad te has creído esa sarta de mentiras?—dijo Laura mirando a la comisaria—, ¿crees que te devolverán a tu familia hasta que la última de nosotras caiga? Tu familia ya debe de estar muerta.

—¡Eso es mentira!—gritó Victoria angustiada

—¡Laura!—dijo Lexie a su compañera.

—No me mires así, sabes que es verdad. Nuevo Mundo no le devolverá a su familia, nunca. Nuevo Mundo solo quiere destruir todo, a todos. ¿De verdad crees que les importará una comisaria corrupta? Si Nuevo Mundo gana, no solo nosotras caeremos, todos lo haremos.

Kennedy salió de la habitación alterada, Elizabeth miró alrededor y se fue con ella para calmarla. Victoria, ante la declaración, se quedó mirando al suelo, sus pensamientos sobre su familia la atormentaban.

Lexie se volvió a poner a su altura buscando su mirada. Cuando ambas miradas conectaron Lexie no vio a un miembro de Nuevo Mundo, vio a una mujer que la recibió con los brazos abiertos la primera vez que puso un pie en su oficina, vio a una esposa y a una madre afligida por no saber cómo ayudar a su familia, con la incertidumbre por

saber si aún están bien.

—Ayúdame y te prometo que te ayudaré a traer tu familia a casa—Lexie miró las ataduras de la mujer y se las quitó—.

Lo prometo, Victoria. Tu familia no será un daño colateral, no para mí.

Victoria Waller asintió hacia la pelirroja y se levantó de la silla despacio. Lexie se fue hacia donde estaban sus compañeras para informar sobre las nuevas noticias y puede que nueva incorporación cuando Victoria llamó la atención de Lexie.

—Sé que darías la vida y harás todo lo posible por traerla de vuelta conmigo—dijo dirigiéndose hacia la chimenea de la sala de estar.

Lexie miró como extrajo una pequeña caja y la enseñó con cuidado, enseñó un pequeño botón el cual apretó y acto seguido sacó un arma y la apuntó.

—Pero con tu muerte me aseguro de que mi familia viva.

A Lexie no le dio tiempo a sacar su arma cuando un disparo resonó por toda la habitación y un fuerte dolor en su vientre la hizo caer.

Lana Stewart estaba en el despacho de Sarah, aún en su casa. Observó todas las fotos que tenía encima de la mesa, muchas con la pelirroja dada a la fuga. Fotos con una mujer rubia vestida de militar, se percató. Se disponía a llamar para localizar a Elizabeth Carlier cuando una llamada de un número oculto la llamó.

—Stewart.

—Hola, Lana.

—Carlier… qué sorpresa más desagradable. Estoy en tu casa, viendo las fotos, todo es muy conmovedor. Hagamos una cosa, entrégate y te prometo que mataré a Lexie rápido. Sin dolor.

—¿Por qué no nos vemos? Veamos cuál de las dos tiene agallas para matar a la otra.

—¿Crees que voy a caer en tu trampa?

—No, pero tampoco aguantarás la tentación de atrapar-me. Ven sola. Si no lo haces, lo sabré.

No veía nada, la bolsa que tenía en la cabeza le impedía ver más allá que unas pocas luces y destellos. Por primera vez, se sintió nerviosa, la bolsa empezó a asfixiarla a causa de la

claustrofobia que le producía.

Se sintió maniatada a una silla, la habían capturado, de eso no había ninguna duda. Fue hacia su salvoconducto, una píldora de cianuro que con tan solo morderla le pro-duciría una muerte instantánea. No estaba, ninguno de sus molares estaba. Se los habían arrancado y por primera vez noto ese dolor en sus encías.

Desesperada empezó a moverse alterada, las ataduras en su cuerpo impedían un movimiento que pudiera causar algún daño a su captor.

—Deja de moverte—dijo una voz.

En ese instante se quedó quieta. Reconoció esa voz en cualquier lugar, la estaba cazando, pero esta vez, la cazadora se convirtió en la presa.

Una luz la cegó cuando le quitaron la bolsa de la cabeza.

Cuando sus ojos se acostumbraron a esa luz deslumbrante vio aquellos ojos azules.

—Carlier…

—Hola Lana.

Sarah y Kimiko daban los últimos detalles a su plan y que sería lo que harían cuando Lana estuviera bajo su custodia. Llevarla ante Lexie era la prioridad de Sarah mientras que la mujer asiática prefería utilizarla para

averiguar la localización de la base de Nuevo Mundo y quien era el que lideraba la organización.

—Sarah, Sabes que en cuanto Lana te vea, te matará.

—Sí, lo sé… pero por eso no me verá. Ava decía que eras un auténtico ninja, pues vamos a ponerlo a prueba.

Kimiko sonrió.

El plan era sencillo, en su mayor parte. Seguir a Lana y atraparla en una posición de vulnerabilidad.

Por la información que le dio la agente del FBI, Lana Stewart seguía en la casa de esta última. Se quedó esperando escondida hasta que saliera, esperó lo que fueron horas hasta que la vio salir de la casa. Iba vestida con el típico traje negro con camisa blanca de los agentes del FBI.

Era una tapadera estupenda para un miembro de Nuevo Mundo.

Lana se subió a un coche y la siguió desde una moto tipo scooter, pasando totalmente desapercibida, siendo solo una más.

La mujer se sorprendió cuando siguió a Lana hasta las afueras de Boston, sin ninguna duda se dirigían a Salem.

En las afueras, un polígono industrial apareció ante ella. El vehículo de Lana se estacionó cerca de uno de ellos, Kimiko dejó su moto oculta y siguió a Lana sin ser vista, como una sombra en la oscuridad de la noche.

Observó como la agente del FBI miró a ambos lados antes de entrar en el polígono. Sea lo que sea este lugar, debe ser importante para Nuevo Mundo.

Vio que, en el coche de Lana, el conductor se quedó fuera solo fumando un cigarrillo. Esta era su oportunidad.

Apenas unas horas más tarde, Lana salió del polígono con nuevas órdenes, una de ellas, matar a Lexie Blake y capturar a Sarah Carlier con vida. Sonrió al pensar que su líder no dijo que Carlier debía volver de una pieza.

Se dirigió a su coche y vio al conductor ya sentado, espe-

rándola.

—Llévame de regreso—dijo al entrar, al no obtener respuesta por parte del conductor volvió a llamarle la atención—. ¿Me has oído? Llévame de regreso.

Al no volver a obtener respuesta, se acercó a él y le tocó, el cuerpo de su conductor cayó inerte hacia delante. Estaba muerto.

Lana Stewart entró en alerta, desenfundando su arma cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza. Dejándola K.O.

al instante.

—No sabes en el lío en el que te acabas de meter, Carlier.

Suéltame y no te mataré.

—No estás en condiciones de pedir nada, Lana. Ahora mismo, nos vas a contar todo lo que queremos saber sobre Nuevo Mundo.

Lana Stewart se rió de la situación, lo cual enfadó ligeramente a su antigua compañera.

—¿O que, Sarah? ¿Me vas a torturar? Ese no es tu estilo.

—No, es el mío—dijo Kimiko Jones saliendo detrás de Sarah.

Capítulo 17

Kimiko torturó a Lana Stewart metiendo una pequeña y fina cuchilla entre la uña y la piel, lo que hizo que la morena gritase.

Sarah tuvo que salir de la habitación, torturar a la gente no era su estilo, pero Lexie estaba en constante peligro y ya no iba a dejarla sola. Medidas desesperadas…

Kimiko salió de la habitación en la que tenían cautiva a la terrorista, cansada se sentó al lado de Sarah.

—No ha dicho nada.

—No va a decir nada. Quizás sea mejor llevarla ante Lexie y que ella haga lo que deba con Lana.

—No, no puedes llevarla hasta ella—ante la mirada de Sarah continuó—. Lexie no está bien. No dudo de que sea capaz de matarla. No hay vuelta atrás después de eso. Ella no es ninguna asesina.

—¿Qué hacemos entonces?

Unas horas después, con Kimiko descansando en el sofá de la sala de estar, Sarah entró en la sala dónde estaba

Lana. La mujer tenía la cabeza echada hacia delante, cuando oyó que la puerta se habría y su rostro demostró que había sobrevivido a una auténtica tortura. Incluso señalando pequeños cortes en su rostro.

—Si a la loca de tu amiga no le dije nada, a ti menos.

—Solo tengo una pregunta, Lana. ¿Por qué Lexie Blake?

De todos los policías de Boston… la elegisteis a ella. ¿Por qué?

—Eso no te lo puedo decir, porque no lo sé. Dan órdenes, yo las cumplo.

Sarah iba a responder cuando sonó una alerta, del teléfono de Lana, al oírlo esta comenzó a reírse como una maniá-tica.

Kimiko se acercó a ella con el teléfono, la alerta decía solo un nombre.

Comisaria Waller.

—Querida Sarah… esa alerta solo quiere decir que Waller ha cumplido la misión que se le encomendó. Matar a Lexie Blake.

Sarah y Kimiko se miraron, la asiática asintió con la cabeza señalando a la puerta.

—Vete, me quedaré con ella. ¡Vete!

Laura Kennedy y Elizabeth Carlier oyeron el disparo, fueron corriendo a la habitación cuando vieron a Lexie en el suelo con una herida en el estómago. Elizabeth automáticamente acudió a socorrerla, por otro lado, Laura observó a Waller apuntando de nuevo a la mujer en el suelo y disparó.

Falló el tiro, Waller se ocultó detrás de una de las paredes.

—¡Llévatela, Beth! Os cubriré. ¡Llévatela!—gritó disparando hacia la comisaria, que seguía intentando disparar en su dirección.

Una vez que se pusieron a salvo, Laura se quedó a cubier-

to. Waller había intentado matar a Lexie y se castigó por haberla dejado sola.

El tiroteo entre la comisaria y la ex agente duró unos minutos, en el último disparo que efectuó la rubia la corredera de su arma se deslizó hacia adelante. No le quedaban balas.

—Mierda, mierda—maldijo dándose golpes en la cabeza contra la pared que la mantenía a cubierto.

Sabía que era su final, moriría luchando y puede que ven-ciera a Waller, pero la organización que estaba en alerta la mataría o algo peor.

Oyó los pasos de la comisaría acercándose a ella, Laura respiró hondo e intentó encontrar su fuerza interior para salir airosa de esta situación.

Se asustó cuando la puerta de la entrada se abrió de golpe.

Sarah Carlier la apuntó con su arma un instante antes de ver a Waller y dispararle, derribándola.

—¡Kennedy! ¡Ven conmigo, corre!

No lo dudó, siguió a la morena hasta su moto subiendo sin preocuparse siquiera ponerse el casco, vieron como varios coches se dirigían hacia la casa de la comisaria y ellas, por suerte o milagro, pasaron desapercibidas.

—Laura, dime a donde voy.

Dejaron la moto aparcada a un par de manzanas de la casa donde residían ahora Lexie y las demás. Laura iba con prisa, casi corriendo hasta la casa, habían disparado a su compañera y no sabía absolutamente nada de su estado.

Llegaron al portal e iba a meter la llave cuando miró a Sarah a los ojos. No sabía si iba a poder confiar en ella, pero era un problema que enfrentarían más tarde, ahora solo importaba Lexie.

Al entrar en la casa ambas se asustaron, un rastro de san-

gre iba desde la puerta hasta una sala donde Elizabeth no había dejado entrar a ninguna de las dos nunca. « Solo para emergencias », dijo una vez. Y prohibió totalmente el acce-so a Bigotes.

La puerta estaba cerrada y el rastro terminaba allí. Laura abrió la puerta levemente.

—¿Beth?

La escena que se encontraron era un caos, Elizabeth tapo-naba la herida de la cual no paraba de emanar sangre roja y espesa mientras Lexie, aún consciente cada vez iba estando más y más pálida.

—¡No os quedéis ahí paradas, ayudadme, joder!—gritó Beth.

—¿Qué hacemos?—preguntó Laura, asustada ante la escena que tenía ante ella.

—Laura, en la nevera, en el cajón inferior hay sangre cero negativo, trae dos bolsas. Sarah…—Elizabeth se quedó mirándola durante unos segundos, hacía casi dos años que no veía a su hermana—. Sarah, en ese estante de ahí, hay mor-fina. Ponle una ampolla, inyéctasela en el

brazo, necesito coger una vía y sacarle la bala.

Sarah asintió y rápidamente hizo lo que su hermana le indicó, con la aguja preparada se acercó a Lexie y se la inyectó mientras ésta la miraba.

—¿Sarah?

—Hola, pelirroja—dijo sacando una pequeña sonrisa.

—Necesito que sigas taponando la herida, Sarah.

Sarah puso las manos sobre el estómago de la mujer que amaba, mientras Elizabeth le ponía la bolsa de sangre que Laura le había traído.

—Rómpele la camiseta, tengo que sacar la bala y cauteri-zar la herida.

—¿Por qué está tan quieta?—preguntó alarmada Laura.

—Está dormida, deja a Elizabeth trabajar y haz exacta-

mente lo que ella te diga—dijo la morena.

Las agentes ayudaron todo lo que pudieron, poniendo gasas, succionando cuando Elizabeth lo pedía, incluso pasán-dole el instrumental. Cuando por fin encontraron la bala, Elizabeth las advirtió.

—Bien, cuando la saque, esto va a sangrar mucho, os necesito rápidas: Sarah, tu succionarás y Laura, me pasarás el cauterizador y apretarás la bolsa de sangre para que entre más rápido en ella.

Todas asintieron y se prepararon, unos segundos después Elizabeth sacó la bala mientras acto seguido se puso a cau-terizar la herida.

Sarah estaba aterrada, intentaba succionar la sangre con el aparato, pero no daba abasto, puso más gasas para que la absorbiera y dejar limpio el área para que Elizabeth pudiera trabajar bien.

Hay tanta sangre…

—Bien, ¡ya está! Ya está, ya no sangra—dijo aliviada la médico—. Solo queda revisar todos los daños y cerrar. Me habéis ayudado mucho, lo que queda lo puedo hacer yo.

Entendieron rápidamente la indirecta y salieron de la habitación.

Laura se sentó en el sofá de la sala y suspiró, la adrenalina le estaba bajando cuando se empezó a encontrar tan cansada que prácticamente se recostó preparada para dormir.

—No sabía que había construido un hospital de campaña en esa habitación. Normal que nunca nos dejara entrar.

—Beth es capaz de montar todo un hospital en medio del desierto, esa habitación no iba a ser menos—dijo mirándo-se las manos llenas de sangre.

—El baño está por ese pasillo a la derecha.

Sarah le agradeció el gesto con una leve sonrisa y se fue corriendo al baño, cuando entró y observó la habitación era un baño bastante simple, con plato de ducha, un inodoro y

un retrete… simple pero suficiente.

Cogió el jabón y con agua se frotó frenéticamente las manos, la sangre seca se iba poco a poco eliminando y tiñendo de rojo el agua que iba desapareciendo lentamente por el desagüe.

Cuando sus manos volvieron a estar limpias, se secó con la toalla y un pequeño maullido le llamó la atención.

Un pequeño gato negro se paró detrás de ella, sentado, el pequeño animal inclinó hacia un lado su cabeza. Eso le hizo sonreír a Sarah.

—¿Quién es esa humana nueva? Eso es precisamente lo que estás pensando, ¿verdad?—el gato volvió a maullar—.

Bueno, pequeño, soy Sarah… tú debes de ser el pequeño Bigotes—dijo acariciando

suavemente al gato—. Eres un gatito muy lindo.

Sarah cogió al gato y lo llevó suavemente en brazos, se dirigió a la sala de estar y vio a Laura tumbada, con los ojos totalmente abiertos.

—Puedes descansar, Elizabeth gritará si necesita nuestra ayuda de nuevo, te avisaré.

—No es Lexie quien me quita el sueño—dijo incorporándose—. Obviamente me preocupa su estado, solo puedo re-zar para que se recupere al cien por cien… Estaba pensando en Waller. Esa hija de puta la disparó a traición incluso después de prometerle que su familia estaría a salvo. Aún así le disparó.

—Es muy difícil pensar con claridad cuando la familia o la gente que nos importa está en peligro.

—Pero estamos hablando de Lexie, Sarah. Waller la conoce, ha estado casi tres años trabajando para ella, resolvien-do casos y ella es… Joder, es Lexie.

—Entiendo lo que quieres decir.

—¿La mataste?

—No lo sé, la vi caer… pero estaba más preocupada por

sacarte a ti de allí que por Waller.

Fue en ese momento cuando Beth salió de la habitación.

Su camisa, al igual que sus vaqueros, estaban manchados de sangre, se estaba quitando los guantes y los desechó en una papelera cercana.

—Está estable, se pondrá bien… le puse antibióticos para combatir cualquier posible infección y la última bolsa de sangre… había perdido mucha, habrá que conseguir más…

traje la justa para cosas así, es mejor seguir teniendo reservas.

—Conseguiremos más.

Beth pasó al lado de Sarah dedicándole una mirada y siguió en dirección al baño, cerrando la puerta tras de sí.

—Te has metido en un lío… deja al gato y ve hablar con ella… veré cómo podemos conseguir la sangre y demás—

dijo Laura alejándose.

Con un suspiro, Sarah se dirigió al baño de nuevo y llamó a la puerta. Dio tres golpes ligeros e intentó abrir la puerta, ante esto, Elizabeth cerró la puerta de nuevo con un portazo ante Sarah y se oyó como echaba el pestillo.

—Beth… ¿podemos hablar?

—Me estoy limpiando la sangre de tu ex novia, Sarah, estoy ocupada.

Sarah apoyó la frente ante la puerta y suspiró… entonces recordó lo que pasó hace dos años…

Beth andaba de un lado a otro en la sala de estar del piso de su hermana, mirando a Sarah de vez en cuando, pa-sándose y volviendo a pasear por la habitación.

—Elizabeth, ¿puedes estarte quieta?

—No lo entiendo, Sarah… ¿por qué irte? Hace nada es-tuvimos hablando de dejarlo todo. Dejar el ejército, dejar la policía… aquel día que secuestraron a Lexie, en tu piso,

¿recuerdas?

—Sí lo recuerdo, pero…

—Pero nada, Sarah… no solo vas a irte ahora a Virginia, para unirte al FBI ¡si no que vas a dejar a Lexie atrás!

—No puedo pedirle que se venga conmigo, empezar de nuevo otra vez, estar sola… acabaría

odiándome.

—No estaría sola, estaría contigo. La pobre chica está totalmente enamorada de ti, no puedes dejarla así.

—Aquí no está sola, te tiene a ti, a Pamela, incluso Laura se encariño de ella. Os tiene a todas vosotras.

Elizabeth miró a su hermana y suspiró abatida. Se sentó a su lado en el sillón y Sarah le cogió la mano.

—No voy a conseguir que cambies de opinión, ¿verdad?

—Me temo que no, hermana. Solo… ¿te puedo pedir una cosa? —al ver el asentimiento de su hermana continuó—.

¿La cuidarás?

—Con mi vida.

Sarah recordó ese momento antes de irse, destacó en el FBI siendo una de las mejores agentes, cumplió su sueño, pero dejó todo lo demás atrás.

—Cumpliste tu promesa y yo…

Se asustó cuando Elizabeth abrió la puerta de golpe, con la ropa aún manchada de sangre.

—¿Tú qué?—gritó—, tú no hiciste nada, Sarah. ¡Dos años sin saber de ti! Dos años que tuvimos que apoyar a Lexie porque no miraste atrás. Ni una llamada, ni un mensaje…

¡Nada! Me alegro de que hayas vuelto, me alegro de que estés aquí y estés bien, pero no por ello estoy contenta contigo.

—Lo sé, Beth.

—¡No sabes nada! Todo esto estalló cuando te fuiste, te llamé y no recibí llamada de respuesta. Entonces Lexie… La raptó el ejército, Sarah. La iban a matar, pero yo la saqué con vida gracias a Laura—suspiró—. Perdimos a Danielle,

perdimos a Ailén… no pensaba perder a Lexie, no por la promesa que te hice si no porque, aunque vosotras ya no estéis juntas, esa chica siempre será parte de la familia. Al menos por mi parte. Y puede que este disparo no la hubiese dejado en este estado si hubieras estado con ella a su lado, como le prometiste.

Sarah miró al suelo abatida, su hermana tenía toda la razón para culparla, la dejó y se olvidó de todo lo que dejó atrás.

—Se despertará en unas horas… puede que la alivie algo el dolor verte allí—dijo su hermana antes de cerrar la puerta de nuevo.

Capítulo 18

Habían pasado unas horas, Elizabeth y Laura estaban esperando en la sala mientras que Sarah estaba con Lexie en el hospital de campaña improvisado que habían creado.

Ambas sabían que iba a estallar una guerra en cuanto la detective se despertara. Laura estaba algo confusa en lo que a Sarah se refería.

—¿Es buena idea que vea a tu hermana?

—Sí, la rabia que le dará le ayudará a olvidar el dolor—dijo con una pequeña sonrisa.

—Oí la conversación de antes… Fuiste un poco dura.

—Para nada—dijo levantándose—, Sarah tiene la piel cur-tida, no te preocupes. De todas formas, se lo merecía. Mi hermana es inteligente, pero a veces es imbécil.

Lexie se empezaba a despertar poco a poco, el dolor en la tripa le hizo estar alerta, *Waller, el disparo… ¿Sarah?*

Lexie abrió los ojos y allí estaban, esos ojos azules que tanto le gustaban, con esa melena

negra que le caía en cas-
cada por los hombros hasta llegar a mitad de la espalda.

Iba con una camiseta negra y vaqueros, su chaqueta de piel estaba apoyada en una silla cercana, la placa del FBI puesta firmemente en su cintura al lado de su pistola.

Estaba más guapa de lo que pensaba que estaría.

—Eres una zorra—dijo Lexie con la voz rasposa.

—Yo también me alegro de verte, Lex…

—Eres una zorra.

—Ya me lo has dicho, ya. ¿Cómo te encuentras? ¿Quieres que llame a Elizabeth?

—¿Ellas están bien?—dijo intentando incorporarse.

—No te muevas, no te has recuperado, vas hacer que se te salten los puntos.

—¿Están bien? – dijo alarmada.

—Sí, las dos están bien.

Lexie suspiró aliviada. En ese momento, no se podía permitir perder a ninguna de sus dos compañeras y menos aún por su culpa. Ambas le han salvado la vida, más de una vez.

Se intentó recostar y noto una tirantez en el estómago, se levantó brevemente la camiseta y noto un vendaje que cubría todo su estómago.

Miró a Sarah de soslayo y suspiró.

—¿Es muy grave?

—Waller te disparó en el estómago, perdiste mucha sangre, pero Elizabeth consiguió estabilizarte. Las tres ayuda-mos.

—¿Cómo supiste dónde estábamos?

—Conseguí atrapar a Lana con ayuda de Kimiko, como me pediste, estábamos con ella cuando le saltó una alarma diciendo que Waller había conseguido su objetivo. Cuando llegué allí, solo estaba Laura. La saqué y ella fue la que me trajo aquí.

—¿Y te vas a quedar aquí?

—No me iré a ninguna parte. No me iré otra vez.

Sarah salió de la habitación dejando a Lexie descansar.

Elizabeth se había ido a dormir y solo quedaba Laura, sentada mirando una de las chimeneas que tenía aquel piso.

Sarah miró alrededor: era un piso grande, desprovisto de muebles, solo había una mesa llena de papeles, unas sillas alrededor y un sofá. Se acercó a observarlos y enseguida se dio cuenta de que era toda la investigación sobre Nuevo Mundo.

Se percató de una pizarra que estaba al lado. Miró las fotos. En forma de escalera estaban los miembros conocidos de Nuevo Mundo. Había una foto en la punta de la pirá-mide, una foto solo con un interrogante. Seguido de ella estaba el hermano de Lexie, Morgan, aún desaparecido; y, después de él, reconoció a varios altos cargos, policía, jueces, FBI… Reconoció la foto de Lana.

Cuando conoció a Lana Stewart era la agente modelo, capaz de dar la vida por su país y por su patria. Se hicieron amigas y enseguida la pusieron de compañeras, tenían buena química y las dos estaban igual de implicadas con el trabajo a realizar. Lana le preguntó bastante sobre su pasado en el ejército y por un momento pensó que Stewart la admiraba, ahora Sarah pensaba que solo estaba recabando información. Realmente le chocó que ahora fuera una parte importante para destruirlo.

¿En qué momento Nuevo Mundo se infiltró como un virus infectando a todo y todos los que hallaba a su paso? ¿Cómo consiguió convertir a todas aquellas personas para destruir todo lo que

juraron proteger?

Sarah no conseguía entenderlo.

Vio la lista de objetivos, entre ellas se encontraban todos a los que conocía bien, incluida ella misma. Todos los que ayudan y apoyan a Lexie son objetivos. Personas a las que

matar.

Si no estás conmigo, eres mi enemigo, pensó Sarah. Al final a eso se reducía todo.

—Ese trozo de metal que llevas a la cintura no vale nada.

Miró a Laura que se había girado y la observaba ahora atentamente. Se acercó a ella y la acompañó, dirigiendo su mirada al fuego.

—Puede que tengas razón. Pero haré todo lo posible para que al decir que eres del FBI, sientas orgullo y no desprecio.

—Hasta el ejército está metido en este complot, nada se ha salvado. Ningún juramento se puede cumplir en este estado.

—Yo, Sarah Carlier juro solemnemente que apoyaré y de-fenderé la Constitución de los Estados Unidos contra todos los enemigos, nacionales y extranjeros; que mantendré verdadera fe y lealtad al mismo; que asumo esta obligación libremente, sin reserva mental alguna ni propósito de eva-sión; y que cumpliré bien y fielmente con los deberes del cargo que estoy a punto de asumir. Con la ayuda de Dios—

recitó Sarah—. Da igual lo que esté pasando ahora. Para mí eso nunca ha cambiado.

Ambas seguían mirando el fuego, las llamas les producía una ilusión de calma y relajación, aunque en su interior no existía dicha calma. Se habían acostumbrado a estar siempre en tensión, siempre en alerta.

Ambas se sobresaltaron cuando sonó el teléfono de Sarah, Kimiko le mandaba un mensaje: *«¿Estás muerta o te has olvidado de mí?»*

Mierda.

Se había olvidado totalmente de Kimiko y Lana. Negó con la cabeza, no quería irse, pero tenía que ordenar esos asuntos antes. Miró a Laura y pensó que sería un buen apoyo contra Stewart.

—¿Quieres conocer a Lana? Avisa a Elizabeth de que sales, te vienes conmigo.

Capítulo 19

Lexie se despertó de nuevo y esta vez era Elizabeth quien estaba a su lado, controlando sus constantes. Sonrió al verla, realmente se habían convertido en familia, da igual lo mal que acabara con la hermana morena.

—Ya me has salvado la vida, otra vez.

Elizabeth sonrió con ternura hacia la mujer en la camilla, le acarició suavemente el pelo moreno y de pasó aprovechó para pasarle una linterna por los ojos para asegurarse que todo estaba bien a nivel neurológico.

—Y las que hagan falta, Lexie. ¿Quieres ver tu nueva cicatriz?

—Me voy a llenar de marcas de guerra—dijo mientras le levantaba la camiseta. Elizabeth quitó el vendaje y allí estaba, una gran cicatriz que atravesaba su vientre—. Madre mía.

—Tiene buen aspecto, la voy a limpiar.

Mientras Elizabeth limpiaba la herida, Lexie se quedó tumbada, con miedo de volver a mirarse, la habían vuelto

a traicionar, esta vez una persona en la que confiaba, una persona que veló por ella desde que llegó a la comisaría años atrás… Ella juró que la protegería a ella y a su familia, Waller se lo

devolvió en forma de disparo.

—Ya me he llevado tres disparos, Beth. Uno por proteger a Kate, otro por Sarah y este último… el último me lo lleve de una persona en la que confiaba totalmente. ¿Qué pasó con ella? ¿Está muerta?

—No lo sé, solo sé que Sarah le disparó.

—No sé qué hacer respecto a ella, verla de cerca de nuevo y no solo de pasada… ha sido confuso. No sé qué hacer respecto a estos sentimientos.

—¿La sigues queriendo?

—Sí.

—Hay un pero después de esa afirmación.

—Hay muchos peros, la quiero, pero… no sé si puedo volver a confiar en ella. La quiero, pero dudo en volver abrirle mi corazón y la quiero, pero tengo miedo de que se vuelva a ir sin mirar atrás.

—Dudo que se vuelva a ir, ha dejado atrás todo por ti…

ahora mismo, en las únicas personas que confía somos nosotras. Creo que deberías hablar con ella. Ya sea para perdonar o para pasar página. Este limbo en el que os encon-tráis, solo os hará daño a las dos.

—¿Cuándo te hiciste tan sabia, Beth?

—Siempre lo fui.

Las agentes del FBI fueron al piso ya no tan secreto de Kimiko Jones, estaba en una de las zonas más adineradas de Boston. Sarah pocas veces había pasado por aquí, paseaba con la moto con Laura fuertemente agarrada a su cintura.

No importaba cuantas veces le había prometido que no se caería. El fuerte agarre que tenía sobre ella no cesaba.

Unos minutos más tarde, Sarah estacionó la moto a unas pocas cuadras de distancia y Laura finalmente la soltó. Se quitó el casco y con cara de pocos amigos se lo tendió a Sarah.

—Aún no entiendo como a Lexie le encanta ir en esa trampa mortal de dos ruedas.

—Pero si he ido despacio.

—Díselo a mi pelo.

Entonces miró el pelo alborotado de su compañera cuando con una sonrisa, levantó el asiento de la moto y de él sacaba un sencillo peine. Con una sonrisa recordó uno de los momentos en los que Sarah sonrió de verdad.

—Sarah, me encanta ir en moto contigo, de verdad. Me das una oportunidad de meterte mano excelente… pero mira mi pelo.

—Estás preciosa, como siempre—dijo sin mirarla.

—Sarah, ahora parece fuego de verdad.

Sarah miró entonces a su novia y vio que ni un pelo de su cabellera pelirroja estaba en su lugar, el pelo totalmente alborotado. Con una sonrisa la besó intensamente, con lo que sacó una sonrisa boba a Lexie.

—Prometo meter un peine en el asiento.

—Vale—dijo con una sonrisa—, pero no sé qué problema hay con mi coche.

—Que tenemos mucha suerte de que esa chatarra nos lleve del punto A al punto B sin explotar en el proceso.

Le tendió el peine a Laura y lo miró con algo de añoranza en sus ojos.

—Ten, a Lexie le pasaba lo mismo.

Laura se peinó el pelo lo más decentemente que pudo mientras observaba como la morena,

un poco abatida, se miraba las botas que normalmente usaba. La vio suspirar y
se dio cuenta cuanto le afectaba no contar con el amor y el cariño de Lexie.

Laura no estaba en contra, ni mucho más lejos, de la morena, pero es cierto que fue Sarah quien rompió la relación con la pelirroja, aún así, Laura intentó consolarla.

—No lo des todo por perdido, puede que consigas arreglar las cosas.

—Sí, puede… primero arreglemos este lío.

Entraron en el piso de Kimiko con la llave que le había dado a Sarah con anterioridad, no había ningún indicio de ruido, parecía que no había absolutamente ninguna persona en su interior.

—¿Kimiko?

Sarah fue a la sala en la que tenía retenida a Lana y no encontró nada, solo unas pocas gotas de sangre seca en el suelo.

—No están aquí

—¿Sarah? Encontré esto en el suelo, al lado de la salida.

Laura traía un pequeño dispositivo redondo. Pasaría desapercibido en cualquier registro. Sarah lo cogió y lo inspeccionó con detenimiento, tenía una pequeña luz que parpadeaba, una luz tan insignificante que incluso por la noche no brillaría. Pero Sarah lo vio, porque sabía que estaría allí.

Sabía lo que era y no era nada bueno.

—¿Es una especie de micro?

—No, es un localizador.

—Exacto.

La voz a su espalda las sorprendió a ambas, una figura femenina encapuchada, acompañada de otras dos las apuntaba con sus armas.

—Voy a disfrutar de esto.

Sarah tiró a Laura de un empujón detrás de un sofá cuando una lluvia de balas caía sobre ellas.

Automáticamente ambas agentes respondieron a los dis-
paros con precisión, una de las balas de Laura impactó en uno de sus atacantes, derribándolo. Pero aún vivo.

—Laura, queremos salir de aquí, ¡dispara a matar!

Asintió y el segundo disparo no lo falló, directo a la cabeza lo mató. Sarah se concentraba en la mujer que habló con ellas y noto un dolor caliente y perforante en su brazo, haciéndola caer.

—¡Sarah!—gritó Kennedy

—Estoy bien, estoy bien, solo me ha dado en el brazo.

—¡Estoy disfrutando muchísimo de esto, Carlier!

¿Carlier? Me conoce…

La sangre caía de su brazo a borbotones, los disparos de bala realmente dolían… Lexie se había llevado tres y uno de ellos estaba destinado a ella. En ese mismo instante, con la determinación y la adrenalina fuertemente arraigadas en ella y con la ayuda de Laura salieron de su cobertura, disparando sin cesar y derribando a sus atacantes.

Con un balazo directo al cuello cayó el otro acompañante mientras que Sarah con dos balazos en el pecho derribó a la mujer.

Con precaución y apuntándola, Sarah se acercó a la mujer que comenzó a escupir sangre, a punto de morir. Le quitó el pasamontaña y se encontró a una mujer que no esperaba.

—¿La conoces?

—Andrea Morales… ¿Qué has hecho? ¿Por qué?

—De las cenizas de Inferno, un Nuevo Mundo resurgirá…

Andrea Morales murió en ese instante, Sarah le cerró los ojos y suspiró.

Con ayuda de Laura, Sarah se incorporó cubriendo la herida en su brazo, le quitaron los pasamontañas a los demás y les hicieron una foto a sus caras, necesitaban identificarlos.

Salieron de la casa corriendo pues la policía estaría a punto de aparecer si alguien los alertaba por el reciente tiroteo.

—Sarah, con el brazo así no puedes conducir—dijo al lle-

gar a la moto

De acuerdo, cuando te grite « cambia » aprietas el embra-gue, subes el pie izquierdo y aceleras. El freno está en el pie derecho.

—¿Qué?—exclamó Laura—, no, ni de coña, Sarah.

Llegaron a trompicones a la casa okupada y gracias a Dios o a la suerte, ilesas, dejaron la moto y Laura llevaba con esfuerzo a Sarah, que se iba encontrando más débil a cada minuto.

—Sarah, te debo la vida, pero por favor no me hagas conducir esa moto otra vez...

Cuando pasaron a la casa, Lexie estaba descansando en el sofá mientras hablaba con Elizabeth y ambas se alteraron cuando entraron en la casa.

—¡Sarah!—gritó Elizabeth angustiada.

—¿Qué pasó?—preguntó Lexie.

—Disparo, en el brazo.

La llevaron a la sala donde operaron a Lexie y Sarah se tumbó en la camilla. Le quitaron la cazadora y la camisa, dejándola en una fina camisa interior… Lexie no pudo evitar mirar el torso de la mujer, seguía firme y se podía vislumbrar la forma de unos abdominales que asomaban…

Lexie se sonrojó al verse atrapada por Sarah mirándola, una pequeña sonrisa asomó hasta que Elizabeth metió sus pinzas dentro del brazo de su hermana y sacó la bala.

—La bala no te ha dañado demasiado, pero has perdido sangre… me aseguraré de que comas bien estos días.

La médica miró a Laura y la rubia únicamente le asintió cuando le preguntó si se encontraba bien.

—¿No me das anestesia?

—No seas bebé, Sarah, la tengo para cosas urgentes, calla ahora o te dejará cicatriz.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Morales, se pasó al bando de Nuevo Mundo… tuvimos que abatirla, Lexie.

—Morales… Qué la llevaría a estar con ellos…

A Lexie la noticia le sorprendió, en estos últimos años Andrea Morales y ella se habían hecho amigas, tenían absoluta confianza la una en la otra. Sin embargo se había unido a una gente que no solo quería acabar con la vida de Lexie, si no acabar con la de todos.

Lexie sintió esa traición como una nueva puñalada en su corazón, pero eso no le impidió derramar algunas lágrimas por la muerte de su amiga. Una mujer que se había unido a ella, que habían compartido risas y lágrimas. Incluso la puso más de una vez a cubierto si la ocasión lo requería.

Sarah se sentó a su lado una vez que Elizabeth la había co-sido, estaba tomando un pequeño zumo de tetrabrik cuando pasó su brazo sano alrededor de los hombros de Lexie, apoyó su frente en la cabeza de su ex compañera y le susu-rro.

—Lo siento mucho, Lexie.

—No me esperaba esto…—dijo entre lágrimas.

—Yo tampoco, incluso cuando llegué trabajaba con Pamela para ayudarte.

Entonces Lexie se puso en alerta.

—¿Con Pamela?

—Tenemos que avisarla…—dijo comprendiendo la situación.

—Y no solo avisarla, tenemos que ir con ella.

Pamela…

Capítulo 20

Pamela Bannister fue al piso de Lexie cuando recibió el mensaje de Andrea Morales contándole que había encontrado algo importante y que era mejor que se reunieran allí, que trajera a Lexie consigo si lo veía seguro.

Ya se encontraba entrando en el piso cuando enseguida recibió un mensaje de Lexie a través de Tinder.

— No confíes en la policía. Andrea se unió a ellos.

Pamela en ese instante, solo se le ocurrió una cosa.

—No te acerques a tu piso.

Habiendo avisado, suspiró y desinstalo la aplicación, borrando cualquier dato que pudiera haber en el móvil. Y se adentró en el piso.

—Debo decir que esperaba encontrarme a Lexie, es una decepción encontrarme solo contigo, pero también eres una foto que tachar—dijo una mujer delante de ella.

—¿Quién eres tú?

La misteriosa mujer no contestó, sin embargo, su semblante serio se había convertido en una sonrisa de suficiencia. Si Pamela hubiera sido una policía novata, el tiro que

estaba a punto de recibir le hubiera dado entre los ojos, matándola al instante, pero gracias a sus muchos años de experiencia, fue Pamela la que efectuó un primer disparo con un rápido movimiento.

La bala le impactó en el hombro y Pamela aprovechó ese momento para ir a la cocina, cubriéndose, sacó su móvil y apretó el botón del pánico, una alerta que solo le diría a Lexie que no se acercara a su posición. Varios disparos, sin esperar un peligro real de ellos, impactaron enfrente suya.

—¡No sé quién eres! La verdad que poco me importa, pero estás firmando tu sentencia de muerte.

—Detective, estás a punto de morir por Lexie Blake, espero que te merezca la pena.

—¡Ella jamás se rendirá! Destruirá Nuevo Mundo.

—Es un poco difícil destruirme, detective—dijo con una pequeña mueca de dolor—. Pero Lexie Blake solo es mi segundo objetivo… Sarah Carlier es quien tiene la culpa. Con su muerte me aseguraré que no abandone a nadie más.

Pamela en ese momento supo contra quien se estaba enfrentando, no solo era la líder de Nuevo Mundo, quién movía los hilos, quien había matado a tantos, quien había convencido a gente respetable a cometer traición… era…

—Hola detective.

Pamela Bannister vio el cañón del arma apuntándola, se había distraído pensando en su enemigo y eso fue un error fatal.

Rápidamente apuntó con su arma cuando el destello de la pólvora quemada salió del cañón

en su dirección.

Pamela Bannister no llegó a oír el disparo que acabó con su vida..

—¡No te dejaré ir!

—¡Tú no lo entiendes, Sarah! ¡Pamela está en peligro!

—¡Y te ha dicho expresamente que no te acerques allí!

Lexie miraba a Sarah con furia desmedida en sus ojos, todo se estaba saliendo de control, no podía perder a Pamela, era una pieza fundamental en su equipo.

—Estás muy débil aún, Lexie.

Esta vez fue Elizabeth quién de una forma pausada y calmada hablaba con la detective que estaba fuera de sí.

—Entiendo que ella es importante para ti, es tu amiga, pero si vas, y está en peligro, en tu estado solo serás una carga para ella.

—¡Tú no entiendes nada!—dijo empujando con fuerza a Sarah—. Pamela no es solo mi amiga—dijo acercándose—.

¡Es mejor persona y mejor compañera de lo que tú serás jamás!—fue en ese instante cuando golpeó a Sarah en la cara, haciendo que sangrara el labio de la morena—, no voy a permitir que me impidas ir a por ella.

Sarah estaba impactada, no solo por las palabras de la pelirroja si no por el golpe que le dio. Estaba enfadada y Sarah estaba dispuesta a ser su saco de boxeo si con ello la mantenía a salvo.

Lexie se dirigió hacia la puerta cuando Sarah una vez más le cortó el camino, Lexie la volvió a golpear esta vez en el torso, los golpes que lanzaban eran fuertes, eran impreci-sos pero cargados con una furia y una ira que no eran propios de la ex detective de Boston. Volvió a golpearla en la cara esta vez, cuando se llevó una mano a su propio torso gimiendo un poco de dolor.

En ese momento Sarah la inmovilizó abrazándola con fuerza. Lexie no podía zafarse cuando notó un pinchazo en su hombro, poco a poco iba perdiendo la fuerza y el sueño iba apoderándose de ella, miró a esos ojos azules una última vez.

—Te odio.

Con ayuda de Laura llevaron a Lexie a la sala médica, le sangraba el torso, es muy probable que se le hubieran saltado algunos puntos. Elizabeth volvería a coserla.

Sarah tenía que ir a por Pamela, aunque en su interior, su instinto no la engañaba, si iba al piso de Lexie, encontraría a la detective sin vida.

Dio una patada a un mueble cercano y cayó abatida al suelo.

Kimiko en paradero desconocido, al igual que Lana, Pamela… y el grupo de Lexie Blake más fracturado que nunca.

Aquella noche, Sarah se encontraba en la azotea del edificio, mirando a todo y a la nada a la vez, sus pensamientos estaban en aquella chica que estaba tirada sobre la camilla, la furia con la que trato a Sarah… *Esa mujer no es la que yo conocí.*

Se encontró mirando a Laura que se sentó a su lado, mirando la ciudad. Cogió una de las manos y el simple gesto consoló a la morena que soltó un suspiro entrecortado.

—Está bien, se le soltaron unos puntos—observó cómo Sarah asentía—. Elizabeth se lo explicará cuando despierte.

—¿De verdad crees que aún tengo alguna posibilidad de arreglar las cosas?

—Hiciste lo correcto, Sarah. Y algún día ella tendrá que asumirlo. Y si no la hubieras parado tú, la habría parado yo.

Con la diferencia que yo le habría devuelto los golpes—dijo con una sonrisa–. Lexie sabe que la amas, y que no le harías daño. Se aprovechó de esa situación.

En el interior de la casa, en la sala médica, Lexie se iba recuperando poco a poco de la sedación, Elizabeth estaba curando su herida cuando se fijó en sus ojos completamente abiertos.

—No sirve de nada que te salve la vida si luego arriesgas la tuya, contra Sarah para añadir.

—Ella no me habría hecho daño.

—Lo sé… entiendo que la estés castigando, pero ella no para de protegerte. ¿Hasta cuándo va a durar el castigo?

—Es Pamela de quien estamos hablando.

—Lo sé, pero Sarah tiene razón, no es seguro… también sé que solo se lo tienes que pedir. Te llevará.

Lexie se quedó mirando a la rubia, con la mirada baja y sin mirarla a ella sabía que algo la preocupaba.

—¿Qué pasa?

—Es mi hermana, Lexie. No arriesgues su vida.

Bien entrada la noche, y con todos durmiendo, Lexie salió de la sala médica, la cazadora de Sarah estaba a la vista, cogió sus llaves y salió del edificio.

Sabía que era una tontería, pero tenía que saberlo. Si Pamela le había dejado tenía que verlo con sus propios ojos.

—¿Sin casco?

La voz de Sarah la sobresaltó, bajo la luz de la farola su ojo morado y su labio magullado saltaban a la vista. Se sintió un poco culpable por haber herido a la mujer.

—No me lo impidas, tengo que saberlo.

—Lo sé—dijo tendiéndole el casco—, yo te llevaré. Nunca aprendiste a conducir bien.

Sarah se colocó al frente de la moto con Lexie agarrándo-le de la cintura cuando se dirigieron al apartamento de la pelirroja.

Cuando llegaron lo primero que notaron es que la entrada no estaba forzada. Ambas sacaron la pistola y fue Sarah la que entró primero, apuntando al interior y en silencio dio señas para que Lexie entrara.

Encendieron la luz cuando confirmaron que no había nadie en el piso. Poco a poco y aún en total silencio, se perca-taron de algunas cosas, olía a lejía.

¿Pamela lo limpió?

Lexie se digirió a la cocina, cuando al fijarse en el suelo blanco una gran mancha de sangre rompía su impureza.

Avanzó más deprisa cuando vio a Pamela, tendida en el suelo con los ojos despiertos desprovistos de vida, totalmente vacíos.

—No… ¡No!—gritó de dolor.

Ver a la mujer que la había tratado como una hija en ese estado, era tan doloroso de ver para Lexie que las lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin permiso.

Acunó la cara de Pamela con sus manos y apoyó su frente contra la de ella. Noto la fría piel contra la suya y eso le hizo estremecerse.

—Por favor, Pamela… despierta—dijo llorando desconsolada—. No puedo hacer esto sin ti.

Sarah acudió corriendo alertada por el grito de su compañera cuando observó la escena.

El amor de su vida lloraba desconsolada sobre el cadáver de una persona a la que respetaba y durante estos últimos días se había convertido en una amiga.

Suavemente, cogió a Lexie de sus hombros y la miró a la cara. Le partió el corazón ver a la pelirroja tan rota.

—Tenemos que irnos.

—¿Qué? No podemos dejarla aquí.

Volvió la vista hacia el cuerpo inerte de Pamela.

—Avisaré a Lanie, lo prometo. Ella cuidará de Pamela, pero ahora tenemos que irnos.

Lexie de forma automática siguió a Sarah hacia la salida. Observaba como la morena aún iba con la pistola en su mano, preparada para disparar a cualquiera que quisiera hacerle daño.

Llegaron intactas a la moto y Sarah condujo hacia un lugar, alejado de Boston. Lexie no sabía dónde la llevaba hasta que vio la colina. Allí ambas habían ido varias veces cuando necesitaban pensar. No solían hablar solo estaban

en compañía, cada una perdida en sus propios pensamientos.

Aquella pequeña colina era un mirador que estaba totalmente a oscuras. Pararon enfrente del banco, Sarah dejó puesta la luz para ver por donde pisaban, ayudó a Lexie a bajar y ésta automáticamente fue a sentarse.

Estaba aún pensando en Pamela cuando otra persona llegó a su mente.

—Kate… Dios mío, hay que avisar a Kate, Sarah.

—La avisaremos—mirando fijamente la ciudad—, a su tiempo.

—¡Su madre ha muerto, merece saberlo!

—Y lo sabrá, Lanie se lo dirá y Katherine podrá darle a Pamela el entierro que merece. Podrá llorarla.

—¿Por qué me has traído aquí?—preguntó poniéndose enfrente de la morena.

—Porque también mereces llorarla en paz.

Fue en ese preciso momento, cuando Lexie Blake se rompió. Abrazó a la mujer que tenía delante y lloró desconso-ladamente por la muerte de Pamela Bannister. Sarah correspondió al abrazo y acarició suavemente la espalda de la mujer que lloraba sin consuelo en su hombro.

—Me están quitando todo—dijo entre sollozos.

—Yo seguiré estando aquí, para ti.

Capítulo 21

Kimiko Jones siempre había tenido un fuerte agarre sobre sus emociones, había sido entrenada para no expresar nada. Ese entrenamiento le había servido para no sentir miedo, lo sintió cuando Ava fue secuestrada, las cosas se habían salido de control y las balas volaban a través del aire. La posible pérdida de Ava le heló la sangre.

Por eso nunca quiso participar en esto. La CIA estaba al tanto de Nuevo Mundo. Si el cuerpo de inteligencia se lo or-denara, Kimiko actuaría, pero no así. Así lo hacía personal.

Sabía que tarde o temprano, se tendría que esconder junto a la detective pelirroja y la CIA no la podía ayudar.

Miraba a Lana fijamente. La mujer tenía valor, eso se lo concedió y era leal, aunque a la persona equivocada.

Sarah estaba tardando, volvió a mirar el reloj y hacía más de una hora que se había marchado. Soltó un sonoro suspiro algo que no pasó desapercibido para la mujer que estaba atada.

—Sarah no va a volver.

—Cállate.

Le escribió un mensaje a Sarah, para recordarle que todavía estaba aquí con Lana.

—Todos mis hombres están preparados para matar a Sarah Carlier, tú aún puedes escapar. Vete de aquí y me olvi-daré de ti.

—A cambio de esa generosidad querrás que te suelte.

En ese momento Lana sonrió, eso descuadró a la mujer asiática que la miró sin comprender. A sabiendas de que la mujer atada no iba a dar más información, Kimiko rebuscó en la chaqueta de Lana, con prisa metió las manos en todos los bolsillos hasta que lo encontró. Un chip localizador.

—Ya habrán empezado a buscarme.

Kimiko sorprendida por haber fallado en algo tan crucial, se enfadó.

Con la culata de su pistola dejó K.O. a la mujer atada. Dejó su móvil escondido y el chip localizador a la vista. Sabía que no podía avisar a Sarah. Solo podía esperar que la suerte le sonriera le como lo había hecho hasta ahora.

No sin esfuerzo, consiguió llevar a la mujer atada a su coche, la metió en el maletero sin ningún cuidado y salió de la escena.

Conduciendo sin un rumbo fijo pensó qué tipo de organización era Nuevo Mundo, poniendo localizadores a sus propios miembros o por el contrario, convencer a los miembros a renunciar a la libertad de poder moverse por donde sea y que siempre supieran donde estaba.

Volvió a suspirar, era de la CIA, tenía que pensar.

¿Por qué tomarse tantas molestias con Lexie Blake?

¿Quién es? Es solo una simple detective de homicidios… ya la había investigado. Era una ciudadana modelo, sí. Pero

¿Por qué ella? ¿Por qué no alguien con más importancia? , pensó para sí.

—¿Y si no fuera por Lexie?

Pensó en toda la gente que estaba a favor de Lexie, que la

estaba ayudando hasta ahora…

—Pamela Bannister es como Lexie, también la investigué.

¿Laura Kennedy? Es una agente del FBI, sí… Al saber que estaba con Lexie el FBI fue a por ella. ¿Elizabeth? Vale, Elizabeth habría sido un buen chivo expiatorio contra Blake si no fuera como de la familia. ¿Qué se me escapa?

Oyó sonidos en el maletero, Lana se estaba empezando a despertar.

—Espera un momento… Lana es compañera de Sarah.

Fue Lana quien la atrajo a Boston para que la buscara a Lexie. ¡Por eso se centraron en ella! Es la novia de Sarah…

Sabían que no podría resistirse a volver a Boston si Lexie estuviera en peligro.

Entonces Kimiko comprendió todo.

Esto no es por Lexie Blake, esto es por Sarah Carlier.

Tenía que encontrar a Lexie, ahora mismo donde estuviera ella estaría Sarah.

Sarah y Lexie volvieron con las primeras luces del día. La joven aún estaba devastada con la muerte de quien, hasta el momento, le trató mejor que su propia madre, incluso haciendo ese papel.

No sabía cómo se iba a enfrentar a Kate, o a Charlie…

Todo esto que estaba pasando era culpa de ella. Pamela había muerto defendiéndola y peor aún, había muerto porque le ayudó desde el primer momento.

Sarah informó de lo sucedido al equipo y ella escapó a su habitación. Se sentó en su cama, las lágrimas aún se desli-zaban por su cara sin permiso, su corazón estaba totalmente roto.

Una pequeña bola de pelo se sentó enfrente de ella, con una pequeña sonrisa y con mucho cuidado cogió al felino y lo puso sobre su regazo. Enseguida empezó a ronronear.

Fue Pamela quien le acompañó a la casa donde ocurrió la tragedia para recoger al animal. Pamela le ayudó a cui-darlo cuando se puso enfermo. Acariciar al gato la calmó momentáneamente.

—Bigotes…

Cuando la puerta de su habitación se abrió, ambos se sobresaltaron. Bigotes salió corriendo del regazo de Lexie para subirse de un salto a los brazos de Sarah, que entraba a la habitación.

Lexie se quedó mirando la escena: como Bigotes, un gato asustadizo en primera instancia, se ponía cómodo en los brazos de la morena.

—Traidor.

—No le digas eso—dijo Sarah—, nos hemos hecho amigos,

¿verdad, pequeño?

Sarah se sentó al lado de Lexie en la cama y puso el gato de nuevo sobre su regazo. La morena se quedó a su lado, en silencio mientras Lexie volvía a acariciar al felino que se iba quedando dormido por las caricias.

—¿Necesitas algo?

Lexie la miró y negó con la cabeza, aunque con una suave sonrisa.

—¿Quieres hablar?

—No sé de qué podría hablar ahora mismo, Sarah. Todo esto es culpa mía.

Sarah se puso en ese instante enfrente de ella, de rodillas acunó la cara de la joven negando con la cabeza.

—No, Lex. Nada de esto es culpa tuya.

—Sarah, está muerta porque decidió ayudarme.

—Pamela te quería como a una hija, jamás te habría dejado sola. Lo mismo pasa con Laura, con Beth… conmigo.

Ninguno te dejará sola. Pamela dio la vida por ti igual que lo haríamos cualquiera de nosotras.

—¡No quiero que nadie dé la vida por mí!—dijo alzando

la voz—, no quiero que nadie muera. Es lo mismo que pasó con Steven, todas estas chicas murieron por mí. Sufrieron y murieron por mí.

—Steven estaba loco, si no hubiera estado contigo, habría sido con otra. Lo sabes, Lex.

—No puedo perder a nadie más.

Sarah acarició la cara de Lexie borrando el nuevo rastro de lágrimas con suavidad, le mostró una pequeña sonrisa que calentó ligeramente el corazón de la joven.

—No lo harás. No puedo hablar por los demás, pero… prometo que nada podrá alejarme de ti.

—Gracias por estar aquí y siento… siento haberte golpea-do.

—Ambas sabemos que un par de golpes me merecía—dijo con una sonrisa.

—¿Te quedarías esta noche conmigo? – pidió Lexie con una pequeña voz.

—¿Estás segura?—ante el asentimiento de la otra, Sarah accedió—. Me quedaré, siempre.

Capítulo 22

La mañana llegó demasiado deprisa para Sarah. Después de dos años volvió a tener a Lexie entre sus brazos, solo necesitaba apoyo, lo sabía y ella estaba allí para brindárselo.

Observó atentamente el pelo oscuro de su acompañante, sabía que se lo teñía ella misma y un

pequeño mechón ro-jizo apareció mientras le acariciaba el pelo. Allí estaba, su pelirroja.

La chica que podía derretir hasta el corazón más frío con una sonrisa estaba aún allí, bajo una coraza fuertemente armada, sin fisuras, solo con dolor y traición en su interior.

Estaba profundamente dormida cuando, acariciándola, llegó hasta el vendaje de su abdomen.

¿Qué habrá llevado a Waller a dispararle?

Pamela vino a su mente, verla tirada en el suelo, con un disparo en la cabeza, sin vida. Le vino a la mente la muerte de Ailén, estaba allí mismo cuando vio su cuerpo caer. Aún le producía una gran angustia en lo más profundo de su ser ver sus últimos momentos. Agarrada a Lexie.

Su angustia se incrementó más cuando pensó en Pamela.

Dani, Joy, Ailén y Pamela. Personas importantes en su vida habían desaparecido para siempre. No podía permitir que Lexie corriera tan aciago destino. Miró y se dio cuenta que sus ojos totalmente despiertos la miraban atentamente.

—¿Qué te atormenta?

Sarah suspiró, pensó en mentirle, pero Lexie no se merecía más traición y menos por su parte.

—La muerte. Habíamos conseguido ser amigas. Pam y yo.

—Recuérdala como se merece, Sarah. Encontraremos a quien está detrás de todo esto. No puedo pensar en otra cosa.

Sarah se quedó mirando a la pelirroja, como si fuera un acto reflejo, le dio un beso en la frente, como tantas otras veces. Se asustó por un momento hasta que su acompañante la cogió de la camiseta e impidió que se alejara más.

—Si me mantienes aquí me será imposible no besarte.

—Pues bésame.

Y sin miramientos de ningún tipo, ambas buscaron el contacto a la vez, en un beso intenso, después de dos años sin verse, pero aun amándose como el primer día. Lexie fue la encargada de profundizarlo y Sarah se encargó de responder incorporándose encima de la otra.

Fue Lexie la que rompió el beso y se dio cuenta de su situación, la morena la miró a los ojos y supo exactamente en qué estaba pensando.

—No precipitemos las cosas, no tengo prisa.

Lexie correspondió con una sonrisa y un ligero beso y se levantó de la cama, con cuidado pues aún estaba dolorida de su herida.

—Oye, Lexie… ¿Puedo preguntarte algo?—vio como asentía—, ¿por qué no huiste?

—¿Huir?—dijo enfadada—, después de lo que le pasó a Pamela… ¿Huir, Sarah? ¡Soy policía! Detective de homici-

dios, doy voz a aquellos que la han perdido. Nuevo Mundo quiere destruir todo aquello por lo que he trabajado. Han manchado mi nombre, mi reputación… mi honor, Sarah.

¡Me lo están quitando todo! No voy a dejar nada ni a nadie atrás. Se metieron con la chica equivocada. No voy a vivir huyendo cuando no hay futuro que vivir. No sé irme sin mirar atrás, no como tú al menos.

—No hubo un día en que no pensara en ti.

—Sin embargo, nunca volviste, nunca llamaste.

—Estoy aquí ahora, estaré a tu lado hasta el final.

—Ya, también me prometiste que « siempre » estarías a mi lado. Tu palabra no vale nada, Sarah Carlier. Haz las maletas y huye. No mires atrás.

Lexie salió de la habitación dejando a la morena sola con sus pensamientos. La pelirroja tuvo

razón en todo lo que dijo. Pero el discurso de Lexie la llenó de determinación, luchará hasta el final, aunque eso le cueste la vida.

No voy a irme otra vez.

Kimiko Jones supo desde un principio donde se escondía Lexie Blake. En aquella casa, propiedad del banco que re-cientemente su equipo había okupado. Pasaban desapercibidas y no llamaban la atención. Era un sitio perfecto.

A unas pocas manzanas, se debatió si valía la pena el ries-go de llevar a Lana con Lexie. Si perdían su pequeña guari-da no había sitio donde ocultarse.

Miró a Lana, la había puesto unas vendas en los ojos y en la boca. Ciega y muda y aún así peligrosa.

Le cambió de ropa, le pasó un localizador por su ropa y la piel, no encontró ninguno más. La estudió hasta la última cicatriz de su cuerpo.

No sabía hasta dónde podía llegar Nuevo Mundo, tampoco quería descubrirlo.

Se armó de valor, y cuando cayó la noche se acercó al piso, forzó la puerta y se dirigió al último y llamó a la puerta.

Un minuto entero pasó, no hubo ningún movimiento. La asiática frunció el ceño y volvió a llamar, cuando la puerta se abrió tres cañones de pistola la apuntaban firmes.

—Bajad eso.

—¿Kimiko?

Fue Sarah la primera que bajó su arma dejándola entrar, Elizabeth Carlier y Laura Kennedy siguieron su ejemplo respirando aliviadas.

La mujer se acercó a Lexie dejando caer a Lana a su lado.

—Te traje un regalo.

—Fui al piso a buscarte—se adelantó Sarah—, sufrí una emboscada.

—Tenía un localizador, no lo encontré en el primer registro. Tranquilas ahora, busqué hasta el último rincón de su cuerpo. Aparte de nosotras y Pamela, nadie sabe que estáis aquí.

Lexie se acercó a la mujer arrodillada y le quitó la venda de los ojos, los ojos marones de Lana Stewart que empezó a mirarla directamente. Se arrodilló y se puso a su altura.

—Pamela murió, Kimiko—dijo Lexie mirando a Lana—.

Ellos la mataron.

Lana sonrió, aun podía ver el sufrimiento en los ojos de la detective, pudo ver esa herida que no sanaría nunca.

—Sonríe cuanto quieras Stewart, jamás saldrás viva de aquí. Encerradla.

Laura se llevó a Lana a un pequeño cuarto, lo utilizaban como pequeño trastero, sin luz y sin ventanas, custodiarían a Lana en completa oscuridad.

Mientras, Kimiko se acercó a la detective agarrándola por los hombros, desde que Lexie le ayudó a escapar y le ayudó a poner a salvo a Ava, Kimiko sentía una gran lealtad hacia la mujer.

—¿Cuándo fue?

—Hace unos días…Fue engañada por Morales. Supongo que fue ella quien la mató.

—No—intervino Sarah—, Morales ya estaba muerta cuando mataron a Pamela. Lana estaba con Kimiko.

—Quien fuera que la matara, no iba a por Pamela. Iba a por ti—dijo la asiática mirando a Lexie. Se acercó a la pizarra donde estaba toda su información—. Pongámonos a trabajar. ¿Habéis encontrado algo nuevo?

Decidieron investigar por grupos las diferentes ramas de las organizaciones en las que Nuevo

Mundo se podía haber infiltrado.

Sarah y Laura investigaban todos los nombres que aparecían como policía y el FBI.

Elizabeth investigaba todo el mundo de la política, a su vez, siendo uno de los más difíciles porque todos los políticos mienten. Una de las cualidades de la militar, era su gran capacidad de calar a la gente.

Kimiko quiso que Lexie le ayudara con el ejército. Al principio hubo una discusión en la que Elizabeth y Sarah deberían investigar el ejército, por haber formado parte de él.

Todo se calmó cuando Lexie expuso que necesitaban la objetividad total. Eso pareció calmar a los demás.

—Eres experta en calmar los ánimos.

—Solo son perros que ladran. Tuve perro toda mi infan-cia—le dijo Lexie con una sonrisa—. ¿Dónde está Ava?

La mueca de media sonrisa que le había regalado a Lexie enseguida desapareció, la mención de la joven le dolió. Ava quería ayudar y Kimiko la tuvo que alejar. Esto no era un juego, esto era realmente peligroso. Puede que el éxito de esta misión requiriera la vida de alguna de las personas que estaban en esta sala y que requiriera la vida de Ava cuando

más de una vez estuvo a punto de morir, no lo podía permitir.

Lexie vio el cambio de su actitud y aunque su cara, como buena espía estaba desprovista de emociones, pero sus ojos solo mostraron dolor.

—¿Qué pasó?

Kimiko se había decidido ayudar a Sarah a capturar a Lana, a su parecer, una misión totalmente suicida.

La estuvo espiando, siguiendo… noches enteras de vigi-lancia frente a su casa para intentar adivinar su rutina, este tipo de misiones, de capturar a alguien tan peligroso de una forma efectiva se necesitan meses. Kimiko no tenía ese tiempo.

Cuando por fin se decidió a hacerlo, pensó en Ava. Aquella chica que sin que pudiera evitarlo, le robo totalmente el corazón y se enamoró perdidamente de ella.

Nunca pensó demasiado en lo que supondría para Ava estar con alguien como ella, una espía, primero iba su trabajo y después su vida personal. Alguien infiltrado en las peores situaciones posibles. Con el peor tipo de calaña.

Desde el secuestro, Kimiko no tuvo ninguna misión de infiltrado, aunque sabía que la tranquila situación de tranquilidad no duraría.

Ayudaría a Lexie y a Sarah hasta el final. En cuanto Nuevo Mundo notara su presencia, todo lo que Kimiko conoce estaría en peligro.

Incluyendo a Ava.

Llamó a Ava un día antes de la captura. Habían decidido pasear por el parque, Ava se enebró a ella como siempre y mostró una sonrisa de felicidad. Le consoló momentáneamente que esa felicidad era provocada por ella.

—¿Dónde te has escondido últimamente? ¿Alguna misión súper secreta?

—Algo así—dijo con un aire de tristeza.

—¿Qué pasa?—Ava paró sus pasos e hizo que Kimiko la mirase—. ¿Qué no me cuentas?

—¿Esto va algún sitio?—dijo señalando entre ellas—.

¿Vamos algún lado?

—Dime una sola razón para que esto no vaya a ningún sitio.

—Soy espía, me infiltro en las peores bandas del mundo.

—Lo sé, pero no es una razón suficientemente buena, Kimiko—dijo enfadada.

—¿Qué pasará cuando mi tapadera requiera algo más?

Una relación, con quien sea. Infiltraciones que no solo duran meses, sino años. Infiltraciones que al verte por la calle no me puedas ni saludar, que tu sepas fingir que no me conoces.

—¡Me puedes enseñar para todo eso!

—No quiero enseñarte nada Ava. He puesto demasiado en peligro para estar contigo. Me pregunto si ha merecido la pena.

Ava dio un paso atrás, como si las últimas palabras de Kimiko realmente la hubieran dado un golpe. Sus ojos se llenaron de lágrimas, a la asiática se le rompió el corazón, tenía que dejar a Ava, pero ¿era necesario esa crueldad?

—Ava, te quiero, nunca pienses lo contrario—se acercó y la cogió de las manos—, pero...

—Te quiero, pero…—dijo cortándola y alejándose de Kimiko—, esa es la frase perfecta para cortar con alguien.

«Te quiero, pero», eso es lo que dicen cuando realmente ya no te quieren.

Eso fue lo último que dijo Ava antes de dar media vuelta y marcharse de allí, Kimiko miró hacia arriba, aguantan-do las lágrimas además de ignorar la presión recién for-mada en su pecho. Miró a Ava, que se alejaba hasta cruzar una calle y desaparecer.

Una parte de ella deseaba correr tras ella, alcanzarla y contarle todo. Sin embargo, se dio la vuelta y continuó con su misión.

—Fui demasiado cruel.

—Ojalá yo lo hubiera sido, puede que Pamela siguiera viva.

Kimiko miró a Lexie con determinación, con aún un per-sistente dolor en sus ojos.

—Pamela, Sarah, Laura, Elizabeth e incluso Ailén, somos adultas para saber que esta misión requerirá nuestra vida.

Ailén y Pamela son las muestras de ello, no quieres que nadie muera, pero no puedes proteger a todos. Somos policías, agentes, militares y espías. No estudiantes de criminología que le van contando a todo el mundo que su pareja es de la CIA. Nosotras decidimos estar aquí.

Capítulo 23

Al otro lado del país, dos mujeres estaban mirando un caso de un asesinato en una de las áreas más tranquilas de Los Ángeles. Un asesinato de un hombre aún desconocido había aparecido en la bahía con un balazo en la cabeza y mutilado.

Una de ellas, Katherine Banner, con tez morena, semejante al color café con leche. Alta y en buena forma se cernía sobre la mesa de su compañera, todo lo contrario, a ella, ya que era rubia, con ojos azules y más baja cuyo nombre es Charlotte Madden, Charlie como todo el mundo le llamaba.

Ambas miraban la foto del mutilado cadáver con una mueca en sus ojos.

—Es asqueroso.

—¿Crees que sus ojos eran bonitos y por eso se los quitó?—, dijo Charlie a su compañera.

—Eres una perturbada, Madden.

—¿Qué nos dijo Lexie una vez? Para atrapar a un asesino hay que meterse en su mente.

—Lexie puede meterse en la mente de cualquier psicópata

y seguir siendo dulce. No podemos fiarnos de ella.

—En vez de hacer esto, deberíamos estar ayudándola—

dijo la rubia enfrentando a su compañera con una mueca de enfado.

Kate cogió a su compañera del brazo y la llevó a un lugar apartado de la comisaría, donde todo el mundo las vería hablar, pero nadie podría oírlas disimuladamente.

Charlie se zafó del agarre de su compañera y la encaró, enfadada por la forma de tratarla tan brusca.

—Charlie, baja la voz. Si alguien se entera de que seguimos en contacto con Lexie quién sabe lo que podría pasar.

Además de que Lexie Blake ahora es una de las policías más buscadas.

—Vamos, no mató a John Seller, ni tampoco a Alison Woods, lo sabes.

—Yo lo sé, tú lo sabes… Incluso la Teniente McGrath lo sabe, pero nosotras no podemos hacer nada.

—Jamás nos pedirá ayuda, Lexie es como nuestra hermana, la hemos dejado sola.

—No está sola, está con mi madre y con… Carlier, acaba-mos de hablar con ella.

—Carlier la quiere detener, Kate.

—Sarah Carlier está en Boston para ayudarla, no para detenerla—dijo con una sonrisa.

Ambas se quedaron quietas y totalmente mudas cuando un carraspeo sonó a su lado. Miraron hacia el sonido y vieron a la teniente McGrath, estudiándolas detenidamente.

Con su traje negro, su melena negra embarcando su rostro y sus ojos azules, los cuales se clavaban en las jóvenes detectives, sin embargo, una media sonrisa asomó en sus labios.

—Teniente...

—No quiero saber nada de lo que están ustedes hablando, Madden, quisiera saber si ya tienen la identidad del cadá-

ver en la bahía.

—Aún no, señora, hemos mandado sus datos, estamos a la espera de que nos manden el archivo.

—¿Y sabemos algo de la autopsia?

—Sí, señora—empezó Kate—, murió a causa de un disparo en la cabeza, aún así también podemos determinar que fue torturado ya que los ojos se los extirparon cuando aún estaba vivo.

McGrath se quedó pensativa durante unos minutos… las dos detectives la miraban mientras se preguntaban qué estaría pensando cuando volvió la vista hacia ellos.

—Vuelvan a su puesto, en cuanto sepan la identidad de este John Doe quiero que me informen y…—dijo acercándose—, no cuchicheen sobre la detective Blake en un lugar dónde cualquiera puede escuchar.

Con eso, la teniente se fue hacia su despacho sin dedicar una segunda mirada a las dos detectives, que volvieron a su puesto sin mediar palabra entre sí, pero en sus ojos se mostraba una pregunta… *¿De qué parte está?*

Fue después de su descanso cuando llegaron los informes que esperaban. Kate cogió el de la identidad del desconocido mientras que Charlie cogió y verificó el informe de balística.

—El desconocido se llama Liam Brown. Es un… soldado del ejército, condecorado y con una hoja de servicios impecables. ¿A quién cabreó tanto como para que le hicieran algo así?—Kate dijo mientras que Charlie se sentó en su silla—. ¿Charlie? ¿Qué dice el informe de balística?

—Hay una coincidencia, la bala salió de una pistola que está registrada.

Kate, sabiendo lo que se esperaba, cogió el informe de las manos de Charlie, al ver la cara de su amiga y compañera

sabía perfectamente a nombre de qué nombre estaba registrada la pistola que mató a Liam

Brown.

—Esto está mal, ¿verdad? Tiene que estar mal, Kate.

—La pistola de 9mm está registrada al nombre de Lexie Blake…

—¿Qué vamos hacer? No podemos informar a McGrath.

—No nos podemos guardar esto, Charlie.

—No sabemos de qué parte está, Kate. No sabemos si podemos confiar en ella.

—¿Y qué sugieres?

—Llamemos a tu madre.

—¿Para qué? Aunque ella pueda hacer algo, es detective de Boston, no tiene jurisdicción en California… Hay que informar a McGrath, además, ahora es un caso federal al cruzar la frontera del estado.

Charlie finalmente asintió, ambas con informe en mano, se dirigieron hacia el despacho de la teniente McGrath. La puerta estaba abierta, así que en silencio entraron y cerraron la puerta tras de sí.

La teniente se les quedó mirando muy bien sin comprender, hasta que al ver sus semblantes serios y los informes en su mano comprendió que no eran buenas noticias.

—A juzgar por lo que veo, no es nada bueno.

—Hemos identificado a la víctima, se trata de Liam Brown, un soldado condecorado y con una buena carrera militar y balística…

—Balística ha confirmado que la bala pertenece a la detective Lexie Blake, ¿me equivoco?

Ambas detectives miraron atentamente a la teniente, se acercó a la ventana y cerró la persiana, haciendo totalmente imposible que vieran a través.

—Lo que os voy a contar ahora… tiene que quedar entre nosotros. Si queréis no participar, podéis salir ahora y esta conversación no ha pasado. Si os sentáis, no habrá vuelta atrás.

—Nos quedamos, teniente—dijeron a la vez y se sentaron.

La teniente sonrió y empezó a sacar informes de un cajón que tenía bajo llave. En total había seis carpetas, las abrió y se las enseñó a las detectives.

—En estas carpetas, contando con Liam, hay dos militares, un juez, un agente de policía de comisaría 17, un político y por último una viuda que ayudaba a la familia y a los soldados que padecían TEPT.

—Son « buenas » personas, por decirlo de alguna manera, ayudaron a la sociedad.

—Por eso, nunca creí que Lexie Blake cometiera tales asesinatos.

—¿Por qué el FBI no lleva el caso?—preguntó Kate.

—Lo lleva—dijo la teniente con una sonrisa—. Sarah Carlier está allí, ¿verdad? Y ahora que está allí para detenerla.

Lo cual no es cierto, puesto que estoy segura que la ayudará. Nadie con dos dedos de frente pondría a un agente a buscar y detener a alguien con quien estuvo involucrado emocionalmente en el pasado.

—¿Entonces?

—Entonces… están probando su lealtad. Me temo que, si no es fiel a lo que el FBI busca, la matarán.

—¿El FBI mataría a uno de sus agentes?—preguntó Charlie sin comprender.

—El FBI no, Nuevo Mundo.

—¿Nuevo qué?—preguntaron ambas detectives.

La teniente McGrath con una sonrisa, miró a sus agentes y suspiró.

—Os tengo que poner al día con muchas cosas.

Cuando salieron del despacho, ambas estaban satura-das de información, no entendían como algo como Nuevo Mundo fuera a por una simple detective de Boston como Lexie Blake. No tenía ningún sentido. Era un policía, al fin y al cabo.

Kate miraba atentamente la foto de Liam Brown. *Le arrancaron los ojos… Esto tiene que ser algo personal.*

La teniente McGrath les dijo que investigaran el caso como otro cualquiera, Lexie Blake estaba fugada y es posible sospechosa, aunque para ella no lo fueran.

—¿Qué haríamos si fuera un caso totalmente normal?—

preguntó Kate.

—Hablaríamos con la familia, para informarle y no sé… lo de siempre.

—Bien, pues hagamos lo de siempre—dijo con una sonrisa.Ese mismo día fueron a ver a la familia de Liam Brown.

Como sale en las películas, en un barrio residencial, la casa de los Brown era blanca, de dos plantas, con un porche y en la esquina colgaba la bandera de los Estados Unidos.

Ambas cruzaron la valla blanca y pasaron por un esbelto jardín verde, las baldosas guiaban hacia las escaleras y la casa estaba rodeada por una fila de flores, rosas, amapolas, algunas hierbas aromáticas como la lavanda… todo limpio y bien cuidado.

—¿Típico sueño americano?—dijo Charlie.

—Todo esto les dará igual cuando les demos la noticia de su hijo.

Cuando entraron en el porche, fue Kate la que se dispuso a llamar a la puerta. Apenas unos golpes después, una señora mayor, con el pelo canoso, ojos marrones dulces, y unas pocas arrugas aparecieron alrededor de su boca ante la amable sonrisa que les mostró.

—¿Señora Brown? Somos la detective Bannister y mi compañera la detective Madden, de la policía de Los Ángeles.

La señora asintió y abrió más la puerta, mostrando de nuevo la sonrisa, les dio la entrada en su casa y ambas detectives entraron, encontraron a un hombre sentado en el sofá de la sala de estar, miró a las dos mujeres con una clara pregunta en sus ojos, igualmente marrones que los de la señora.

—Cariño, son de la policía de Los Ángeles.

—¿Qué desean?

—Lamentamos comunicarle que el cuerpo de su hijo Liam ha sido hallado en la bahía.

La señora, que se había situado al lado de su marido, se le llenaron los ojos de lágrimas y comenzó a llorar, mientras su marido la abrazaba con fuerza.

Se sentaron, en la sala de estar, los señores Brown se aga-rraban las manos, aún asimilando la noticia. Mientras Kate y Charlie los miraban, intentando contestar a las preguntas de los afligidos padres.

—¿Quién ha sido? ¿Cómo ha pasado?

—Aún estamos investigando el caso, señor Brown. No podemos decirle más.

—¿Podríamos verlo?

Kate asintió cuando la mujer se levantó hacia una de los estantes, cogió una foto y se la tendió a la detective rubia.

—Después de todos los despliegues, y habiéndolo pasado tan mal en el último… morir aquí, en casa… No es justo.

—¿Es posible que tuviera problemas? ¿Estrés postraumá-tico?

—Iba al psicólogo, pero estaba bien, ayudaba a muchos otros soldados que volvieron tocados en los despliegues.

—¿Conocen a alguien que pudiera tener problemas con él?—No… Liam se estaba dedicando a ayudar a todos los que

podía, él… era bueno. Siempre me prometió que la guerra no cambiaría su humanidad. Mantuvo su promesa. Siempre fue bueno.

Charlie miraba atentamente la foto, cuando se la tendió a su compañera señalando un punto concreto en la foto.

Cuando Kate la vio, miró a Charlie con sorpresa. Al ver sus caras, el marido habló de nuevo.

—Esa foto es de su último despliegue.

—¿Podríamos quedarnos la foto? Nos ayudaría en la investigación… la policía se pondrá en contacto con ustedes cuando puedan ver el cuerpo de Liam.

Salieron de la casa y se metieron en su coche, Charlie se sentó en el asiento del conductor y condujeron de nuevo hacia la comisaría.

—Llamaré a la forense para que prepare el cuerpo de Liam, que le tape los ojos o algo, esta familia no merece más sufrimiento.

Se pararon en un semáforo y Charlie volvió a coger la foto de la unidad de Liam.

Hablaremos con la teniente, y averiguar por qué Sarah Carlier aparece como comandante de misión… Liberia.

2008.

Capítulo 24

Kate y Charlie habían sido compañeras desde siempre, siempre juntas, codo con codo. Después con Lexie en el equipo, habían sido inseparables, las tres eran hijas únicas en su familia, allí encontraron a sus hermanas, su unidad. Capaz de dar la vida por la otra sin dudarlo, como hizo Lexie con Kate, encajando la pelirroja aquella bala que sin duda habría matado a la morena.

Kate a Lexie le debía algo más que su amistad incondicional, su lealtad, le debía su vida.

—Hay que intentar exculpar a Lexie.

—¿Y cómo quieres hacerlo, Charlie?

Con una sonrisa, la rubia miró a su compañera.

—Trabajo policial, Kate. Trabajo policial—dijo alargando la última sílaba.

—¿Y cómo piensas hacer ese trabajo policial?—replicó imitando el tono de la morena.

—A la antigua usanza, pateando las calles.

Ambas policías fueron a la escena del crimen y alrededores. Charlie se quedó observando la escena. Solo las cintas

amarillas de la policía indicaban que algo horrible había ocurrido allí. Cualquier prueba forense que pudiera exculpar a Lexie Blake habría desaparecido, arrastrada por la marea para perderse para siempre en la inmensidad del mar.

Esto será difícil, pensó Charlie.

—Habría que pasar por todos estos locales y pedir las grabaciones de la noche del crimen—habló Kate, al ver que su compañera solo asintió con la cabeza mirando al mar, le dio un toque obligándola a mirarla—. ¿Qué pasa?

—No puedo evitar preguntarme si algo hubiera cambiado si la hubiéramos convencido para quedarse. Si se hubiera quedado aquí, en lugar de irse a Boston.

—No podemos pensar eso, esa decisión ya se tomó, Charlie. Si lo hubiéramos conseguido, el

mundo se estaría destruyendo como ahora. Sin embargo, sin saberlo. Por lo menos, ahora somos conscientes para evitarlo.

Charlie suspiró con un toque dramático que hizo sonreír a su compañera.

— ¿Y si no encontramos nada?

—Seguiremos buscando.

Pidieron las cámaras de todos los comercios en los que sus grabaciones podían captar algo. Horas de grabaciones.

Pusieron a varios agentes trabajando en ello. Filtraron hacia la hora de la muerte y empezaron a partir de ahí.

—Nada de momento—dijo Kate, frotándose los ojos.

—Venga, una hora más y te invito a un café.

La morena sonrió y continuó visionando las cintas, no veían ni a la víctima ni a nadie que se acercase a la bahía.

Estaban a punto de cerrar los ojos cuando un hombre que salía de la bahía apareció, una media hora después de la hora de la muerte.

—Amplía eso —indicó con un dedo, señalando a la pantalla—. ¿Es… lo que creo que es?

El hombre de la imagen salió de la bahía con un arma en la mano, que enseguida escondió bajo su cazadora.

— ¡Es él! —exclamó Charlie—. Claramente no es Lexie.

—Debemos ir a contarle todo a McGrath. Si hay alguna forma de exculpar a Lex es esta.

Entraron en el despacho de McGrath y cerraron la puerta tras de sí. La teniente miró a las detectives con una ceja perfectamente perfilada arqueada, y con los ojos azules fijos en ellas.

—Teniente, tenemos noticias sobre el caso de Lexie.

—Comiencen.

Le contaron todo sobre la foto de Carlier donde aparecía la víctima, el hombre que salía de la bahía armado y al que no pudieron identificar por la mala calidad del vídeo.

La teniente, pensativa, se quedó mirando sus botas, miró a sus agentes y ambas tenían una expresión de esperanza por la posible inocencia de su amiga.

—No podemos exculpar a Lexie con esto—sentenció la teniente.

— ¿Qué? —exclamaron a la vez.

—Chicas, todo esto es circunstancial.

—Sabemos que Lexie no lo hizo.

—Lo sé.

—Y sabemos que la están intentando culpar por todo.

— ¡Lo sé! —suspiró—. Eso no quiere decir que todo esto siga siendo circunstancial y más sin poder identificar a este hombre— dijo señalando la foto del hombre armado.

— ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados!

—Y no lo vamos a hacer— dijo la teniente con una sonrisa—. Haced las maletas, Lexie Blake necesita más ayuda de la que piensa. Nos vamos a Boston.

— ¿Vamos a irnos? — preguntó Charlie, dubitativa.

Ante esa pregunta, la teniente dejó todo lo que estaba haciendo para mirar a las detectives fijamente.

—No es obligatorio, podéis quedaros aquí, esto es serio, chicas. Vamos a enfrentarnos a algo que no sabemos cómo es ni el alcance que tiene. No es necesario que vengáis, podéis quedaros aquí.

—Lexie nos necesita, yo voy— sentenció Kate.

— ¿Hará frío en Boston? — dijo su compañera con una sonrisa.

—No se hable más, id a casa a prepararos.

Ambas salieron de la comisaría con la adrenalina corriendo por sus venas, por lo que estaban a punto de enfrentarse. Aun así, caminaban contentas hacia sus respectivos domicilios.

— ¿Quieres que te lleve una pizza a casa y vamos juntas mañana?

—Claro, te prepararé el… —se cortó al recibir una llamada—, espera, ¿sí? Sí, soy yo…

Kate en ese momento se paró y miró a Charlie, la rubia vio cómo su amiga y compañera iba perdiendo el color de la cara y una expresión de puro dolor aparecía.

—Va… vale, gracias— finalizó la llamada—. Eran de la comisaría de Boston… mi madre…

—Kate, ¿qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Pamela?

—Charlie, mi madre ha muerto.

Lexie Blake estaba furiosa, jamás se había sentido tan furiosa como en ese momento. Kimiko le contó lo que sospe-chaba; al principio le chocó, no lo entendía. No le cuadraba, pero cuanto más pensaba, más sentido le encontraba a todo.

¿Pero quién? ¿Por qué? ¿Por qué la atacaban a ella?

Eran preguntas a las que Lexie todavía no le había encon-

trado respuesta.

Aprovechó el silencio y la oscuridad de la noche cuando se presentó frente a la puerta donde estaba encerrada Lana Steward.

Sea quien sea, creo que va a por Sarah.…

Eso la enfureció. Se deslizó dentro de la oscura habitación y, al encender la luz, asustó a la prisionera que yacía dormida dentro. Se fijó en su cara, amordazada y atada, y aun así Lana tenía una mueca de superioridad.

Lexie se puso a su altura, había una rabia interior en Lexie que le hizo golpear a su prisionera. Sonrió al arrebatarle la expresión de superioridad por otra de sorpresa. Le quitó la mordaza de tela de la cara y le preguntó:

— ¿Quién está detrás de todo esto?

Lana no contestó.

— ¿Quién es tu jefe? ¿Quién es el líder de Nuevo Mundo?

—Nunca te voy a decir nada, Lexie— dijo sonriendo—, para que un mundo nuevo y mejor pueda existir, el antiguo debe arder. Estoy de acuerdo con eso.

— ¿Y qué pasa con todos los inocentes que matáis por el camino?

—En la guerra hay daños colaterales

— ¿Y quién es el daño colateral, Sarah o yo?

—No sois daños, solo objetivos— dijo con una sonrisa—, no voy a decir ni una palabra más.

Lexie sonrió cuando le ató con más fuerza la mordaza en la boca.

— ¿Sabes? Hace unos meses, jamás se me habría pasado por la cabeza hacer algo como esto—, dijo mientras se ponía detrás de Lana—. Pero me estáis intentando quitar todo lo que amo. De momento lo estáis consiguiendo.

Cogió una de las manos de Lana y le acarició las uñas.

—Produce un inmenso dolor introducir cualquier cosa fina entre la uña y la carne, es una tortura, Lana. Por suer-

te para ti… tengo una aguja aquí conmigo —explicó, enseñándosela—. Me vas a contestar a todo lo que te pregunte.

Cuando te quedes sin uñas… bueno, la inquisición española me ha dado bastantes ideas.

En ese momento, Lexie introdujo la aguja dentro de una de las uñas de Lana, presionando firmemente, llegando a desprender la uña de la carne.

— ¿Quién es el líder? —preguntó Lexie, mientras Lana soltaba un grito de dolor, silenciado por la mordaza que tenía puesta. —Tengo toda la noche, «agente Steward».

Sarah despertó de golpe, una pesadilla la atormentaba, produciendo que una fina capa de sudor perlara su frente.

Notó un peso ligero y suave encima de sus piernas y unos ojos azules le devolvieron la mirada.

— ¿Qué haces aquí, enano? Te voy a devolver a tu mamá.

Cogió al pequeño gato, que la correspondió con un lindo maullido que hizo sonreír a la morena. Mientras se iba acercando a la habitación de Lexie vio la puerta abierta y ni rastro de la chica en su interior.

Dejó al gato en el suelo y fue al baño. Allí tampoco estaba, Sarah miró hacia la puerta donde estaba Lana y apoyó la oreja. Pudo oír la voz de Lexie y entró en la habitación sin dudar.

— ¿Estás ya dispuesta a hablar?

Caían lágrimas por la cara de Lana y tres uñas ensangren-tadas se presentaban frente a ella.

— ¿Pero qué coño estás haciendo?

—Conseguir respuestas—dijo volviendo a introducir la aguja en otra de las uñas.

Sarah, enfadada, cogió a Lexie del brazo, sacándola de la habitación y cerrando la puerta para que Lana no viera nada. Se encaró con Lexie, que seguía igual de enfadada.

— ¿Conseguir respuestas? ¿Te parece el mejor modo, tor-turarla?

— ¡No he conseguido nada!

— ¡No lo vas a conseguir! Se formó en el FBI, aguantaría cualquier tortura, nunca hablará.

— ¿Por qué gritáis tanto? —Elizabeth salió de su habitación con el pelo revuelto.

Todos estaban ya despiertos por los gritos de Lexie y Sarah, la morena señaló la puerta donde estaba cautiva Lana y la hermana entró y se dispuso a curarle las heridas dejando la puerta abierta.

—¿Desde cuándo torturamos a la gente? ¿desde cuándo nos ponemos a su nivel?

—¡Ellos no dudarían en hacerlo, Sarah!

—No somos como ellos.

Lana sonreía mientras disfrutaba del espectáculo, aún su-fría por la tortura que la detective le había infligido, pero toda ella merecía la pena para ver a todo este grupo caer.

—Es una pena que Pamela Bannister se esté perdiendo esto.

—¿Cómo dices? — preguntó exaltada Lexie.

—Cállate, Lana.

Sarah fue a amordazarla de nuevo cuando fue la propia Lana la que gritó antes de que la morena tuviera la oportunidad de silenciarla.

—¡Nosotros la matamos!¡Yo la maté!—dijo con una gran sonrisa.

Todos se quedaron en silencio tras la declaración, Lana sonreía amplia y genuinamente al ver la sorpresa en el rostro de aquellas mujeres.

Sarah se había quedado a medio camino para amordazarla y Lexie desapareció camino a su habitación, volviendo segundos después con el arma en la mano, apartó a Sarah y disparó a Lana en la frente, matándola al instante.

La sangre salpicó a la cara de Elizabeth que estaba en estado de shock, Sarah se giró poco a

poco para ver a Lexie y el humo saliendo del cañón de su revólver hasta desvane-cerse poco a poco en el aire.

Durante un minuto nadie dijo nada.

—¿Quién eres?

—Soy aquello en lo que han convertido ¡Lo que hacen es monstruoso!

—Y crearon un monstruo.

Lo siguiente que oyó fue el portazo que dio la joven detective al encerrarse en su habitación.

Elizabeth se acercó entonces a su hermana con cara de pocos amigos, al verla acercarse así, Sarah puso un dedo enfrente de sus labios indicando que no quería oír nada por su parte. Su hermana hizo caso omiso de su petición.

—La estás viendo, estás viendo como está. Llamarla monstruo no la ayuda, necesita apoyo.

—¡Kimiko, Kennedy, tú y yo! Todas estamos aquí, todas estamos ayudando y por eso todas tenemos una diana en la espalda. Por mucho que le afecte lo que está sucediendo o la muerte de Pamela no es excusa para convertirnos en asesinos. ¡No lo es!

—Será mejor que descansemos—intervino Kimiko—. Mañana nos ocuparemos del cuerpo de Lana.

Todas asintieron, de acuerdo, solo desearon que mañana el día fuera algo más fácil.

Estaban equivocadas.

A la mañana siguiente, Kimiko limpiaba la sangre de Lana mientras su cadáver ya estaba envuelto en una cortina de ducha.

Sarah se acercó y Kimiko señaló la cortina.

—Necesitamos otra.

La morena suspiró asintiendo, se dirigió a la cocina y re-visó si faltaba algo que necesitara conseguir en la misma salida.

Estaban bastante bien abastecidos, todos menos el gato, apuntó la marca que compraba Lexie y salió a comprar.

Estaba nevando, era una de esas frías mañanas de Boston, la morena se encogió en su chaqueta de piel marrón y paseaba pensando en la noche anterior, se arrepintió de sus palabras. Su exnovia no era ningún monstruo.

Era una tarde soleada y calurosa, Sarah y Lexie estaban descansando en la sala de estar. Una jugaba con su móvil mientras que la otra leía tranquilamente un libro. Podían estar así juntas sin necesidad de hacer nada, simplemente compartiendo su espacio.

Sarah observó como Lexie, lentamente se acercaba para mirar la mesa y después volvió a su posición inicial.

Sarah miró la mesa y vio una pequeña araña posada sobre ella. Cogió su libro lista para aplastarla cuando la pelirroja habló.

—Como la mates, no te hablo en un mes.

—Lexie, esa pica.

—Esa pequeña araña nos ha elegido como compañeras de piso. Nos está haciendo compañía.

—Ya, claro—dijo sonriendo—, la cucaracha de hace un mes nos eligió como compañeras de piso y me pediste que la matase.

—Tú la acompañaste amablemente hacia la puerta y se fue. No mates a la araña.

—Acompaña a este bicho a la puerta, por favor.

Sarah sonrió al recordar como Lexie sacó a la araña de la casa, vino con una gran sonrisa y

sabía que era incapaz de matar a un ser vivo. Cada vez que disparaba su arma hacía una persona, Lexie se martirizaba.

—No es ningún monstruo.

Iba sumida en sus pensamientos y no se dio cuenta de que un hombre la seguía. Cuando se acercó a un callejón, aquel hombre la arrastró hasta el estrecho camino. La atacó gol-peándola en el estómago con la fuerza suficiente para sacar el aire de sus pulmones.

Fue a por su arma, pero por culpa de la sorpresa y el golpe el hombre fue más rápido. Le arrebató el arma y le golpeó con ella en la cara.

Notaba como la sangre salía de su ceja, ahora rota, man-chando de rojo el blanco impoluto de la nieve que les ro-deaba.

Miró al hombre y pudo forzar una sonrisa.

—Morgan.

—¿Dónde está Lana? —preguntó enfurecido—. Sé que vo-sotros la tenéis. ¿Dónde está?

—En algún lugar de Boston. Pudriéndose a dos metros bajo tierra.

La agente notó como una mirada de dolor cruzó el rostro de Morgan Blake. Sarah sonrió con satisfacción.

—No me digas que he matado a tu novia.

—¿La has matado tú?

—Ojo por ojo. Lana por Ailén.

—¡Puta!

Morgan, loco por la rabia y el dolor, golpeó a Sarah bru-talmente, la sangre salpicaba en la nieve y en la pared del callejón.

Sabía en ese instante que iba a morir. Notó como sus costillas se fracturaban, el sabor a hierro en la boca. Pudo de-fenderse de algunos golpes. Pero la ira del hermano de Lexie era brutal y desenfrenada.

En un momento dado, los golpes cesaron. No pudo abrir los ojos, pero sí oyó sus últimas palabras.

—Tengo prohibido matarte, pero no será culpa mía si mueres congelada.

Dicho esto, propinó a Sarah un último golpe que la dejó inconsciente. Él la abandonó allí, dejando que la nieve la tapara suavemente, dejando a Sarah Carlier bajo un impoluto manto blanco.

Elizabeth estaba preocupada, daba vueltas por la habitación, angustiada. Le temblaban las manos, se le llenaban los ojos de lágrimas, estaba aterrada de que le hubiera pasado algo a su hermana.

—Tranquila, Beth, seguro que se ha entretenido con algo.

—No, ya lleva dos horas fuera, le ha pasado algo, Kimiko.

Lexie salió de la habitación seguida por el pequeño felino, fue a darle de comer cuando se dio cuenta de que habría que comprar más.

Se dirigió a la sala cuando vio a Elizabeth en ese estado.

—¿Qué ocurre?

—Sarah, salió a comprar comida para el gato y otra cortina. Aún no ha vuelto. Hace dos horas de eso.

Lexie no lo dudó ni un instante.

—Voy a buscarla.

—No—dijo Laura—. Iré yo. Tu eres de las más buscadas.

Si te ven, te detendrás o te matarán. Iré yo.

—Iremos nosotras dos —intervino Kimiko—. Haremos las dos rutas diferentes. Avisaremos cuando sepamos algo. La encontraremos.

Se separaron cuando salieron del piso franco haciendo las dos rutas, la calle estaba cubierta por unos diez centímetros de nieve. Imposible encontrar huellas.

El frío calaba hasta los huesos. Laura Kennedy adoraba los días así, era el día perfecto para quedarse en casa y ver como la nieve cubría las calles de blanco.

Miraba el suelo, intentando encontrar alguna pista. Pero con esta capa de nieve no veía nada que pudiera ayudarla para encontrar a la detective.

De camino a la tienda, había un callejón. No había nada en él. De todas formas, la capa de nieve era menor en un montón a un lado. Al entrar, Kennedy cayó al suelo de bru-ces, maldiciendo su torpeza, echó la vista atrás para ver con que se había tropezado.

Fue en ese momento, cuando vio unas botas de motorista bastante familiares.

—Joder.

Cabo en el suelo, las manos se le pusieron rojas por el frío y la nieve, poco a poco fue desenterrando a Sarah Carlier.

—Mierda, Sarah.

Estaba boca abajo, al darle la vuelta, vio su cara ensan-grentada, intentó encontrarle el pulso y allí estaba. Débil pero presente.

—Carlier, ¿me oyes? —vio como abría un poco los ojos. —

Voy a llevarte con Elizabeth, tranquila.

—No…

—¿Cómo no? Estás congelada y al borde de la muerte. No te puedo llevar a ningún hospital.

—Morgan… seguir.

—¿Morgan Blake te siguió? —cogió su móvil mientras intentaba sujetar a la mujer herida. —¿Kimiko? La encontré…

está mal. Morgan la siguió… sí, te espero.

Apenas diez minutos más tarde, Kimiko apareció en un coche rojo totalmente desconocido. Metieron a Sarah en el asiento de atrás y salieron de allí.

—Daremos un rodeo, cuando estemos seguras de que nadie nos sigue la llevaremos con Elizabeth.

—¿De dónde has sacado el coche?

—Lo robé, pero no te preocupes, lo dejaré donde estaba y será como si no hubiera pasado nada —dijo con una sonri-

sa.Cuando llegaron al piso franco, Elizabeth se olvidó de ser hermana y solo fue médico. Pusieron a Sarah sobre la camilla y la examinó.

—Tiene varias costillas rotas y un alto grado de hipoter-mia. Tenemos que calentarla.

Lexie miraba impotente a la mujer totalmente destrozada sobre la camilla fue hasta Laura y Kimiko que hablaban entre ellas preocupadas.

—¿Qué pasa?

—Fue Morgan, lo poco que pudo decir fue que la siguió y la atacó.

—Estamos preocupadas, no sabemos desde qué punto la siguió.

—¿Piensas que saben dónde estamos?

—No lo sé, pero deberíamos hacer guardias. — Kimiko miró a Laura. —¿Lo haces conmigo? Tu deberías descansar Lexie, aún te estás recuperando.

Iba a protestar cuando llamaron a la puerta, las tres se miraron y sacaron sus armas apuntando hacia la puerta.

Fue Kennedy la encargada de abrirla, asegurando con sus compañeras al abrirla se encontraron con otras tres mujeres apuntándolas.

—¡Esperad! —Gritó Lexie. —¿Charlie?

Fue Kate la primera en entrar y mirar a su amiga. A la detective se le llenaron los ojos de lágrimas, Kate abrazó a Lexie y ambas se permitieron llorar por la muerte de la madre.

—Kate… yo…

—Lexie, la vengaremos. Acabaremos con todos ellos y haremos justicia.

—¿Cómo nos habéis encontrado?

—Os vimos entrar con Carlier a cuestas.

—¿Había alguien más?

—Me aseguré de que la calle estuviera desierta. ¿Qué está pasando?

Intercambiaron información y con ambas fuentes de datos pudieron armar el caso. No sabían quién era el cerebro de la organización, pero podrían empezar a saber quiénes serían objetivos y cuales sospechosos.

Kimiko y Lexie se miraron entre sí. Recordando la conversación de apenas unos días atrás.

Se apartaron un poco del grupo, que miraban expedientes y comprobaban datos, Kimiko le contó su teoría.

—Creo que no van a por ti en particular. Con todas las cosas que han sucedido… que el ejército esté metido en esto, que sea precisamente Lana Stewart la agente del FBI asignada al caso, la comisaría del distrito A-7, que te ata-quen a ti… todo esto tiene algo en común, tienen a una persona en común.

—Sarah…

Con todos los datos actualizados, Nuevo Mundo estaba atacando al antiguo escuadrón de Sarah, la cual la morena era la comandante, la teoría de Kimiko comenzaba a tomar forma y tener más sentido con cada pista encontrada.

Sarah Carlier era el nexo con todo.

Capítulo 25

Lexie estaba contenta de que sus antiguas compañeras, Kate y Charlie, estuvieran aquí con ella, pero solo eran una preocupación más. Si les pasara algo como le pasó a Pamela, jamás se lo perdonaría, no podría superar la muerte de nadie más.

Pero también vino alguien que jamás pensó que tendría a su lado. Se acercó suavemente a ella.

—Teniente McGrath.

La teniente la miró con una sonrisa, le dio un fuerte abrazo en el que Lexie se permitió fundirse. Ese abrazo, vinien-do de alguien como ella realmente la reconfortó.

—Solo Lucy, Lex. Aquí no soy teniente. Solo una policía que ha venido para ayudar.

—Lucy, si quieres ayudarme, llévate a Kate y a Charlie de vuelta a California.

La miró con ojos comprensivos.

—Sé que la muerte de Pamela ha sido un duro golpe para ti. Pero nosotras tres hemos venido porque es nuestro deber. Ninguna de las personas que está aquí piensa que tú

seas la culpable de ninguna de estas muertes. Incluida la de Pamela. Aunque accediera a lo que me estás pidiendo, nadie sería capaz de sacar a Katherine Bannister de aquí.

No después de lo que le pasó a su madre. Somos tu familia, no nos alejes.

—Pero mira todo lo que está pasando por ayudarme.

—Y llegaremos hasta el final para solucionar esto. Sea cual sea.

Bajó la mirada, no quería que nadie más sufriera. Casi matan a Sarah… se alejó de Lucy y se dirigió hacia la enfermería.

Elizabeth cogía la mano de su hermana, estaba bajo una pila de mantas y tenía varias bolsas de suero caliente para subirle la temperatura.

—¿Cómo está?

—Estable. Sarah es muchas cosas, una de ellas es que es dura de pelar. Esto no acabará con ella. Se recuperará.

—Déjame quedarme con ella, ve a descansar.

—Elizabeth asintió con una sonrisa cansada—. Intenta no matarla, te resultaría muy fácil.

Asintió la broma con una sonrisa y ocupó el puesto de Elizabeth cuando la otra se fue.

Se acercó más a la mujer herida y le acarició la cara y el pelo con suavidad. Las caricias despertaron a Sarah, que al ver a Lexie consiguió sacar una sonrisa cansada.

—Lo siento, Lexie, no conseguí comprar la comida.

—Olvídate de la comida, Sarah, por favor. Siento mucho que mi hermano… que Morgan hiciera esto.

—Pude haberlo evitado, pero fui yo quien le dijo que maté a Lana. Parecía que tenía una relación con ella.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque yo mataría a cualquiera que te hiciera daño a ti.

No soportaría que Morgan te matara.

—Sarah… — dijo apoyando su frente sobre la de ella—,

descansa. Necesito que te recuperes.

—¿Te quedarías conmigo? —dijo con un deje vulnerable.

—Siempre.

La despertaron unas horas después, no recordaba en qué momento se quedó dormida, con la cabeza apoyada en el hombro de Sarah, la única parte en la que no estaba magu-llada.

Elizabeth la miró con una sonrisa agradecida, Lexie estiró su cuerpo y volvió para acariciar el pelo azabache.

—¿Cuándo la vas a perdonar?

—Creo que ya no hay nada que perdonar, prometió que se quedaría conmigo hasta el final y lo acaba de demostrar.

Salió de la sala médica y se encontró con Lucy y Charlie haciendo guardia, con la diferencia de que su amiga rubia estaba profundamente dormida en el sofá.

—No sé cómo se me ocurrió hacer guardia con ella.

—Charlie nunca ha sido muy buena en mantenerse despierta por la noche… a no ser que esté en una fiesta— dijo con una sonrisa.

—Con que Sarah… ¿eh? —rio al ver a la pelirroja ruborizarse—. Jamás pensé que romperías tu regla de no salir con alguien del trabajo.

—No lo planeé realmente, solo ocurrió.

—Me rechazaste a mí y aceptaste con ella. Debe ser algo.

—Eras mi superior. Nunca lo iba a ver bien.

Lucy McGrath se encogió de hombros con una sonrisa.

Siempre tuvieron una conexión especial. Notaba que había algo más que compañerismo o

amistad, pero jamás se metería en una relación con un superior.

—Estás preocupada por ella.

Asintió mirando la investigación, la inmaculada pizarra

blanca llena de fotografías, apuntes añadidos con rotula-dor, pistas y por desgracia demasiadas interrogaciones—.

Ella aún no sabe que el único nexo que hay en común es ella. Cuando se entere de que Nuevo Mundo está atacando a los compañeros de unidad que pudo salvar, la destrozará.

Después de perder tanto… Tengo miedo de que pierda la objetividad.

—Será personal, pero a estas alturas todo lo es.

Al otro lado de la ciudad se tenía una conversación totalmente distinta.

—¿Qué no entiendes de intocable, Morgan?

—¡Mató a Lana!

—¡Me da igual tu puta, Morgan! —exclamó frustrada—, no solo casi la matas, si no que tu cabecita imbécil pensó en atacarla, en vez de seguirla. En estos momentos todos estarían muertos y nuestro plan en marcha.

—¿Por qué no pones el plan en marcha ya?

—Es demasiado pronto— dijo la mujer —. No podré hacerlo sin Sarah. Necesito a Sarah Carlier viva y a Lexie Blake muerta. No lo olvides, Morgan, como algo así vuelva a suceder, será tu cabeza la que rodará—. La misteriosa mujer desapareció por una vieja puerta de aquel almacén dónde se escondían.

Morgan miró el tablón donde estaban las fotos de todas ellas, la de Pamela Bannister y Ailén Wilson estaban tachadas… solo quedaban la de Lexie, Laura Kennedy y Elizabeth Carlier sin tachar.

Cogió la foto de Sarah Carlier que estaba apartada de las demás.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué eres tan importante?

A la mañana siguiente, Kate y Charlie fueron a comprar mientras que Kimiko fue a robar otro coche y enterró el cuerpo de Lana en un sitio donde jamás la encontrarían.

—¿También tenéis un sitio ultra secreto de espías donde enterráis a la gente?

—La CIA tiene de todo—contestó con una sonrisa.

Se quedó con Lucy y Laura investigando el caso, se centró ahora en Sarah y su unidad y se le ocurrió una idea.

—¿Y si los están reclutando?

—¿A los supervivientes?

—Sí, cuando se niegan, no tienen otra solución que matarlos.

—¿Cuántos quedan vivos?

—Primero habría que identificarlos a todos… ¿dónde está la foto?

Señalaron a los que conocían y tacharon a los que habían fallecido allí y aquí.

—Pues quedan cuatro.

—La mujer al lado de Sarah, ella tampoco está. Danielle.

—¿Quién era ella?

—La novia de Sarah, la perdió allí.

En esos momentos, comprendía un poco mejor a Sarah, había perdido a amigos, compañeros… al amor de su vida.

Sin embargo, se sorprendió de su determinación y forta-leza. Ella sobrevivió y salvó a todos los que pudo. Incluso se antepuso a su corazón teniendo que dejar a Dani atrás, sin saber nunca

qué le pasó o sin saber que su cuerpo seguiría allí, con el resto de los soldados que no pudo salvar.

Ella seguía aquí, seguía trabajando. Era una de las mejores detectives de la comisaría y seguro que era una magnífica agente del FBI.

Dónde Lexie se habría hundido, Sarah se sobrepuso y volvió abrir su corazón al amor. La admiraba por todo ello.

—Entonces son tres.

El comentario la sacó de sus pensamientos y se volvió a centrar. —Bien, ¿Sabemos dónde están?

—Sí, los tenías localizados en tu investigación.

—Vamos a por ellos. Si Nuevo Mundo va a por ellos y se niegan los matarán y si ya son miembros, los quitaremos de en medio.

—¿Y si no saben de qué hablamos?

Lexie sonrió.

—Les diremos que su comandante les necesita para una última misión.

Capítulo 26

Mateo Miller. Cabo de primera.

Thomas Walker. Alférez.

Emily Thomson. Teniente.

Esos son los tres soldados que aún quedaban con vida, dos oficiales y un rango inferior.

—¿Cómo lo hacemos?

—Deberíamos empezar por el rango inferior. Son carne de cañón para Nuevo Mundo y sería fácil engañarles diciendo que ocupará una posición superior.

—Es una buena idea—expuso Lexie.

—No vas a ir, Lexie—dijo Lucy.

—¿Qué?¿Por qué?

—De verdad, si son miembros de Nuevo Mundo, si te re-conocen, te matarán.

—Tiene razón—intervino Kimiko—. Además aún no estás al cien por cien, deberías quedarte aquí, con Elizabeth y Sarah.

—Somos cinco, ¿cómo hacemos el equipo?

—Kimiko con las chicas, Laura conmigo.

—A por ellos.

Kimiko, Charlie y Kate fueron a por Thomas Walker. Vivía en una casa a las afueras de Boston. La típica casa americana, con la valla blanca y la bandera americana colgada de un mástil al lado de la puerta. Las cortinas estaban corri-das, ocultando cualquier vista interior. Aparcaron el coche en la acera de enfrente.

—¿Cómo vamos a actuar? ¿Vamos a llamar a la puerta y decir: « Hola, ¿eres de Nuevo Mundo »?

—No digas tonterías, Charlie. Kimiko tiene un plan, para que no nos maten, ¿verdad?

—Verdad.

Kimiko, seguida de las otras dos, subió las escaleras y antes de llamar a la puerta les advirtió:

—Este tío está en 1º de artillería, un batallón armado hasta los dientes. Precaución ahora—finalizó llamando a la puerta.

Fue el propio Thomas quién les abrió.

—¿Qué queréis?

—De las cenizas de Inferno…

—Nacerá un Nuevo Mundo—terminó Thomas.

Habían creado un plan y la habían dejado fuera, todas estaban de acuerdo en que se quedase en casa.

Eso no quitaba que estuviera menos cabreada.

Fue a ver a Sarah, Elizabeth estaba allí comprobando sus constantes vitales y le estaba mirando la tensión. La rubia la recibió con una sonrisa.

—¿Cómo está?

—Mejor. A pesar de lo mal que se ve, está mejor. Se recupera.

—¿Me dejas con ella?

—Cuidaste de ella toda la noche.

—¿Me dejas?

Elizabeth la miró con curiosidad, hace unas semanas no quería ni mirarla y ahora no se quería separar de ella.

—Vosotras… ¿habéis vuelto?

—Estamos trabajando en ello.

—Me alegro… ¿Sabes una cosa, Lexie? Sarah amó a Danielle, muchísimo. Le dolió profundamente perderla en Liberia. Estuve con ella a cada paso del camino. Pero estos últimos años, cuando hablé con ella, estaba aún más dolida por haberte dejado.

—Ve al grano, Beth.

—No quiero comparar… Pero lo que quiso a Danielle ni siquiera se acerca a lo que te quiere a ti—se fue acercando a la puerta—. Os dejaré solas, pero no está para emociones fuertes.

Eso último le ganó un profundo rubor a la antigua pelirroja, a cambio de una gran sonrisa de la hermana.

Cogió suavemente la mano de la mujer herida y sonrió cuando le vio abrir los ojos.

—Hola, pelirroja.

—Ya no soy pelirroja.

—Una gran pérdida.

—¿No te gusta?

—Me gustarías hasta rapada—dijo con dificultad—, pero aunque te estés ocultando, eso es solo una muestra de que te están quitando tu identidad.

—Cuando vayamos a por ellos, volveré a mi color.

—Bien—dijo Sarah con una sonrisa.

En ese momento, Sarah abrió los ojos y marcó una fuerte mueca ofendida. Lexie soltó una leve carcajada a cambio.

—¿Estás segura? No quiero hacerte daño.

—¿Sí estoy segura? La duda ofende.

Mateo Miller se alojaba en uno de los rascacielos de Boston, había poca información de él después de Liberia.

Lucy y Laura se quedaron en la puerta del rascacielos cuando una señora abrió la puerta y se colaron en el hall.

—¿Piso?

—Ni idea, las primeras plantas seguro que son de oficinas.

Veamos.

Laura se acercó a recepción, el hombre que había; mejor dicho, adolescente, parecía uno de

los típicos que no había visto a una mujer en su vida.

—Hola—saludó Laura alegre.

—Ho… hola, ¿en qué puedo ayudarte?

—¡Qué caballero!—dijo con una sonrisa coqueta, haciendo que se ruborizarse—. Ya quedan pocos de esos.

Un carraspeo sonó detrás, llamando la atención de los dos. Lucy, con una sonrisa forzada, señaló el reloj.

—Cierto—dijo Laura—miró al joven, que todavía no había apartado la vista de ella—. Thomas, ¿verdad? Mira: Thomas, tenemos una cita con Mateo Miller, he perdido el papel donde anoté su piso… ¿me lo podrías indicar?

—Claro.

Thomas le tendió el papel con el piso anotado y un número de teléfono debajo. Laura, siguiendo con su actuación, guiñó un ojo al joven y se llevó a su compañera al ascensor, marcando la 19º planta y tirando el papel después.

—Le romperás el corazón.

—No seré la última—dijo con una sonrisa—, además es demasiado joven para mí.

Cuando llegaron a la planta, se enfrentaron a una sala de espera. Cuatro puertas y en una indicaba « Mateo Miller -

Fiador ».

—No me jodas.

—Bueno, llama.

Llamaron a la puerta y un hombre con aspecto desaliñado

se presentó ante ellas, barba de hacer varios días que no se afeitaba, la ropa arrugada con manchas de sudor bajo las axilas y el cuello.

Estaba visto que hacía días que no pasaba por casa o se daba una buena ducha. Su olor rancio le delataba.

—¿Quieren algo?

—¿Mateo Miller?

—¿Quién pregunta?

—Somos Lucy McGrath y Laura Kennedy, queríamos hablar con usted sobre Sarah Carlier.

Mateo se sorprendió al nombrar a su antigua comandante. Pero una mirada preocupada cruzó su rostro.

—¿Le ha ocurrido algo? Dígamelo, por favor.

Tanto a Lucy como a Laura les pareció que su preocupación era genuina.

—No, está bien… Pero es posible que le necesite para una última misión.

—Lo siento, pero no. Le debo la vida, estaré eternamen-te en deuda con ella; pero después de la última misión me retiré del ejército.. No quiero formar parte de ninguna misión… Les voy a pedir por favor que se vayan. No puedo ayudarles.

Les cerró la puerta en la cara, no podían convencerle. Se dirigieron al ascensor silenciosas y al cerrarse las puertas, Laura Kennedy no pudo aguantarlo más.

—¿Qué cojones pasó en Liberia?

—Solo Sarah y estos hombres lo saben.

Charlie y Kate se tensaron al oír la respuesta de Thomas.

Tenían a un miembro del Nuevo Mundo delante de ellas.

Tenían a una persona que quería matar a Lexie y a cualquiera que le ayudará. Incluidas ellas.

—Os esperaba más tarde.

—¿De verdad crees que avisamos?—contestó Kimiko totalmente tranquila.

—No, supongo que no. Pasad, ella estará muy complacida con lo que he conseguido.

Siguieron a Thomas por su casa, parecía estar de paso. No estaba decorada con ningún toque personal, todos los muebles tenían una capa de polvo en la superficie. El único sig-no de vida que había alguien viviendo allí eran las latas de cerveza y restos de envases de comida rápida que había en una mesa central. Por lo demás, la casa estaba abandonada.

Llegaron a una puerta que tenía cuatro candados, dos de combinación y otros dos con llave. Thomas miró a las mujeres y con una sonrisa de disculpa les comentó.

—Nunca hay suficiente seguridad.

Bajaron por una escalera tras abrir la puerta y cuando encendió la luz una armería apareció ante ellas.

—Rifles, fusiles de asalto, Berettas y pistolas, había armas que incluso las dos detectives de California no conocían.

—¿Qué te parece?

—Estará complacida.

—Bien, seguro que podrías hablarle bien de mi a ella, para poder ascender en la organización.

Kimiko no contestó, se dirigió hacia una de las mesas y cogió una de las Berettas, cargándola.

—Estoy a punto de conseguir más, una llamada mía y ten-dremos el doble de lo que hay aquí.

Fue la asiática en ese entonces cuando apuntó a Thomas y le disparó en la cabeza.

—Me temo que no.

—¿Pero qué has hecho? ¡Podríamos conseguir información de él!—exclamó Kate

—Es militar, no diría nada. Preferiría morir antes que darnos información y tampoco podríamos irnos y que él consiguiera más armas. Ahora son nuestras.

—¿Necesitamos tantas?

—El objetivo no es que nosotros las tengamos, si no que ellos no las consigan. Ahora estamos preparados, equilibramos la balanza.

—Estamos luchando contra la policía, el ejército, el FBI.

¿De verdad equilibramos la balanza?

—Un ejército sin armas solo son personas. Vamos a llevarlas al coche—miró a las chicas y a las armas—. Puede que vayáis apretadas.

—¿Y qué hacemos con él?—preguntó la rubia.

—Eligió el bando equivocado—respondió Kate.

Capítulo 27

El caso de Emily Thomson era complicado. Era un valio-so activo del ejército y éstos estaban invadidos por Nuevo Mundo. La organización se había metido dentro del ejército como un virus que enfermaba todo y aniquilaba a aquellos que intentaban oponerse.

El grupo que ayudaba a Lexie era a quién se oponían y había que aniquilar.

Emily, por su parte, era teniente, con una hoja de servicios impecable, y según lo poco que habían podido investigar, totalmente letal.

Decidieron dejar a las chicas con Lexie, Kate y Charlie aunque buenas detectives, les faltaba rodaje si las cosa se torcía.

Kimiko, Laura y Lucy fueron las encargadas de esta misión.

Cuando llegaron a la zona donde vivía Emily, era una zona residencial, cada casa cuidada al detalle, vallas blancas, césped cortado impecable e increíblemente igualado.

La gente de esa zona hablaban entre ellas, los niños juga-ban… el típico estereotipo del sueño americano.

Y entre todas esas casas, sólo una destacaba entre ellas.

La pintura de la casa estaba desconchada, la valla había visto tiempos mejores, el césped lucía un enfermizo tono ama-rillo, incluso la bandera que había en el mastil estaba raída.

—¿Está aquí?

—Aquí está.

Al cruzar la puerta que daba paso al descuidado jardín, las bisagras sonaron con un desagradable chirrido.

La puerta de la casa se abrió: Emily, con un pelo rubio y rapado por un lado, una cicatriz en una de sus mejillas y unos ojos marrones, atlética y con el uniforme militar des-abrochado, se presentó ante ellas.

Si querían jugar con el elemento sorpresa de su parte, lo acaban de perder.

—¿Quienes sois? ¿Qué queréis?

Fue Kimiko la que antes se recuperó de la sorpresa de ser descubiertas, adelantando se presentó ante la teniente.

—De las cenizas de Inferno…

—Lo siento, ¿qué?

La cara de confusión se plasmó en la mujer rubia. Fue Laura la que en ese momento, al ver la cara de Emily dijo:

—Si te dijera que Sarah Carlier te necesita para una última misión a su lado, ¿aceptarías?

Emily se sorprendió al oír el nombre de su anterior comandante.

—Acabo de venir de una misión, he estado cuatro años desplegada, así veis el estado de la casa. Pero si de verdad me decís que Sarah necesita ayuda, llevadme con ella.

Las tres mujeres se miraron entre sí, dudaron en llevarla allí, con Lexie y con la malherida Sarah.

Emily las miró y sonrió a las mujeres.

—No he llegado a teniente por mis ojos tan bonitos, en-

tiendo como va la cosa. Iré desarmada y acepto que me deis un paseo por todo Boston para interrogarme. Carlier me salvó la vida, le debo todo. Vosotras habéis venido hasta aquí.

Emily notó como las nuevas invitadas respiraron aliviadas.

—Será una gran vuelta—dijo Kimiko—. Te has perdido mucho en cuatro años.

Horas después, estaban paradas en un estacionamiento abandonado cerca de la salida de la ciudad. Era un lugar perfecto para hablar, sin oídos curiosos, pasar momentos íntimos con tu pareja o hacer desaparecer a alguien. Ningún alma pasaría por allí.

Lucy y Laura vigilaban mientras escuchaban atentamente a Kimiko y vigilaban de cerca todas las reacciones de Emily.

—¿Me estáis queriendo decir que estáis ayudando a una prófuga de la justicia con pruebas irrefutables de que ha matado mínimo a cinco personas, pero que no fue ella, si no una organización terrorista que planea un genocidio para que la nueva civilización que crezca de ahi y lo haga mejor?

—Es un resumen bastante acertado.

—¿Vais a enfrentarlos solo vosotras contra una organización entera? Es un suicidio.

—Sólo a Nuevo Mundo no…—masculló Laura.

Emily rió ante eso.

—Cierto, Nuevo Mundo se ha infiltrado en el ejército, el FBI, la policía, los órganos de la justicia… parece una película. Siete personas contra el mundo.

—Con la diferencia de que cada muerte es muy real. Sabemos que va a por la última unidad de Sarah. Te hemos encontrado antes que ellos. Si ellos llamaron a tu puerta y

te hubieras negado, te hubiesen matado sin dudarlo. Cada vida que salvamos cuenta.

La soldado asintió comprendiendo la gravedad de la situación.

—Hice un juramento—dijo con seriedad—. Proteger a Estados Unidos tanto de enemigos externos como nacionales—suspiró—. Eso sigue siendo importante para mí. Estoy dentro, ahora sois ocho personas contra el mundo—dijo con una pequeña sonrisa.

Sarah se empezó a encontrar mejor. Hacer caso omiso a las indicaciones de su hermana y salir de la « enfermería »

improvisada en la que se encontraba era prueba de ello. Lo primero que hizo al salir fue saludar a las amigas y ahora nuevas compañeras de Lexie.

Charlie hizo caso omiso de ella, estaba más pendiente de Lexie, que miraba expectante a Kate, la cual no apartaba de su vista a la morena.

Sarah no se intimidó bajo el peso de su mirada si no que la hizo frente.

—Si no estuvieras tan hecha mierda, Carlier, te mataría por lo que le hiciste sufrir los últimos años.

—Deja que me recupere Katherine, podrás intentarlo entonces.

Charlie no pudo en ese momento evitar reírse, esas dos hacían una combinación perfecta, una bomba lista para estallar arrasando todo a su alrededor.

—Ya basta, gallitos—intervino Lexie—. Tú—señalando a Sarah—metete ahí; y tú, quédate con Charlie.

Lexie guió a Sarah hacia su habitación y la hizo tumbarse en la cama.

—Espera Lex, ¿dónde dormirás tú?

—No pude okupar una mansión, Carlier. Además, no seas

mojigata que no será la primera vez que durmamos juntas en una cama de noventa. ¿Te acuerdas de California?

—Cómo olvidar tu aversión a los pijamas.

—Nunca oí ninguna queja después de eso—dijo con una sonrisa.

—Nunca la oirás.

Lexie se sentó al lado de Sarah en su cama, se puso seria y miró a la cara de la otra, aún tenía rastro de su lucha con Morgan, acarició levemente y con suavidad su ojo morado.

—No quiero discutir—comentó—, pero deberíamos hablar, ¿no crees?

Sarah se recostó y suspiró. —Sí, pregúntame o dime lo que necesites Lex, seré lo más sincera que pueda.

—Cuando te fuiste… ¿Querías hacerlo?¿Era tu sueño ir al FBI?

—Sí.

—¿Por qué no me pediste ir contigo?

—Te obligaría a cambiar de ciudad, no podrías ser detective en Virginia, yo estaría en el trabajo y tu no podrías trabajar. Aquí tenías amigos, trabajabas con Pamela… Pensé que estarías mejor aquí que totalmente sola allí.

Lexie asintió asimilando la información, tuvo que admitir que, bajo el punto de vista de Sarah, tenía razón.

—Aunque entiendo tu punto, nada de eso evitó los dos años de soledad—Sarah iba a contestar cuanto Lexie se levantó de la cama y continuó—. ¿Hubo otras en Virginia?

La sorpresa cruzó los rasgos de Sarah, alucinada y algo ofendida contestó con solemne sinceridad.

—Claro que no.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Porque estaba perdidamente enamorada de la mujer que había dejado en Bostón. En cuanto me enteré de que estabas en semejante problema, cogí el primer avión de vuelta.

—Ibas a detenerme.

—Esa era la misión—reconoció Sarah—. Pero jamás te en-cerraría sin ayudarte antes.

Sarah miró a Lexie, que estaba dubitativa mirando a la nada, sin saber si creer realmente a la morena sentada sobre su cama.

—No soy fácil de amar y no sé amar como alguien se merece, lo sé; pero lo que siento por ti Lexie es real y genuino.

No hubo un solo día que no te echara de menos en Virginia.

—Te llevaste la foto que cogiste de mi nevera.

—Es mi foto favorita, no voy a renunciar a ella.

Lexie rió ante la frase.

—No te la voy a quitar, tranquila. Puedes añadir una nueva con Bigotes cuando todo esto finalice.

Sarah sonrió, y aún sabiendo que era posible llevarse un rechazo, nunca ha sido de echarse atrás y se lanzó al vacío.

—Prefiero tenerte a ti y al gato antes de una foto tuya con el gato.

Lexie fue a contestar cuando oyeron que la puerta se abría, para volverse a cerrar momentos después.

Ambas salieron de la habitación de Lexie y Sarah se quedó perpleja ante la mujer que ingresó en el piso. Una mujer que jamás pensó que volvería a ver.

—¿Thomson?

—Joder, Carlier… estás hecha un desastre—dijo Emily sonriendo.

Sarah sonrió al ver a su antigua teniente sana y salva.

—Las cosas han sido algo complicadas… Pero, ¿qué haces aquí?

—Me necesitas para esta última misión.

Lexie decidió en ese momento intervenir en la conversación, mirando a Kimiko.

—Sarah, hay algo que deberías saber.

Sarah estaba aturdida y totalmente sorprendida. Uno de sus hombres estaba ayudando a Nueva Orden a suminis-trarles armas y equipamientos.

La morena identificó a quién mató a Liam con la pistola de Lexie en California, era Mark Black, según los informes oficiales murió en Liberia, mató a Liam… ¿Por qué? ¿Por qué no se unió a ellas y Mark lo mató?

Nuevo Mundo está intentando reclutar a los hombres y mujeres que salvó en Liberia.

—¿Estás bien, Sarah?—preguntó Lexie.

—Sí… solo necesito procesarlo. Si alguien más sobrevivió en Liberia, significa que yo lo

abandoné. ¡Abandoné a mis hombres!

Fue Emily la que habló en ese momento.

—Nos salvaste, Sarah. Sigo respirando gracias a ti. Te debo mi vida. Fue el ejército quién no mandó un equipo de rescate. Fue el ejército quién los abandonó. No tú.

—No… yo… Voy a la habitación.

Entró en la habitación de Lexie y cerró la puerta tras de sí suavemente. Alcanzó a oír a Emily decirle a la pelirroja que la dejara sola por ahora.

Necesitaba estar sola, necesitaba pensar. ¿Cómo consiguió Nuevo Mundo convencer a sus antiguos hombres para trabajar para ellos? ¿Nuevo Mundo nació en Liberia?

¿Y si hubiera vuelto a por ellos, formaría parte de un grupo que quiere destruir todo?

No.

Estaría muerta como Liam.

¿Dani está viva?

Sarah pensó en su amor perdido, la felicidad que plasma-ba su rostro en todo momento, lo dolida que estaba después de perderla… Iba a volver a por ella, pero tenía que poner a salvo a todos aquellos que sabía que estaban con vida.

Si Dani estuviera viva habría vuelto a por mí. Danielle

está muerta.

Todos estos pensamientos le hicieron recordar todo lo ocurrido aquel día que le tendieron la emboscada y el ejército la abandonó. Se tocó la cara y abrió una de las heridas de su rostro. Y, por un momento, Sarah dejó su cuerpo y abandonó por completo el lugar. Esas gotas de sangre que vio la sumergieron en el espeso fango de los pantanos de Liberia. El desmembramiento que estaba ante ella, todos los recuerdos, noches de pesadillas, guerra, sadismo y el olor más nauseabundo de la inmundicia del ser humano.

El estercolero del mundo ante ella. Una viscosidad que más que en la piel se pega en su garganta, en el aire que respiras. Apretó los dientes y sus ojos, duros como el ice-berg que mandó a la mierda al Titanic, esta vez se empezaron a derretir lentamente en gotas de agua salada.

Esa pizca de humanidad y sensibilidad que tras diez to-neladas de acero y hormigón de su faz se iban a abrir paso en sus mejillas como un gran cañón se cortó bruscamente cuando el grito del teniente Sanders la perturbó, sacándola de su trance.

—¡Carlier! Por todos los demonios, ¿qué está pasando?

Allí estaba, en Liberia. Viendo cómo sus soldados caían con agujeros en sus cuerpos o extremidades desaparecidas por las armas de gran calibre que utilizaban para ex-terminarlos a todos.

—¡Carlier! ¿Qué hacemos?

—No… no lo sé.

—¡Carlier! ¡Órdenes!

Esa voz.

—¡Sarah!—la sacudieron—. ¡Sarah!

Liberia desapareció, toda la sangre y el horror volvió a quedar en su pasado, sus ojos volvieron a enfocar y fueron los dulces ojos de Lexie, llenos de preocupación, le devolvieron la mirada.

—Lex…—dijo con la voz agrietada.

—Sarah, estás sangrando. ¿Estás bien?

Agarró fuerte la mano de la chica que sujetaban las suyas y volvió a centrarse en la mujer delante de ella.

—No, no estoy bien—dijo mientras la voz le temblaba—.

Había vuelto allí, a Liberia. Viendo impotente cómo perdía a mis hombres, muriendo de formas horribles, cómo perdía a Dani y yo estaba allí, quieta, sin poder moverme.

Impotente. Viéndolos morir.

—Sarah, estás aquí conmigo ahora—dijo abrazándola—.

No te voy a dejar sola. Estás aquí, mírame—cuando Sarah la miró a los ojos, la besó dulcemente—. Estás conmigo siempre, ¿recuerdas? Siempre—dijo, volviéndola a besar.

Derrotada, la morena apoyó la cabeza sobre el pecho de la pelirroja.

—Habrías salvado a todos si hubieras podido. No siempre podemos hacerlo, no podemos salvar a todo el mundo. Salvaremos a todos los que podamos.

Sarah, con una voz tan vulnerable que Lexie jamás había oído salir de la mujer, le sorprendió.

—¿Puedo quedarme contigo hoy?

—No voy a dejar que te alejes, Carlier. Estoy contigo.

Capítulo 28

Desde la llegada de Emily al equipo los ánimos del grupo estaban por todo lo alto. Tenían armas, un agente de la CIA letal, tres policías, un teniente, dos agentes del FBI, una de ellas comandante, otra teniente; y, por último pero no menos importante, un médico militar con gran experiencia en trabajar sobre el terreno y bajo presión.

Todas unidas bajo un objetivo común, destruir Nuevo Mundo.

Lexie habló con Emily sobre la situación de Sarah, era con diferencia la que peor lo estaba pasando.

—La culpa del superviviente es algo difícil de superar, Blake. Además en un caso como el de Carlier, ella era la responsable de llevar a todos a casa, y no lo consiguió. Esa culpa nunca la superó. Aunque no era culpa suya, Sarah pidió refuerzos y un equipo de ayuda, su superior se negó, dio órdenes de salvar a los que tenía, dejando a los demás atrás.

—Pero Sarah cumplió órdenes. No es culpable de sus muertes.

—Tu y yo lo sabemos, Blake. Quién no lo sabe y se culpa es ella. Eso lleva un trabajo mental muy duro, a no ser que haya cambiado en estos últimos años, es demasiado orgullosa para admitir que tiene un problema con el pasado.

Supo perfectamente a qué se refería la militar, le habían dicho muchas veces que ella no tenía la culpa de lo que estaba pasando, es posible que Sarah necesite escucharlo.

Entró en la habitación que ahora compartían y vio a la morena sentada sobre la cama, le dedicó una sonrisa, aunque no fue genuina.

—Sarah, ¿puedes hablar?

—Claro, dime, ¿qué pasa?

—No fue culpa mía la muerte de Pamela. Aunque sea por esta situación que ella muriera.

—¡Por supuesto que no fue culpa tuya! No apretaste el ga-tillo.

—Tampoco fue culpa tuya lo que pasó en Liberia.

Sarah miró a su compañera con una mirada que no supo descifrar, se levantó y se paseó por la sala. Lexie la miraba en silencio, esperando que ella misma pudiera procesar su respuesta.

—No es lo mismo, sé lo que hice en Liberia, sé lo que perdí. ¡Pero cumplí órdenes! Cumplí con mi deber… yo… esos hombres a los que yo formé. Mark, que mató a Liam… yo les enseñé

unos principios, una lealtad que ellos están destruyendo. ¡Estoy furiosa!—dijo con un grito—. ¡Esos hombres que estuvieron bajo mi mando jamás intentarían ver a Estados Unidos arder. Esa gente ardería por ella—suspiró—.

Están traicionando todo lo que durante años les enseñé. Te juro por mi vida, Lexie, quien quiera que sea su líder, quien quiera que sea que les ha lavado el cerebro y cometer estas atrocidades le mataré. Por tí, por Liam, por Pamela… por todos los que han muerto por su culpa.

Lexie la miraba sin decir nada y entonces Sarah sonrió de

verdad…

—Gracias Lex. Necesitaba estallar—dijo mientras se acercaba a ella y la besaba—. Buena charla.

—Sí… de nada.

Sarah salió de la habitación para reunirse con los demás e idear un plan, era hora de acabar con Nuevo Mundo o morir intentándolo.

Lexie siguió a Sarah con un paso un poco más inseguro hacia las demás, que estaban enfrascadas del todo en la investigación. ¿Había algo más que averiguar? El ejército, la policía, el FBI e incluso la última unidad de Sarah eran miembros, había poco más que descubrir, solo necesitaban encontrarlos.

—¿En qué piensas, pelirroja?—Charlie se acercó a ella con una sonrisa—. No me digas esto, porque no te voy a creer-finalizó señalando la investigación.

Lexie suspiró, una de las muchas cualidades que tenía su amiga era la facilidad que tenía para leer a la gente. Dirigió su mirada a la investigación y luego a la mujer morena que hablaba con Lucy.

—Es Sarah en lo que piensas.

—Sí… siento que estamos al final de este infierno, la per-doné hace tiempo y nos hemos besado. Pero no sé en qué punto estamos.

—Bueno, quitando el hecho de que estas perdidamente enamorada de ella desde hace bastante tiempo, está bastante claro.

—Pero… no sé si estamos juntas, volvemos a ser novias, amigas o…

—¿Hace falta?—la cortó—. ¿Necesitas etiquetar vuestra relación para quereros? Lexie, si de verdad estamos al final de lo que sea, no pierdas más tiempo en pensar lo que es y disfruta de lo que teneis.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia?

—Alguien tenía que cuidar de Kate mientras tú no estabas—dijo encogiéndose de hombros —. Entonces… ¿Vas a disfrutar de tu soldadito?

—No la llames así, y sí, creo que sí—dijo con una sonrisa.

Lexie se pasó casi toda la tarde con Elizabeth, revisando el daño causado por el disparo de Victoria Waller y cayó en la cuenta que su familia estaba cautiva por Nuevo Mundo.

Y no supo nada de Victoria desde ese día.

— Al matarte mi familia sobrevivirá.

Suspiró al darse cuenta de que un asalto y destrucción de una organización terrorista como Nuevo Mundo también sería una misión de rescate.

También pensó en aquellos militares honrados, con familias amenazadas que habían tenido que unirse a ellos por el simple hecho de poder mantener a su familia a salvo.

¿Cómo distinguir? Si te disparan eres tú o ellos. Matar a buena gente únicamente porque quiere salvar a sus seres queridos.

—Todo está bien, te has recuperado de una forma asom-brosa. El disparo en el estómago es uno de los peores.

—Tenía un médico asombroso conmigo.

Elizabeth sonrió con ternura y le dio una piruleta, dán-dole así oficialmente el alta. La sonrisa fue aún más amplia mientras miraba a la hermana de Sarah. No pudo resistir darle un fuerte abrazo a la mujer que le había salvado la vida.

—Eres mi cuñada favorita.

—Bueno, soy tu única cuñada—dijo mientras le daba un beso en la frente.

Salió de la enfermería con una sonrisa radiante y genuina, algunas ya se habían retirado a dormir. En cambio, Sarah aún estaba despierta conversando con Emily, la rubia de

pelo rapado, cuando la vio aparecer, soltó una sonrisa cóm-plice, se apartó e intentó despedirse para descansar.

Sarah miró a Lexie, sonriendo al ver la piruleta y enseñó la suya a cambio.

—Bueno, yo también me retiro a dormir. Pasa buena noche, Lex.

En cambio, Lexie le tendió la mano.

—Ven conmigo.

—¿Estás segura?

Al ver la duda, sonrió y llevó a la morena a su habitación cerrando la puerta tras de sí.

La apoyó contra la puerta y la besó con fuerza y pasión con sus manos serpenteando bajo su camisa y acariciando la piel, poniéndola de gallina a su paso.

—Lexie, espera.

Se apartó de ella mientras la otra la miraba con una ceja levantada.

—No… no hemos hablado sobre esto, sobre nosotras. No quiero que te arrepientas de esto después.

—Sarah, te quiero. Nunca deje de hacerlo, cállate y bésame.

Se volvieron a unir en un beso abrasador. Dos años an-helando a la persona que ahora estaba entre sus brazos, el dolor de la pérdida, la esperanza al volverse a encontrar, la fidelidad, lealtad y traición… Todo se transmitió en el beso.

Incluido el amor.

Se arrancaban la ropa mientras se dirigían a la cama, cuando volvieron a sentirse piel con piel, ambas suspira-ron.

Se tumbaron en la estrecha cama de noventa y fue Sarah la que se puso encima, acariciándola. La morena notó todo lo que había cambiado el cuerpo de Lexie en todos estos años. Antaño, Lexie estaba algo más rellena, sus muslos un poco más anchos, su vientre era más blando… Ahora sus

músculos estaban más definidos, estaba más delgada, su vientre ahora estaba duro con la sombra de los abdominales a la vista, las costillas se asomaban en su cuerpo y una cicatriz cruzaba su abdomen.

—¿Ya no te gusto, Carlier?

—Siempre serás perfecta para mí, Blake.

Sin embargo, Lexie no notó ningún cambio físico en Sarah: aún se estaba recuperando de sus heridas, tenía un gran moratón dónde sus costillas se habían roto, pero su cuerpo seguía siendo el mismo. Hace días, pudo creer que sus ojos habían perdido color, pero ahora que la miraba y asimilaba sus rasgos, nunca los había visto más azul que ahora.

Cuando la acarició con ternura su brazo, noto una pequeña y alargada cicatriz en su brazo.

—¿Qué pasó aquí?

Fue durante una prueba, había que perseguir a un « criminal » que corría como un demonio, saltó una valla, cuando la salté yo… digamos que uno de los extremos se enganchó y desgarró la piel.

—Auch… ¿Dolió?

—Como el infierno, pero lo atrapé—dijo mientras volvía a besar a Lexie.

—Seguro que actuaste feliz y engreída.

—Engreída no sé, feliz en cambio… no he sido feliz en dos años, mi felicidad volvió cuando te vi de nuevo.

Lexie sacó una sonrisa totalmente genuina y con un toque de picardía contestó: —No me vuelvas a dejar y tu felicidad nunca se irá. Como vuelvas a hacerlo… te mataré.

—Estoy de acuerdo con eso.

Se volvieron a fundir en un beso apasionado. Lexie envol-vió sus brazos alrededor del cuello de Sarah mientras que ésta seguía disfrutando de acariciar la suave piel, de todo lo que pensó la morena que cambió en ella, su suavidad

seguía allí.

Se puso a su lado y su mano fue acariciando su torso hasta notar los suaves rizos y la zona resbaladiza que hay entre sus pliegues. Lexie suspiró contenta, notaba a Sarah todavía algo dudosa y fue ella misma la que guió los dedos de su acompañante en su interior.

Comenzaron con un ritmo lento, disfrutando de volver a estar unidas de esta forma.

Sarah besaba el cuello de Lexie mientras iba incremen-tando el ritmo poco a poco. Acabaron con un ritmo frenéti-co hasta que la pelirroja empezó a gemir.

La morena siguió con ese ritmo hasta que sintió la libera-ción de la mujer que amaba, aún así, no paró de moverse hasta que lo pidió empezando a estar dolorida por sus movimientos.

—Sigues siendo igual de buena en esto—vio a Sarah sacando su típica sonrisa engreída e iba a contestar cuando la interrumpió—. Ni se te ocurra, Sarah Carlier.

Sarah sonrió divertida y se tumbó a su lado, acariciando su pelo… aunque era castaño pudo ver algunos mechones rojos entre su cabello. Mucho había cambiado en Lexie, pero bajo toda la oscuridad, la chica de hace dos años seguía allí.

Le sorprendió cuando Lexie se puso encima.

—Es mi turno.

Aunque era avanzada la noche, la mayoría de las mujeres en la habitación estaban despiertas, Charlie, en cambio, se había quedado dormida en el regazo de Beth.

Las dos habían creado una buena relación, había cogido cariño a la más joven del grupo, hacía tiempo que no tenía una amiga que la hiciera reír, la mayoría eran anécdotas de la joven en California, cuando Lexie aún formaba parte del

equipo.

Había un suave murmullo en la habitación pero se quedó totalmente en silencio cuando un gemido se oyó saliendo de la habitación de Lexie.

—Al menos alguien se lo está pasando bien—dijo Kate sonriendo y tuvo una respuesta afirmativa de Lucy.

—No debería estar escuchando esto.

—¡Vamos Beth!—exclamó Emily—. No te recordaba tan mojigata.

—No soy mojigata, Em, pero esa que está ahí dentro es mi hermana.

—Hermana que hizo las paces con Lex. Deberías alegrar-te—dijo Laura.

Se volvió a sumir el silencio cuando otro gemido inundó la habitación. Beth se ruborizó y todas se rieron. Kimiko sonrió, pero su sonrisa era triste. Seguía viendo en su móvil fotos en las que aparecía sonriente con Ava. La echaba de menos, pero era primordial para Jones mantenerla a salvo.

Laura se acercó a ella, intentó esconder el móvil pero la ex-agente del FBI ya había visto lo que hacía.

—Jones… yo no tengo novio, pero si lo tuviera… me gustaría saber que aunque muera, tenía a alguien que me amaba.

Sé lo que pasó, sé que fue por protegerla. Si no triunfamos en esto, no conseguiremos proteger a nadie. Nunca sabre-mos qué noche será la última. No merece la pena morir con el corazón roto.

Kimiko la miró, le sorprendió que Laura tuviera esa capacidad de leer a la gente.

—Escápate… te cubriré.

Kimiko fue paseando hacia el campus, pensando constantemente en lo que le diría a la joven y a continuación lo desecha para empezar su discurso mental de nuevo.

¿Cuándo se volvió tan difícil?

Perdida en sus pensamientos, llegó al campus, eran las cuatro de la mañana.

Ava estará durmiendo.

Aún así, entró en la residencia de estudiantes y se presentó frente a la puerta de Ava, sin saber bien lo que iba a decir, llamó a la puerta sin esperar respuesta y apenas unos segundos más tarde, Ava, con aspecto desaliñado y cansado abrió la puerta.

—¿Kimiko?

—¿Qué haces despierta?

—¿Cómo?—Ava se enfadó—. Lo primero, eres tú quien ha llamado a las cuatro de la mañana, si hubiera estado dormida no me habrías despertado. Estoy estudiando.

La joven vio a su ex dudando qué más decir, la cogió de la muñeca y la metió dentro a la fuerza en la habitación.

Estaba ordenada, para sorpresa de Kimiko, no había nada fuera de lugar, solo en la mesa, el libro que yacía abierto junto a una pila de papeles y alguna bebida energética.

—¿Cómo te va?

—Kimiko, te conozco, no has venido aquí para esto…¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí?

—Me equivoqué, nunca debí romper nuestra relación.

Pensé que te protegía pero te echo terriblemente de menos.

—¿Y qué?—dijo cruzándose de brazos—. Fue hace meses Kimiko. ¿Qué pasa si pasé página? ¿Qué pasa si estoy con alguien? Esto fue hace meses.

—¿Lo estás?

—¡Sí! ¡No! No lo sé, pero da igual, no es justo que tu me dejes sin ninguna explicación y a la primera de cambio, te arrepientas. ¿Tengo que decir sí sin más? Me hiciste daño Kimi.

—Tienes… tienes toda la razón, Ava. Yo… me iré.

Fue a dirigirse a la puerta, cuando Ava la volvió a coger de

la mano, pero esta vez para besarla apasionadamente.

—No habrá próxima vez, espero que estés segura ahora.

A la mañana siguiente, Lexie se despertó sola en la cama, habría pensado que la pasada noche con Sarah fue un sueño o un producto de su imaginación si no fuera porque estaba dolorida en todos los lugares perfectos.

Con un suspiro largo, se levantó de la cama sin ganas, se vistió y salió de la habitación.

—Buenos días—le saludó Charlie con una sonrisa pícara_.

Sé lo que hiciste anoche, chica mala…

—Charlie… no, para—contestó con una sonrisa—. ¿Dónde está Sarah?

—Ha salido con Beth.

Lexie miró alrededor y se dio cuenta de que faltaba más gente. —¿Dónde están todos los demás?

—Kate está con Emily en la azotea, Kimiko se fue anoche con Ava—dijo Laura saliendo de la cocina.

Sonrió al pensar que Kimiko decidió apostar por lo suyo con Ava, aunque fuera peligroso para la otra, si no lograban triunfar en su misión, el mundo sería peligroso para todos.

Decidió desconectar como los demás y se metió en su habitación, vio a Bigotes y quiso jugar con él. Le miró con una sonrisa triste y le dijo al pequeño felino:

—Tengo una mala noticia para ti… te voy a encontrar un nuevo hogar y te juro que esto es más difícil para mí que para ti.

Elizabeth y Sarah estaban en el supermercado y aunque no fuera la mejor actividad estaban disfrutando de tiempo de calidad entre hermanas sin que ninguna de las dos estuviera herida a cambio.

La rubia vio como su hermana metía en la cesta golosinas y juguetes para gatos y sonrió.

—Realmente te gusta el gato, ¿o es para contentar a cierta mujer?

—No sé de lo que estás hablando.

—Ya, claro que no.

—No eres quién para hablar, esta mañana te vi con Charlie durmiendo literalmente encima de ti, soy tu hermana y me pegabas cuando eso pasaba.

Beth suspiró.

—No te montes películas, he cogido cariño a la niña. Es alegre, jovial, me hace sonreír… es una amiga. Laura es ge-nial, pero es muy seria y parece que no se fía de nadie. Dios sabe que necesito a alguien en quien buscar desconexión, todos mis amigos del ejército y no sé si están muertos o me quieren matar… Aparte de la familia, no tengo a nadie.

Sarah sonrió a su hermana y la abrazó.

—Me alegro de que encuentres eso en Charlie… y me alegro aún más de que estés aquí conmigo. Te quiero, Beth.

—Sé que no soy Lexie… pero te voy a pedir una cosa… no te vuelvas a ir, quiero pasar tiempo contigo, no podemos hacerlo si te vuelves a marchar.

—Pasaremos más tiempo juntas después de todo esto. Te lo prometo.

Después de eso, volvieron a fundirse en un abrazo.

Charlie y Laura se unieron a las mujeres en la azotea.

Charlie vio a Kate algo afectada y le preguntó con la mirada que ocurría, Kate le indicó que después.

—Le contaba que buscasteis un buen piso—indicó Emily.

—Aquí pasamos las tres bastantes tardes—sonrió Laura—.

Tuvimos momentos buenos cuando estábamos a la fuga.

Lucy se unió después y fue en ese momento cuando Emily

se excusó para ir al baño. Charlie la miró, seria, después de su partida.

—No me fío de ella.

—¿De Emily? Ha demostrado estar de nuestro lado, ayudó a Sarah, y a nosotras con el caso.

—No me da buena vibra.

—No debemos pensar eso la una de la otra, cualquiera que no está contra nosotras es alguien más para ayudar.

—Ya, pero…

Charlie cortó abruptamente de hablar cuando oyó disparos provenientes de la planta inferior.

—¡Emily está sola con Lexie!

—¡Lexie!—gritó Charlie.

Lexie soltó algunas lágrimas mirando al felino, cuando Emily llamó a la puerta y la mujer le sonrió, le permitió entrar.

Miró a los ojos de Lexie, Emily cogió un cojín dejándolo sobre su regazo y la miró esperando a que la pelirroja le hablara.

—Yo… bueno, me tengo que despedir de él, llevarle con una familia por si no salgo viva de ésta. Ojalá me entendie-ra y así poder entenderlo.

Emily sonrió, pero la sonrisa que le dio no era la misma que había visto anteriormente, esta era algo más oscura y fría. La miró interrogante y la mujer sonrió aún más.

—De verdad, no sé porqué eres tan especial, por qué desea desesperadamente tu muerte, solo eres una niña que llora por un gato… Ella me recompensará.

—¿Qué dices? ¿Quién es ella?

—Ella es… *De las cenizas de Inferno nacerá un Nuevo Mundo.*

No vió venir cómo la mujer cogió el cojín y se lo puso so-

bre la cara y la asfixiaba, estaba sujeta con fuerza y sus gritos, sofocados por la tela eran silenciosos.

Agarró y arañó las manos en vano, notando como cada vez tenía menos fuerza, tenía sueño. Dejó de luchar, acep-tando al fin su destino.

A punto de desfallecer por completo, el peso encima de ella desapareció, se quitó el cojín y dio una bocanada de aire cuando escuchó un grito.

Vio el rostro de Emily arañado y con sangre y el felino en-corvado listo para atacar de nuevo.

Lexie sacó su arma de debajo de la almohada y aún ma-reada disparo sin apenar mirar, Emily cayó al suelo, pero se levantó y salió corriendo por la puerta principal. Apenas segundos después, bajaron las demás de la azotea.

—Se acaba de ir, es una de ellos—dijo sofocada.

Laura salió inmediatamente a por ella mientras las demás se quedaron con la pelirroja.

—No lo vais a creer…—dijo con una sonrisa—, pero Bigotes me salvó.

—Bigotes es del equipo, claro que te salvó.

—Mala vibra, lo dije.

Kimiko volvía con una sonrisa al piso franco, recordando todos los momentos que había compartido con Ava, sonriendo de nuevo al recordar lo que habían hablado después de acabar saciadas una al lado de la otra.

La mujer asiática acaricia la cara y el pelo de la joven mientras sonreía.

—Sabía que mi primera vez sería contigo.

—¿Te hice daño?

—No, Kimi. Ha estado muy bien. Es la mejor sesión de estudio que he tenido.

—Vas a volver a estudiar cuando tenga que irme.

—Con una condición. Vas a volver.

—*Sí, Ava, no te voy a volver a dejar.*

Estaba a punto de cruzar la calle para dirigirse a la puerta cuando vio a Emily salir herida y esconderse debajo de un coche cercano. Más tarde, vio salir a Laura, pistola en mano, observar alrededor y correr dirección contraria a la que Emily se había escondido.

Algo está pasando.

Vio a Emily salir e irse por la calle, decidió seguirle de cerca, era fácil, estaba gravemente herida, daba tumbos y más de una vez la vio caer al suelo. Llegó a correr unas manzanas hasta que llegó a las afueras.

—No vas a poder seguir así mucho más, Thomson.

Estaba a punto de alcanzarla hasta que la vio meterse en un polígono abandonado.

Iba a investigar el sitio cuando vio a Mark Black salir, armado hasta los dientes seguido de Morgan Blake.

—Mierda… aquí os escondéis.

Kimiko vio cómo empezaron a salir más personas del ejército de Nuevo Mundo y decidió salir de allí aprovechando que no la habían visto.

Cuando volvió al piso franco, Elizabeth y Sarah ya estaban allí, la hermana rubia examinaba a Lexie mientras que Sarah con el gato en brazos gritaba enfurecida.

—¡La mataré! Mataré a esa traidora.

—¡Kimiko!—exclamó Laura—. Intenté seguirla, pero la perdí.

—Te vi salir, la seguí yo. Sabemos dónde están.

—¿Cómo lo sabes?

—Vi a Mark y a Morgan.

—¡Son nuestros!—dijo Charlie alegre—. ¿Por qué estás tan seria?

—¿Qué ocurre?—preguntó Lexie.

—Porque Emily llegó herida pero viva. Ellos también sa-

ben dónde estamos,

—Pues… ¿Cuándo nos vamos?

—Por la noche ya no estaremos aquí. Dejamos las luces encendidas, cuando entren nosotras ya no estaremos y los que vengan los haremos saltar por los aires. Por la mañana, será el final. Iremos a por ellos.

Morir o triunfar.

Capítulo 29

El silencio reinó en la habitación después de la revelación de Kimiko. Sarah dejó al gato en el suelo, Charlie suspiró mientras Beth le pasaba un brazo alrededor de sus hombros, consolándola. Tanto Lucy como Kate miraron al suelo, la cara de Laura era la única que no mostraba emociones. Lexie fue la única que habló.

—Estoy harta de esconderme, estoy harta de que sigan en-suciando mi nombre y mi profesión. La profesión de todas las que estamos aquí. Policías, agentes, militares… damos la vida día a día por proteger y servir. No puedo seguir escondida. Sabemos dónde están, vamos a por ellos.

—Pero necesitamos un plan—dijo Kate.

—Haced las maletas, dejad solo lo que podamos reempla-zar. Tengo un plan. Les dejaremos venir.

Lexie dejó a Sarah en casa, le pidió el favor de que se lle-vara todo lo que fuera importante, porque de una forma u otra no iba a volver a ese lugar.

Encapuchada y escondida de la vista de algún curioso, se acercó a una casa a la que hacía meses que no venía de visita, hacía sol y la misma mujer estaba en las escaleras del porche, disfrutando de eso rayos que la tranquilizaba.

—¿Valerie?

—¡Lexie! ¿pero qué haces ahí? pasa antes de que alguien te vea.

Valerie Morgan, la única víctima del *violador de Boston* que pudieron salvar. Después de todo lo que pasó, Lexie vino a visitarla para ayudarle a superar el trauma de todo lo que pasó y le ayudó a superar la ruptura de su relación con Sarah. Se convirtieron en grandes amigas.

Cuando Lexie tuvo problemas, Valerie se ofreció a aco-gerla sin pensarlo dos veces, la detective le contó la historia y la otra mujer le abrió los brazos. Durante meses la ayudó a esconderse, a teñirse el pelo y a pasar desapercibida, haciendo que Lexie Blake desapareciera en una nube de humo.

Finalmente, cuando la investigación de Lexie iba tomando forma y la llegada de Sarah marcó un punto de inflexión, decidió irse y con la ayuda de Pamela ocupar el piso okupa en el que se encontraban. Valerie quiso ir con ella, pero jamás pondría en peligro a una amiga como Valerie. Merecía vivir tranquila y feliz.

—¿Qué pasa? Me enteré de lo de Pamela. Lo siento en el alma, Lexie.

—En parte por eso vengo… el final se acerca, sabes a lo que me enfrento y si no salgo de allí viva… necesito que le des un hogar y amor a él.

Fue entonces cuando Lexie sacó al gato de su mochila, en-tregando sus cosas a Valerie.

—Lo cuidaré Lexie, pero vas a volver a por él. No lo dudes.

La mujer le dio un fuerte abrazo y cuando finalmente se alejó miraba a Bigotes en los brazos de la mujer a la que sal-

vó. Recordó la conversación que había tenido con él antes de que Emily la atacara.

— Tengo que hablar contigo… esta historia se acaba y si a mi me pasa algo… seguramente te harán daño. Por eso, te voy a llevar a una casa con una mujer que te amará tanto como yo. A ella también la tendrás que cuidar, tampoco ha tenido una vida fácil. Y si yo no vuelvo, serás feliz allí -

dijo con una sonrisa acuosa-. Cuando te encontré, tenías una dueña que te quería y te cuidaba, pero te la quitaron y te quedaste solo. Por eso te llevaré allí, para que nunca estés solo.

Entonces Lexie salió de la casa, con el último recuerdo de los penetrantes ojos azules y los maullidos tristes mientras se alejaba de él.

Sarah estaba recogiendo todas las cosas de Lexie cuando se dio cuenta de que las cosas del gato no estaban.

—A eso has ido—dijo para sí.

Llamaron a la puerta y Elizabeth se acercó allí. Sarah sonrió al ver a su hermana y le hizo señas para que entrara.

—¿Qué pasa?

—Sarah, quiero que me prometas una cosa. No puedes desaparecer, tienes que estar pendiente de papá y mamá.

Cuida de ellos.

—Beth, prometo que lo haré, pero no va a pasarnos nada.

—Somos militares, Sarah. Vamos a una guerra. Sabes lo que hay.

Sarah asintió con un suspiro.

—Prometo cuidar de Lexie con mi vida si hace falta si tu no estás. Esa chica es mi familia.

—Eres un poco tétrica, ¿lo sabías?

Y con una sonrisa, cumplieron su tradición una vez más.

Se abrazaron largo y fuerte, haciendo que sus corazones la-

tieran como uno solo.

Era una tradición que habían cumplido antes de cada misión o despliegue, enfrentándose a la posibilidad de no volver a verse, que lo último que recordaran fuera eso, el amor que sentían la una por la otra en un abrazo de despedida.

Al llegar la noche, se escondieron en los coches unas manzanas alejadas del piso del que le habían servido de refugio estos últimos meses.

Kimiko y Laura miraban atentamente el móvil de ésta, vigilando.

—¿Cómo funciona exactamente? - preguntó Kate.

—Instalé sensores de movimiento en cada una de las puertas, si alguien las cruza, saltará una alerta. Y cuando hayan entrado todos… Bum.

—¿Cómo sabes que han entrado todos?

—También instale cámaras, además de C-4 en los pilares que soportan peso, si no salen por los aires, morirán aplas-tados.

—¿Y los demás edificios?—preguntó Laura algo preocupada.

—No sufrirán daño, lo calculé al milímetro.

—¿Qué crees que estarán hablando?—preguntó Charlie mirando al coche donde estaban Sarah y Lexie.

Lexie Blake mirara al cielo y solo una capa negra lo cubría.

—La última noche y ni una estrella presente—dijo Lexie suspirando.

—¿Última? ¿Y si es solo la primera de muchas?

—¿Desde cuándo eres la más positiva de las dos?

—¿Tienes miedo de que sea mejor que tú?—dijo con una sonrisa.

—¿Mejor que yo? Por favor, Carlier. Lexie es sinónimo de

positividad.

Sarah soltó una risa esta vez y su compañera se unió a ella, se miraron aún sonriendo y Lexie se inclinó hacia la otra para besarla. La morena correspondió al beso sin dudarlo.

—Lexie… ¿qué pasará con nosotras después de todo?

—Si te digo la verdad, no lo sé, Sarah. No he pensado en nada después de todo—miró a la morena cabizbaja y continuó—. Pero volverás a Virginia y yo seguiré en Boston.

—El FBI está perdido, no solo aquí en Boston… Lana era mi compañera y estaba en Virginia… podría quedarme y ayudar a Laura por aquí.

—Llegaremos allí, Sarah. Cruzaremos ese puente cuando estemos allí.

—Si yo te pidiera…—fue interrumpida por Kimiko.

—Han entrado, hay bastantes. Ha empezado, estamos listos.

Segundos más tarde, una gran explosión las sobresaltó.

Vieron como una nube grisácea y negra subía desde el piso que ocupaban.

—…Dioses.

—¡Bum! Vamos a por ellos. Nos vemos allí.

Se miraron entre ellas y asintieron, Sarah en ese momento salió del coche y Lexie la miraba entre alucinada y sorprendida.

—¿Pero qué haces?

—Conduce tú, voy a por la moto. Todo esto se llenará de policías, si necesitamos una salida

rápida será mejor ir en moto. ¡Vete!

Capítulo 30

Todos sabían el plan, acabar con ellos o no salir nunca de allí. La segunda posibilidad no era una opción, no solo morirían ellas, sino millones de personas y ninguna lo iba a permitir.

Para Sarah esto le resultaba aún más dificil, que los soldados que había sonseguido salvar el Liberia hubiera dado la espalda a su patria y ahora participaran en un genocidio en masa le afectó profundamente.

Porque aunque nadie quisiera llamarlo por su nombre, lo que pretendía hacer Nuevo Mundo era un genocidio, destruir los cimientos del mundo para construir el nuevo bajo sus términos. Y nadie sabía cuántos daños colaterales habría si lo conseguían.

Sin embargo, con Lexie a su lado, se enfrentaría a cualquiera quisiera hacer daño a otro. No pararía hasta que el líder del Nuevo Mundo acabará con una bala en su cuerpo salida de su pistola.

Habían quedado a unas pocas manzanas del polígono, intentando no llamar mucho la atención.

Estaban empezando a armarse. Sarah le tendió a Lexie un chaleco con la palabra policía escrita en él, fue a quitarlo cuando la mujer se lo impidió.

—No lo quites, eres policía, Lexie Blake, eso nunca va a cambiar—vio como la pelirroja se lo ponía y puso a punto su revólver—. Toma, un regalo de navidad—dijo mientras le daba un rifle de asalto M16 y varios cargadores—. No te iba a dejar entrar solo con un revólver.

Lexie no contestó, estaba abatida y se dirigía al edificio, ella y Sarah estarían en vanguardia, Lucy y Laura las se-guirán de cerca y en la retaguardia, Charlie, Kate y Beth.

Kimiko decidió ayudarlas desde un edificio cercano con su rifle de francotirador.

La morena siguió a Lexie y la paró antes de entrar.

—Sea lo que sea lo que te reconcome, suéltalo.

—¿Sigues viendo a la mujer que conociste? Y no me digas que sí porque he vuelto a mi color rojo. ¿Ves al monstruo en el que me he convertido?

—Nunca debí llamarte eso… Lexie, te has despedido del gato. La mujer de la que me enamoré siempre ha estado allí, nunca se fue.

—¿Podemos enfrentarnos a esto?—dijo con un suspiro.

—Podemos sobrevivir a esto. Porque lo hemos hecho, lo estamos haciendo, podremos hacerlo.

—Aunque me encantaría tener refuerzos—dijo Charlie por el intercomunicador.

—Eso tiene fácil solución—cogió su teléfono y llamó—.

Soy Lexie Blake, número de placa 1598. Necesito todos los efectivos posibles en Industry Av. 45, nave 9. Un equipo especializado va a entrar conmigo para destruir a una organización terrorista llamada Nuevo Mundo. Si después de esto sigo siendo culpable de los crímenes de los que se me acusa, me entregaré sin oponer resistencia—colgó—. Al lío.

—Me acabo de enamorar de ti—fue Kate esta vez la que habló.

—Hagamos esto, por los que hemos perdido, por todos.

Entraron en el edificio. A primera vista, estaba cubierto de polvo y mugre. Parecía que nadie había entrado en él desde hace tiempo. Estaban a punto de preguntarse si era la dirección correcta hasta que oyeron voces al fondo.

A cubierto y con los rifles en la mano, vieron a dos hombres armados, sabían que en cuanto dieran el primer paso, no habría vuelta atrás.

Apuntaron y dispararon abatiendo a los dos primeros hombres, después la ensalda de tiros comenzó.

El gran estruendo de un arma de gran calibre resonaba, Kimiko estaba despejando las plantas superiores y abatiendo a cualquiera que fuera a por ellas,

—Están metiendo a gente maniatada en una de las salas en la planta de arriba—informó Kimiko.

Fue entonces cuando Lexie se acordó de Victoria Waller y su familia.

—Son rehenes, la familia de Waller estará entre ellos.

—Bien, los salvaremos. ¿Beth?

—Estaré lista.

Desde su sitio cubierto, disparaban con precisión a todo soldado que apareciera. Algunos los conocía de su época en el ejército. Sirvieron con ella antes de su decisión de abandonar el ejército.

Sarah Carlier se fue porque el ejército le falló en Liberia, pero no se unió a una célula terrorista para destruir su país.

Al contrario, se unió a la policía y se especializó en homicidios para dar voz a la gente que la había perdido.

Le dolió ser abandonada, pero jamás dejó de servir a su país.

—¡Soy la comandante Sarah Carlier! ¡Bajad las armas!

—¡Ya no eres mi líder, Sarah!—oyó de vuelta.

Lexie miró atrás y vio a Laura y Lucy dando fuego de cobertura al otro lado, Kate y Charlie cubriendo junto a Beth la retaguardia.

Al estar mirando a sus compañeras, no se dio cuenta de que un miembro del Nuevo Mundo se acercó a ella listo para disparar hasta que un disparo de gran calibre volvió a resonar y el soldado cayó al suelo.

—¡Lexie! ¡Os estoy cubriendo a todas, concéntrate!—dijo Kimiko—. Tienes vía libre por la derecha hasta arriba.

—Sarah

—Voy contigo.

Subieron por las escaleras y un arma de gran calibre, que no era de francotirador, les disparó, dejando grandes agujeros en la pared que había detrás. Lexie se puso a cubierto detrás de una pared de hormigón armado cuando Sarah cayó al suelo con un grito.

—¡Sarah!

Lexie, sin pensar en los disparos, la cogió y la arrastró hacia el sitio cubierto, dejando un rastro de sangre.

—¡Sarah! ¿Dónde ha sido?

—Tranquila, ha sido en la pierna… no es profundo pero duele como un demonio.

—Quédate aquí, yo sigo

—Si crees que te voy a dejar sola ahora no me conoces

—No puedo perderte,

—¡No voy a dejarte!

La determinación en los ojos de Sarah no dejaba lugar a la discusión, Lexie entendió que estaban luchando contra sus hombres, los hombres que abandonó en Liberia.

Estaba tan centrada en la herida de Sarah que no vieron al hombre armado mirándolas fijamente.

—No le tengo a tiro—alertó Kimiko—. No le veo—la angustia se reflejó en su voz

Sarah miró al soldado que no apartaba la mirada de ella.

—Allan…—dijo Sarah.

—Sarah, ella tenía razón, estás viva.

—Allan, siento mucho no haber luchado más por voso-tros, siento haberos dejado allí. Pedí una misión de rescate, pero no lo permitieron.

Allan se agachó con cuidado y vio la herida de Sarah en la pierna.

—Lo siento, comandante.

Aún es un crío.

—No, Allan, yo lo siento. Siento no haberte salvado.

—Tenemos que terminar con esto—dijo Lexie—. Ayúda-nos.

Allan asintió, miró hacia adelante, vio a todo el ejército listo para matarlos, miró de nuevo a Sarah.

—Ella está arriba—cogió su comunicador—. Todos aquellos que se alistaron para proteger el país y a sus ciudadanos y no para destruirlo, todavía estamos a tiempo de cumplir nuestro juramento. Junto a nuestra comandante, Sarah Carlier.

Se empezaron a oír tiros, en pisos superiores.

—Las escaleras para subir al último piso están a la izquierda. Os cubriré.

Descubrió su posición y le dedicó una última mirada a Sarah.

—No saldré vivo de aquí, haz que cuente—apuntó a los soldados que se acercaban—. ¡Corred!

Tanto Sarah como Lexie salieron corriendo hacia donde le había dicho Allan, eran las escaleras de emergencia, la pelirroja empezó a subir cuando Sarah atrancó la puerta.

—Lexie, espera. No sabemos quién está arriba, y quién debajo. Espalda con espalda y con cuidado.

Silencionamente, llegaron al piso de arriba, aún quedaban dos pisos más, atrancan la puerta de nuevo y siguieron subiendo, la oscuridad de la escalera se iba haciendo más y

más densa. Sacaron sus linternas, la tensión en el aire era palpable, los disparos sonaban amortiguados y solo se oían sus respiraciones.

—Charlie, Kate…¿Chicas seguís ahí?

—Todas enteras, algunos soldados que conocían a Beth se han unido… seguid.

Lexie suspiró aliviada al saber que su gente estaba bien.

—Sarah, ya no hay más, estamos al final.

La morena se puso enfrente de la puerta, asintió hacia Lexie y ésta abrió la puerta. En un rápido barrido, tres soldados y contando con la sorpresa, Sarah abatió a dos y Lexie al tercero.

Vieron la pizarra, con sus fotos y las de Ailén y Pamela tachadas, al lado de la mesa una persona de espaldas a ella.

—¡Manos arriba, date la vuelta!—gritó Lexie.

La mujer morena levantó las manos, tenía el pelo muy corto estilo pixie, se dio la vuelta y una sonrisa que helaría la sangre a cualquiera apareció ante ellas, junto a unos ojos verdes familiares.

—¿Quién eres tú?—preguntó Lexie.

Sarah, totalmente sorprendida al ver la mujer bajó su arma, se adelantó unos pasos y se frotó los ojos, sus ojos no mentían, la mujer se fijó en ella y sonrió, como tantas otras veces.

—¿Sarah?... ¿Sarah, quién es?

—Danielle…

—Hola, Sarah—dijo la mujer.

Lexie la bajó el arma, un auténtico fantasma había aparecido ante ella. La novia de Sarah, la que murió… tenía razón en que todo tenía que ver con la morena, tenía razón en que era su antigua unidad, Danielle, líder de Nuevo Mundo… ni en sus sueños más descabellados se había imaginado esto.

Pero no entendía nada. ¿Qué pintaba ella en todo esto?

Lexie nunca la conoció, ¿por qué?

Miró a Sarah, la mujer que amaba estaba frente a ella, viva.

No tiene fuerza para enfrentarse a esto.

Se vio distraída al ver la foto de Pamela tachada en la pizarra blanca. La ira empezó a hervir dentro de ella. La había quitado todo.

—Dani… ¿Pero qué has hecho?

—¿Qué hice? ¿Sabes lo que tuve que aguantar en Liberia?

No, no te haces una idea, que todos los que había allí te vean como un trozo de carne, algo que servía para desfogarse. Y

no solo sufrí violaciones y abusos. La tortura… los que les divertían mis gritos… ¿y sabes lo que pensaba? Vendrán, Sarah vendrá a por nosotros. No me fallaste, el ejército me falló. ¡Estados Unidos me falló!

—Que tus actos tengan explicación, no significa que estén justificados—dijo Lexie.

Sarah la miraba sin saber que decir, Lexie vio como algunas lágrimas corrían por sus ojos.

—Un día—continuó—pude escaparme, ayudé a liberar a los pocos compañeros que quedaban y nos vengamos. Ellos me redujeron a la nada y nosotros hicimos lo mismo. Nos costó superar lo que pasó, algunos no pudieron y decidie-ron rendirse. Cuando conseguí volver, vi un anuncio en el periódico « Lexie Blake y Sarah Carlier, las detectives que cogieron al *Violador de Boston*». Fuí a por ti, fuí hacia tu casa e imagínate mi sorpresa cuando te vi besandola a ella.

—¡Dani! Has cometido traición. ¿Por celos?

—¿Traición? Yo lo llamo venganza—miró a Lexie—, tenía que deshacerme de ella para poder tenerte. Morgan Blake, el hermano loco… fue de ayuda. Intentamos matarte muchas veces, créeme. Pero nunca pude, hasta que un día se me ocurrió, un amigo te manda un mensaje. Nos reunimos en tu piso, pero imagina mi decepción cuando aparece esa puta detective… Pamela Bannister. Yo la maté—dijo son-

riendo—. Además, fue tremendamente fácil convencer a toda esta gente de que se uniera a Nuevo Mundo. Y si, puede que sea cierto, pero si Sarah hubiera vuelto a por mí, esto no hubiera pasado. Yo estoy dispuesta a perdonarla…

¿y tú?

—¿Quién eres?—preguntó Sarah.

—Tu prometida y lo que Estados Unidos creó.

—No, la mujer que yo amaba murió en Liberia, no sé quién eres tú.

—No pensarás lo mismo cuando solo te quede yo—sacó un arma de su espalda y apuntó a Lexie.

Se oyó un disparo, Sarah soltó su arma y fue corriendo hacia Dani, desplomada en el suelo. Lexie se acercó a ellas y apartó el arma de la mujer.

Dani miraba a Sarah con amor y dolor en sus ojos.

—Lo siento Dani, lo siento mucho—lloró Sarah mientras le tapaba la herida del disparo en el

pecho.

Lexie se apartó de ellas, Danielle mató a Pamela, pero Sarah le había disparado a pesar de ser la mujer que amaba.

Se acercó a la mesa, observó toda la información, toda su investigación estaba allí, menos algo en lo que nadie había pensado. Fotos de la presidenta estaban esparcidas por toda la mesa.

—La presidenta… espera. ¿Dónde está Morgan?

Se dio la vuelta y vio a Sarah a su lado, con una mueca de puro dolor en su rostro.

—Todo ha terminado.

—Me temo que no…—le tendió una foto de la presidenta—. Nuevo Mundo… todo debe arder ¿recuerdas? ¿Qué mejor forma que con una Tercera Guerra Mundial? Si Estados Unidos lanza una sola bomba, el mundo se reducirá a cenizas y… la presidenta está aquí, en Boston.

Se miraron, y como si de una sola mente se tratara, salieron del almacén hacia la moto de Sarah. Lexie la agarró y

salieron disparadas hacia el final de todas las cosas.

Llegaron a tiempo record, gracias a sus placas pudieron pasar una de las casas presidenciales aptas con un búnker para la presidenta.

Cuando entraron, solo reinaba el silencio. Decenas de soldados muertos en el suelo, la presidenta estaba siendo ata-cada. Sarah cogió un fusil de uno de los soldados caídos y le tendió otro a Lexie, la cual negó con la cabeza.

—Tengo suficientes balas—mirando su revólver—, a ti se te da mejor esa arma, llévame al búnker.

Sarah solo siguió las órdenes de la detective y fueron hacia el bunker.

A medida que avanzaban se encontraban más soldados caídos, la escolta del presidente, diezmada por terroristas que no tenían nada que perder. Llegaron a una gran sala, se oían disparos y ambas avanzaron con premura, la primera puerta del bunker se cerraba mientras los soldados caían y ambas pudieron colarse en el último momento antes de que la puerta se cerrara. No tuvieron suerte con la última, los soldados de Nuevo Mundo les empezaron a disparar y no tuvieron otra opción que ponerse a cubierto cuando la puerta se cerró, dejándolas fuera.

—¡No! ¡Jamás podremos abrir esa puerta!–gritó desesperada.

—Por aquí

Sarah la guió por un pasillo donde una ventana daba una vista principal dentro el bunker con un comunicador. Lexie presionó el botón.

—¡Morgan! No lo hagas, aún podemos arreglar esto.

Su hermano se acercó hacia la ventana con una sonrisa de suficiencia.

—¿Cómo vas a parar esto, hermana? No tenéis suficiente potencia de fuego para romper este cristal, y aunque la tuvieras, no os daría tiempo.

Lexie y Sarah miraron la pantalla con los objetivos, Corea del Norte, Japón, Rusia, La Meca…

La Tercera Guerra Mundial.

La detective se alejó de la ventana y fue de nuevo a la puerta del bunker… *Jamás la abriré.* Miró a su alrededor cuando vio un soldado caído con un chaleco táctico, se acercó a él buscando en todos sus bolsillos cuando encontró lo que buscaba.

Sarah había disparado un par de veces al cristal, justo enfrente de la cara de Morgan, aún tenía esa sonrisa de loco plasmada en su cara. Entonces Lexie se acercó, con un poco de cinta táctica pegó una granada al cristal, la liberó y le quitó la anilla, enseñándosela a Morgan.

—Bum

Sarah, al ver lo que había hecho, alejó a Lexie cogiéndola de la cintura y poniéndola a cubierto, no fue lo suficientemente rápida pues la onda expansiva las alcanzó.

No oía nada, un gran zumbido resonaba en su cabeza.

Miró hacia la ventana, solo se veía polvo, con trozos de hormigón cayendo, pero la ventana blindada no estaba.

Vio a Lexie, la mujer se levantó, con una herida que supu-raba sangre de su ceja rota, cargó su revólver dirigiéndose a la ventana. Sarah sonriendo, supo que seguiría a esta mujer hasta su final.

Dentro de la sala, el pánico se adueñaba de los ocupantes de ésta. No se veía nada a través de la ventana, solo una ne-blina de polvo. Morgan, con una herida en la cara, fue hacia el maletín militar y accionó.

Secuencia de lanzamiento iniciada. 10%

Sonrió triunfante, un Nuevo Mundo iba a nacer.

Miró de nuevo hacia la ventana cuando dos mujeres, armadas entraron de un salto disparando a todos los soldados de Nuevo Mundo. Morgan se lanzó hacia su hermana, Sarah le impidió que llegara hacia ella y Lexie puso a salvo

la presidenta poniéndola debajo de la mesa.

40%.

Los disparos y las balas volaban alrededor, Lexie intentó abortar la secuencia de lanzamiento cuando uno de los terroristas la agarró, alejándola del maletín.

60%

Sarah forcejeaba con Morgan. El hombre, armado con un cuchillo y con más fuerza que la agente del FBI, la tumbó y le clavó el cuchillo en el hombro, haciéndola gritar.

90%

Lexie oyó el grito y con toda la fuerza que sacó de ella, se liberó del agarre de su agresor y le disparó en el pecho.

Sarah lo vio todo a cámara lenta, Lexie estaba a punto de apretar el botón que anula el lanzamiento de los misiles nu-cleares, dos hombres la apuntaban. Morgan, había cogido su fusil y apuntaba a la cabeza de la detective.

99%

—Esto va a doler.

Sin dudarlo, cogió el fusil por el cañón, apuntando hacia el suelo, mientras que con su reglamentaria abatía a los dos hombres que apuntaban a la detective.

Las balas salían sin parar rompiendo y astillando el suelo a su lado, abrasando su mano en el proceso. Con sus últimas fuerzas, se sacó el cuchillo del hombro y apuñaló a Morgan en el abdomen.

Dirigió la mirada hacia Lexie, que miraba la pantalla.

Secuencia de lanzamiento abortada.

Por primera vez en meses, Lexie respiro aliviada. Recordó una frase que Danielle dijo, una que se le había quedado grabada en la mente para siempre.

Si Sarah hubiera vuelto a por mí, esto no hubiera pasado. Yo estoy dispuesta a perdonarla… ¿y tú?

Miró a Sarah, sus ojos azules la miraban atentamente, con su última bala la apuntó. No había más que sorpresa en el rostro de la morena, fue a levantar los brazos cuando Lexie disparó.

Sarah se quedó estática en su sitio. Miró hacia atrás y vio a Morgan caer, con una pistola en la mano y un disparo en su frente. Volvió a mirar a la pelirroja que miraba abatida hacia el suelo. Se acercó a ella despacio. Cuando la otra alzó la miraba sonrió.

—Ya está.

—Sí, Lexie, al fin se acabó.

La presidenta salió debajo de la mesa y miró a las mujeres.

—Están completamente locas. Las dos.

Lexie empezó a reírse a carcajadas mientras las lágrimas caían por su rostro.

—No se lo voy a negar, señora. Pero así se las gasta la policía de Boston.

Salieron con dificultad del bunker, algunos policías miraron a Lexie y asintieron con la cabeza hacia ella y se tiró al suelo, totalmente abatida.

—Necesito vacaciones…

—Sí, creo que yo también.

¿Chicas? ¿Estáis bien?

—Kate, sí, todo acabo.

— Me… me alegro pero… se trata de Beth, ella… ella ha…

—¡No! Por favor, no lo digas… ¡Beth! ¡No!—gritó Sarah llorando.

Lexie abrazó a Sarah llorando por su dolor y el suyo propio.

—¡Beth!—volvió a gritar.

Epílogo

Condecorada y considerada héroe de la nación. Antepo-ner la vida de los ciudadanos del país a la suya propia…

¿Qué?

Su vida también era Pamela, Ailen, Elizabeth… y los perdió.

Traje de gala, su revólver en la cintura, su placa de detective de Boston en el pecho.

Sarah la miró mientras ella llevaba su traje de gala del FBI. Dio la vuelta a Lexie para mirarla a los ojos. Jamás había visto a la morena con una mirada tan devastada y llena de dolor.

Cogió la placa de la pelirroja y le puso una banda negra.

—Deberías ponerte tu traje de gala militar.

—No soy un soldado.

—Pero tu hermana sí lo era. Es una forma de honrarla.

—Debería ir solo de negro, sin ningún traje de gala. Todas las organizaciones la fallaron a ella y a mí… —se llenaron los ojos de lágrimas—. Yo la dejé sola.

Lexie bajó la mirada, Elizabeth murió protegiendo a Char-

lie, Sarah estaba a su lado cuando Beth cayó.

—No es culpa tuya. No quiero ver esa mirada en tus ojos.

Además murió protegiendo a Charlie… ella… quería mucho a Charlie.

—Hemos salvado a todos a cambio de nuestro corazón—.

Miró a Sarah de nuevo—. Ponte el militar.

—Vale.

En el cementerio había mucha gente. No se sorprendió en absoluto. Pamela era querida por todos, tanto Kate como Charlie eran un mar de lágrimas. Lucy y Laura, aunque no lloraron su dolor estaba presente en sus ojos. Al igual que el de Kimiko que en ningún momento soltó la mano de Ava.

Cuando Charlie vio a Sarah, fue corriendo para abrazarla.

Lexie no consiguió oír lo que le dijo su mejor amiga pero fue capaz de hacer que la mujer mayor la abrazase con la misma fuerza.

Al acercarse, vio la foto de archivo de Pamela, con su traje de gala y su gran sonrisa. Sonrió con ternura ante la foto y se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas al ver el ataúd que había al lado.

Se le revolvió el estómago pensar que el cuerpo al que per-tenecía esa sonrisa estuviera ahí dentro… sin sonrisa.

Se acercó al atril, Kate había querido que ella diese el discurso, que le dedicara unas palabras. No se preparó nada, hablaría desde el corazón.

—Pamela Bannister me salvó, de todas las formas posibles de las que fue capaz. Se convirtió en una madre, una madre que me cuidó, que estuvo a mi lado en mi mejor momento, compartiendo mis sonrisas y estuvo aún más en mi peor, compartiendo mis lágrimas.

» Estuvo a mi lado en todo momento. Se convirtió en mi compañera y sabía que nunca me pasaría nada mientras

ella me protegiera. Lo más importante, fue una amiga. Una amiga fiel que en sus últimos momentos de su vida, pensó en protegerme y gracias a ese gran gesto, consiguió que yo esté aquí en este momento. Me salvó.

» Pamela Bannister es el ejemplo de como un verdadero policía debía ser. Siguiendo la lealtad y la rectitud hasta el final.La recordaré siempre y la echaré de menos siempre.

Miró a Kate, con los ojos llenos de lágrimas, con una mirada de dolor por la pérdida y agradecimiento por sus palabras. Miró a Sarah, solo asintió con la cabeza, al igual que Lucy y Laura. Le hizo saber que Pamela llegó a estar en el corazón de todas estas valientes mujeres que han estado a su lado siempre.

Ofrecieron la posibilidad de que fuera Lexie la encargada de doblar la bandera estadounidense que cubría el ataúd.

Cuando el triángulo equilátero fue perfecto, se lo entregó a Kate, con un asentimiento de cabeza. Su amiga aceptó la bandera y la abrazo.

—Muchas gracias, Lexie.

Sabía que se le quebraría la voz, solo le devolvió el abrazo.

Al finalizar el funeral, llegó el momento de las despedidas, su compañía se rompía al final del viaje. Se abrazaron entre sí en silencio.

—Os debo la vida a todas. Me hubiera gustado que algunas cosas hubieran terminado diferente. Tenemos heridas en el corazón y en el alma que tardarán toda la vida en sanar. Lo que no cambiaría por nada del mundo sois vosotras. Iría a cualquier guerra siempre que vosotras esteis a mi lado.

—Ninguna de nosotras iríamos al fin del mundo si no estás en el equipo.

Sarah y Lexie fueron caminando de la mano a la casa que compartían antes de que la morena se marchara a Virginia.

Sarah sonreía mientras se acercaban, cuando llegaron, abrió la puerta y permitió que Lexie entrara primero.

—¿Pero qué te pasa?

—Nada.

—Estás más…—Lexie paró de hablar en cuanto oyó un gran maullido a su espalda—. ¿Bigotes?—miró a Sarah y ésta asintió—. ¡Bigotes! ¿Cómo estás aquí? ¿Cómo supiste donde estaba?

—Beth me lo contó.

—¿Beth?

—Sí, me hizo prometer que iría a por el gato si a ti no te daba tiempo. Me contó con quién lo dejaste y cuando fuí a por el uniforme militar, lo recogí.

—Gracias.

—No me las des a mí—dijo con los ojos algo rojos—. Es un regalo de Elizabeth Carlier.

Antes de que Sarah fuera a Virginia, tuvieron que ir a D.C., al cementerio Nacional de Arlington. Elizabeth Carlier merecía descansar.

Conoció a los padres de Sarah, personas campechanas muertas de dolor. Se acercó a ellos sin saber muy bien que decir y sin embargo, fueron ellos quien les impresionó.

—Me siento orgulloso de mi hija.

—Me salvó la vida, más de una vez, era magnífica.

Estoy orgulloso de que muriera por una causa noble, acompañada de una mujer con honor. La muerte nunca es digna, es solo muerte. Es la vida lo que importa. Su vida fue digna, dio su vida por todos nosotros. Eso es dignidad y honor.

Fue un funeral militar a la altura de Elizabeth Carlier, estaría orgullosa de todas las personas que acudieron, incluidas aquellas mujeres, el « equipo Blake » presentaron sus respetos.

Las demás se quedaron consolando o intentando consolar a Charlie, aunque nada consolará a la mujer. Elizabeth estaría el resto de su vida a dos metros bajo tierra por salvarle la vida. Su amiga.

Buscó a Sarah y la encontró unos metros alejada, mirando una lápida. Cuando miró el nombre, le cogió la mano mientras le encogía el corazón.

—¿Ahora está aquí?

—No, y me alegro.

—Nunca me di cuenta de lo que significó para ti matar a Danielle.

—No era Dani, era la líder del Nuevo Mundo. La Dani que yo amé, murió en la emboscada de Liberia. Aunque sea solo esto lo que quede de ella, un ataúd vacío. La persona que conociste días atrás no era ella.

Semanas después, Lexie se encontraba paseando por el paseo de Freedom Trail, dónde comenzó todo. Sarah se marchaba a Virginia y no quería volver a despedirse. Su corazón no lo soportaría.

Se sentó en un banco cercano y recordó la primera vez que vio a Sarah. Sonrió al recordarlo. Eran personas distintas de las que son ahora.

—Al final nunca me dijiste de qué convento te escapas-te—dijo una vez a su espalda—. Miró atrás y vio a la morena rodear el banco para sentarse a su lado.

—Ni tú que geriatrico—dijo sonriendo—. ¿Qué haces aquí?

—Retrasé el avión, no te preocupes, me esperarán. Pero quería hacerte una pregunta antes de irme.

Lexie la miró con atención.

—Hace unos años, te mudaste a Boston por George… Bigotes y tú…¿os mudaréis a Virginia por mi?

Lexie sacó una verdadera sonrisa genuina.

Un año después

—¿Por qué has tardado tanto?

—¡Es tu cumpleaños, Lexie! He tenido que recorrer Virginia para conseguir la mejor pizza de la ciudad.

A la pelirroja le brillaron tanto los ojos que cogió a Sarah por el cuello y la besó.

—Me encanta como has dejado mi triste piso

—La vida es mejor con el color.

—Lo que me lleva a lo siguiente… tengo un regalo para ti.

Los ojos de Lexie brillaron aún más.

—¡Dámelo!

—No es material es más… simbólico. Mira—le tendió el papel.

—¿Has pedido el traslado?

—No podía soportar que estuvieras aquí. Eres la mejor detective que he conocido. He pedido el traslado a Los Ángeles. Al igual que Kennedy. Hablé con Lucy Mcgrath y…

bueno. Eres la nueva detective de los Ángeles… tienes unas compañeras… .¿Katherine Bannister y Charlotte…?

Sarah no pudo terminar y se tuvo que tapar los oídos del grito de pura alegría que soltó Lexie Blake al abrazarla.

Se unieron en un feroz beso.

—Toma, tu regalo material.

Sarah le tendió una hermosa placa dorada.

Detective

1598

Los Ángeles